Digitized by the Internet Archive
in 2010 with funding from
University of Toronto

http://www.archive.org/details/delperiodicoydel00cige

EL LIBRO DE LA DECADENCIA

Del Periódico y de la Política.

DEL MISMO AUTOR

El Vicario (novela). — 3,50 pesetas.

El libro de la vida trágica :

Del Cautiverio. — 3 pesetas.

El libro de la vida doliente :

Del Hospital. — 3 pesetas.

El libro de la crueldad :

Del Cuartel y de la Guerra. — 3,50 pesetas.

PRÓXIMO Á PUBLICARSE

En el Cráter.

HSP
C5717d

M. CIGES APARICIO

El libro de la decadencia

DEL PERIÓDICO Y DE LA POLÍTICA

369775
11.8.39

EDITORIAL
MUNDO LATINO
MADRID

DEL PERIÓDICO Y DE LA POLÍTICA

PRIMERA PARTE

I

Estanislao me ha escrito.

Como á nadie conozco en Madrid, iré á su casa.

Dice que si puedo recoger veinte duros viviremos muy bien. Él tiene empeñado casi todo su sueldo, y no cobrará hasta el día 20; pero afirma que es gran administrador y sabe dónde se come barato por muy poco dinero.

Desea que alquilemos una buhardilla y dos camas. Calcula que aun sobrarán sesenta pesetas para pasar el mes.

Y termina :

«Luego, Dios proveerá. No dudo que poniendo en ejercicio mis antiguas amistades periodísticas, pronto tendrá usted redacción ó empleo. Hasta la vista, Manolo».

II

He pasado un día terrible.

Meditando sobre lo que haré en Madrid he venido absorto casi todo el camino, maquinando ilusiones que me abrasaban el cerebro. De tiempo en tiempo pasaba como una sombra la idea de que llevo muy poco dinero para conquistar á tan gran ciudad, y entonces advertía que los fríos manchegos me helaban los pies y entumecían los miembros.

Al bajar del tren me han recibido temblorosos los brazos de Estanislao. ¡Cómo sonríe este entrañable amigo! Diríase que sus dientes, blancos y firmes como los de un mastín, quieren morder. La primera vez que nos vimos en las prisiones de Barcelona hice esta observación, y él me dijo que también yo enseñaba los caninos. Reñimos con frecuencia, y nuestros últimos ladridos son siempre:

— ¡Imbécil!

— ¡Imbécil!

Y nos separamos gruñones; pero nos queremos mucho, y al poco volvemos á buscarnos, risueños, zalameros, mostrándonos los dientes.

Después del abrazo ya no hablamos hasta

llegar al comedio de la calle Atocha. Él quebranta nuestro silencio:

—¿Cuánto dinero, Manolo?

—¡Cuarenta y un duros y seis reales!

Estanislao dilata de asombro sus ojos saltones; se quita el sombrerete de recogidas alas, y pasándose los dedos por sus largos cabellos, grises é inflexibles, abre la boca y vuelve á cerrarla.

—¡No!—murmura luego y poniéndose reflexiva su frente marchita,—¡hay que ser prudentes!... ¡Con cuarenta y un duros me comprometo á hacer muchas cosas!

Y continuamos silenciosos nuestro camino: él, mirando su arrogante figura proyectada en las vagas lunas de los escaparates; yo, mirando al suelo, ó viendo cómo pasan veloces y fantásticos los tranvías de chispeantes luces.

III

Es una casa de pintoresca suciedad. Cuatro ó seis chiquillos descalzos y harapientos juegan, cantan y gritan en el pasillo angosto. Adheridos á los peldaños, que rezuman humedad, se ven jirones de periódicos. Cada piso tiene un débil mechero de gas, y á su luz trémula y fatigada se presienten unas paredes gri-

ses manchadas de inscripciones blasfemas y toscos grafitos trazados con carbones. Hay algunas puertas entreabiertas, y por allí salen acres vahos de hacinamiento, toses de pechos abatidos, rudas voces masculinas.

— ¿Falta mucho, Estanislao?

— Ya llegamos.

En mitad de la ascensión me detengo. Estoy recién salido de una larga convalecencia, y las fuerzas me faltan. Como un relámpago pasa el recuerdo animado de las casas que he visto, anchas y deslumbrantes las escaleras, y siento que entre esta sordidez pierdo los ánimos.

Y proseguimos la fatigosa ascensión. Los mecheros irradian mortecinos abajo. Estanislao enciende una cerilla.

— ¿Falta mucho, Estanislao?

— Ya llegamos.

La luz apenas disipa las tinieblas. Con trabajo puedo descifrar un gran letrero, que dice: «SOTABANCOS».

Recorremos varios pasillos, largos y estrechos, que repercuten nuestras pisadas con profundos ecos; por algunas oquedades nos viene al rostro penetrante fetidez. Estanislao se detiene ante una puerta y pulsa con los dedos. Una dulce voz femenina murmura dentro:

— ¡Don Estanislao!

La puerta se abre. Una anciana mira con

agudos ojos á mi amigo, y con recelo á mí.

La pieza es pequeña, de pulcra pobreza. Media docena de cromos; media docena de sillas de Vitoria, que relucen de limpias; una cómoda chapada de negro brillante, que destaca más la blancura de las cerraduras, y en el centro una mesa redonda que sostiene un quinqué con pantalla azul de papel rizado. Junto á la mesa cose ropa blanca una joven pálida, que al entrar mira tristemente á Estanislao, y con curiosidad á mí.

—¡Nolo; aquí en mi cuarto podrá lavarse!

Entro en el cuarto de Estanislao, y empiezo á desnudarme. Fuera cuchichean. Los rumores se alteran gradualmente convirtiéndose en moderada disputa. Sólo algunas frases llegan destrabadas hasta mí.

—¿Le parece bien, don Estanislao?... ¿No tengo bastante con usted, que me trae á otro hombre?

—Le pagará...

—¡... Esto no puede seguir!...

—¡Mañana sin falta, señora!... ¡Mañana buscaremos cuarto!

La joven dice con unción:

—¡Vamos, no disputen!... ¡Ya sabe usted, madre, cómo está don Estanislao!

Luego se reanudan los cuchicheos, que se acrecientan poco á poco. No he podido oir lo que ha dicho mi amigo. La anciana le replica:

—¡En libertad!... ¿Y los siete meses que me debe?...

Estanislao grita autoritario y orgulloso:

—¡Se los pagaré!... ¿Por quién me ha tomado usted, señora?

Al ponerme el chaleco golpea el dinero. El grato timbre de la plata calma la disputa. Estanislao insiste dulcificando el tono:

—¡Le pagaré!... ¡Le pagaré hasta el último céntimo!

No seré yo quien lo dude. Conozco la altivez de mi protector y estoy seguro de que, cuando desempeñe su sueldo y pueda vencer el pícaro vicio de la embriaguez, con el que tiene empeñada una lucha heroica de trece años, pagará á su patrona.

La limpia anciana apareja la mesa y nos sirve de cenar unas sopas de ajo, riquísimas y abundantes. Luego entra en el cuarto de mi amigo para tender en el suelo un jergón que ha de servirme de lecho.

Estanislao y yo quedamos con la joven. Ella le mira furtivamente con ojos de púdica enamorada; él, paternal y experimentado, le da sabios consejos que deben guiarla en la vida.

Cuando nos retiramos á descansar le digo:

—Esa muchacha está enamorada de usted.

—¿Fernanda?

Sus ojos saltones danzan de orgullo; adelanta los dientes lívidos, afilados, queriendo

sonreir, y su gola emite una guturación. Luego se pasa los dedos por la cabeza crespa y se mira en un roto espejillo que tiene en la pared. La desilusión le invade.

— ¡Seco!... ¡Marchito!

Respeto su sentimiento y nada le digo cuando al quitarse el gabán veo que no tiene chaqueta. El pantalón es de verano, y en la parte posterior le falta como seis centímetros de tela.

Estanislao ingresa en la cama y se santigua.

— Esta es una costumbre que adquirí de niño — me dice. — Bien sabe usted que yo no creo en la religión, ni en el amor, ni en la virtud puesta á prueba de ochavos... ¡Buenas noches, Nolo!

Me tiendo en el jergón y apago la vela. El estrépito del tren aun bate en mis sienes; pero el cansancio va á rendirme al sueño. Estanislao ha caído en uno tan profundo, que como de opaca gruta salen de su pecho rumores alternados de silbidos. Media hora pasa roncando. Le llamo tres veces; despierta, y antes de hablarle, me dice:

— ¿Suena el caracol, Manolo?

Quiere reir, y su garganta envía la guturación que tan bien conozco. En seguida vuelve á dormir, y el caracol sigue sonando. Paso la noche llamándole, y él la pasa roncando.

Cuando á las ocho se levanta para ir al Consejo de Estado, donde tiene su destino, el sueño viene á mí.

IV

Estanislao me despierta con grandes cantos:

> Allons enfant de la patrie
> le jour de gloire est arrivé
> vamos en busca de los garbanzos...

Le he dicho que me dicte el resto del himno, y no recuerda. Asegura que lo improvisó bajo la inspiración del hambre.

Mientras me visto, se quita el gabán verde, del que hace grandes elogios por la baratura. El mío es de verano, y me aconseja que lo cambie por uno de invierno, porque el frío de Madrid es mucho. Él me acompañará donde haga un ventajoso trueque. Mientras diserta elocuente en defensa de las prenderías, moja ligeramente un cepillo, y se lo pasa por el pantalón, terso y lustroso.

— ¿Por qué eso, Estanislao?

— El pobre está muy manchado, y humedeciéndolo adquiere aspecto de nuevo. Diez reales me costó en julio.

— ¡Se mojará usted, y con estos fríos!...

—¿No oye el ruido del cepillo?... Es como tela impermeable... Tejido esmerado; género superior... Lo menos cuatro duros costaría nuevo.

He concluído de vestirme. Estanislao prosigue su tocado. Por el bigote se pasa un pedazo de jabón, y con el índice y el pulgar se retuerce las guías hasta dejarlas finas y lucientes.

—¡Envejezco! —murmura con tristeza mirándose en el espejo. —¡Envejezco!... ¡Por todas partes aparecen canas!... ¡Tendremos que comprar cosmético negro!

—¿Concluye? —le pregunto.

—Un momento más, Nolo.

Abre una caja de betún y se repasa las grietas de las botas por donde blanquéan los calcetines. Se pone el sombrero de color café, y vuelve á mirarse en el espejo.

—¿Qué tal, Nolito?

—Muy recogidas las alas.

—¡Así me gustan!... Dos pesetas en la calle de Toledo. Cuando yo tenía su edad siempre iba de chistera. Todavía no pierdo la ilusión de vestir como cuando tenía novia é iba por las noches á la tertulia de López Domínguez. Todo de negro, que es lo más elegante, botas de charol y sombrero de copa. Veinte pesetas me costaba... ¡No se gaste más de veinte pesetas en chistera, Nolo!... ¡Para limpiarle y ali-

sar la felpa, le recomiendo el pañuelo de seda!... ¿Qué decía antes?

— No recuerdo.

— Ni yo tampoco. Cada día tengo más débil el discurso, y con las digresiones pierdo el hilo... ¡Que no recuerdo, Nolo!... Bueno; vámonos á comer.

Allons enfant de la patrie
le jour de gloire est arrivé...

Estanislao me lleva á una taberna de Puerta Cerrada, diciendo que en aquellos contornos es imposible comer mejor. Así ha de ser, porque la casa está llena de cocheros y mozos de cuerda que ante pintadas mesas consumen cocidos y apuran vasos de vino, rojo y denso como sangre de toro.

Pasamos á una trastienda también poblada, y Estanislao pide con decisivo acento:

— ¡Muchacho; un puchero de cuarenta!

— ¿Pan? — pregunta el dependiente.

— Una libreta.

— ¿Vino?

Estanislao me mira.

— ¡No quiero! — le digo.

— Un quince — ordena.

Mientras el tabernero vuelve, Estanislao saca un cuaderno, y escribe: *Gastos del día 14...*

— ¿Para qué esas cuentas? — le pregunto.

— Para saber lo que le debo.

En esta comida le corresponden veinte céntimos de cocido, quince del vino y cinco del pan. Á mí sólo un real.

— ¿Con esto pasaremos, Estanislao?

— ¡Hay que ahorrar, Nolete!... Ya verá qué bien administro.

El tabernero coloca en la mesa dos platos de Talavera y un pucherillo humeante que la grasa embadurna. Estanislao enseña los dientes al percibir el olor del cocido, y diserta sobre la bondad de la cocina española.

— ¡Vamos á ver, Manolo!... ¿Qué hay en el mundo para confortar un estómago débil como el buen puchero? ¡Abajo las cocinas extranjeras!... Primero, la sopa; luego, estos garbanzos mantecosos, que alimentan como tres biftecs; después, la carne... ¡La verdad que ésta vale poco!... Hemos tenido la desgracia de que hoy nos toquen piltrafas... ¡Vamos, Nolo!... La sopa aumenta la vida... ¡Pero, hable, hombre; hable! En Madrid hay que hablar; aquí sólo vencen los charlatanes. Si observa silencio, es usted hombre perdido. ¿No ve cómo hablo yo?

— Pero maldita la carrera que ha hecho.

— ¡No sea imbécil, y no me excite los nervios al principio de la comida! Ya sabe que yo hubiese sido gobernador ó diputado; pero el orgullo me ha perdido. ¡Y aprenda en mí, jo-

vencito!... Conviene que deponga el orgullo, si aspira á ser algo. Cuando sólo se trae á Madrid cuarenta duros, hay que hacerse dúctiles, y alabar al mayor en dignidad, é intrigar á todas horas contra el igual y el inferior...

— Será difícil que me allane.

— No sea bruto, y siga mis consejos. Yo he remontado á los cuarenta años, y es tarde para rectificarme; pero tengo interés en ser su consejero y verle subir. Primero es preciso que se rebaje. ¿De qué me sirve poseer más talento que usted, ser orador y temible polemista?... ¡Heme aquí con el sueldo empeñado, sin chaqueta y lleno de canas, mientras que brilla y triunfa mi paisano Melquiades Álvarez, al que siempre llevé delantera! Cuando íbamos por Asturias de mitin en mitin, dábale á él por democratizar y fingirse llano; yo presumí siempre de aristócrata, y en este Madrid de mis amores y pecados lucí chistera. Ahora llevo sombrero de ocho reales y Melquiades chistera de ocho luces... ¡Nolo, Nolo!... Sea usted como él, y no pierda el tiempo; la humanidad sólo palos merece, y los hombres que llevamos hierro en las venas y fuego en la frente hacemos mal sacrificándonos por estas bestias desagradecidas á quien llamamos nuestros hermanos.

Estanislao ha elevado su hermoso timbre oratorio, despertando la curiosidad de cocheros y faquines. Al hablar de nuestras bestias

hermanas, ha mirado al concurso, despótico y orgulloso. Una voz se alza burlona:

—¡Vaya el señorito!... ¡Ni que almorzase en Lhardy!

Estanislao se levanta trémulo; abre desmesuradamente los ojos, y adelantando los dientes lívidos, ruge un «¡Imbéciles!», que á ellos les anonada y á mí me hace temblar.

—¡Calle, Estanislao!—murmuro.

—¿Qué sabe usted?—me dice ufano.—¡No hay como el gesto para someter al pueblo!... No es la palabra, obsérvelo bien; es el gesto, el rayo de los ojos, el signo rápido é hipnotizador del índice lo que subyuga. Escenas como ésta las presenciará usted cada momento estando conmigo. ¿Le he contado lo que me ocurrió al volver de Cuba?... Me puse á jugar sobre cubierta con varios truhanes que venían presos: ladrones y asesinos. Cuando observé que hacían fullerías, hundí las manos en el montón de dinero y recogí cuanto pude. Ellos se levantaron coléricos; abrieron las navajas; avanzaron. Yo di dos saltos á retaguardia... ¡Aquí del orador!... «¡Al que avance un paso—grité, poniendo mano al bolsillo, donde nada llevaba,—le arranco la cabeza, la masco y la escupo al mar, puah!...» No fué la palabra, Nolo; fué el signo violento de arrancar, fué el choque áspero y escalofriante de mis dientes y la sugestión de mis manos crispadas lanzando

á las aguas una cabeza imaginaria lo que petrificó á los barateros... ¡La oratoria haciendo de Medusa, Nolo!... Pero, ¿no come carne?

— Gracias; todo es piltrafa...

— Que alimenta. Le aconsejo que no haga repulgos; los tiempos son duros, y hay que domar al estómago. Más señorito que usted soy yo, y las sopas de anoche era lo primero que en una semana tomaba de caliente... Bueno; saque cincuenta y cinco céntimos para pagar el gasto, y yo daré de propina dos que me quedan.

— ¡No sea tacaño; daremos cinco!

— ¡Salud, generoso!... ¿Tanto dinero le sobra?... Dos, y gracias... ¡Vaya por las pesetas que á otros tiro cuando estoy borracho!

V

En la calle permanecimos indecisos. Estanislao me pregunta:

— ¿Vamos en busca de cuarto, ó á cambiar el gabán?

— Prefiero capa.

— Gabán le digo, Nolo.

— Capa.

— ¡No sea estúpido! El gabán es más elegante; un gabán en buen uso hemos de adquirir.

— No se obstine, Estanislao. Ha de ser capa.

— ¡Tiene usted la cabeza de piedra berroqueña, y acabará con mi paciencia! La ropa decide en Madrid el porvenir de un joven. ¿En qué casa de viso se presentará usted con capa? ¿Cree que Madrid es su pueblo?... Y el gabán cubre más. Figúrese que un día tiene que empeñar la chaqueta, como yo... ¿De qué le sirve la capa?

Así disputando llegamos á la calle de Toledo. Frente á frente resplandece el café Nacional. Estanislao modera su tono irritado, y dice melancólico:

— ¡No hay en Madrid donde se tome tan rico café!... Cuando yo desempeñe mi sueldo y usted obtenga empleo, hemos de venir todos los días.

— Creo que hoy podemos entrar, Estanislao.

— ¡Es mucho gasto, Nolo! Con sesenta y cinco céntimos hemos comido ambos, y derrochar una peseta en café hiere al alma.

— ¡Es verdad, Estanislao!

— ¡Bueno; por una vez!... ¡Pero sólo hoy!...

— Hoy sólo... Y puestos á hacer la calaverada...

— ¿Dos puritos de quince, Nolo?

— Justo.

— ¡Oh, mi futuro ilustre amigo!... ¡Soy adivino!... ¡Estanislao lee en las intenciones!...

Pero no reincidamos, ¿eh? Hay que administrar celosamente el dinero.

Entramos en el café, y una oleada de vida nos sube al rostro... ¡Qué calorcillo tan placentero!... Á Estanislao le fosforecen los ojos de alegría y orgullo. Se quita el sombrerete, y su mano aristocrática pasa con escogido arte por la cabeza gris, de diablesca rebeldía. Su gesto altivo y su gabán verde atraen la atención de la gente, y él mira á los espejos para ver cómo le miran.

— ¡Mozo!

Es el tono de un gran duque.

— ¡Señor!

El índice de Estanislao vibra imperante:

— ¡Café!

Mientras nos sirven, hace el elogio del café, gran sugeridor de ideas. Las palabras brotan pintorescas y veloces. El concurso le mira, y él alza la voz para que le oigan. Mediante sabias pausas, que invierte en sorber el humeante líquido, y sabias transiciones, cambia los hilos con que teje su vistosa disertación, y recuerda su juventud, florida de esperanzas. Las hieles del recuerdo contraen su boca en gestos dolorosos, y todo el amargor empieza á derramarlo sobre la muchedumbre, atónita.

— ¡Cuidado, Estanislao, que le escuchan!

Él tiembla de cólera, y sus ojos saltones

vierten alrededor una mirada ancha y olímpica.

— Vamos á ver—me dice, repuesto y abandonando en la mesa sus manos coquetuelas, pálidas como el mármol,—¿cuál es su mayor deseo?

— ¡Se reiría!...

— Hable.

— Visitar el Polo. Dar un grito en la soledad, y oir cómo mi voz se explaya por los desiertos y entre las montañas de hielo.

— ¡Peste!... Es usted un hombre perdido... Usted huye de la realidad y ensueña despierto... ¡Callar entre la gente y subir al Polo para dar gritos!... ¡Nolo, Nolo!... Á su cabeza le falta un tornillo, si es que no le faltan dos... Siga mis consejos y no desvaríe. Acójase á lo que pueda; sea cualquier cosa: periodista, diputado, ministro. Piense en España, y más todavía en su persona, que es el ombligo del mundo, porque si llega á mi edad sin vencer, no tendrá que subir al Polo; el Polo bajará á usted, helándole el estómago. Durante una semana lo he tenido yo, por no comer cosa caliente... ¡Nolo, alerta!... Yo le hablo como hombre práctico y experimentado.

— ¡Muy bien, Estanislao; no diserte, y volvamos al punto de partida!

— ¡Ah!...

— Usted, ¿qué desea?

—¿Yo?... Dar buenas propinas á los camareros.

—¡Hombre!

—¿Le parece raro?... Es un placer insuperable tratar como ínfimos esclavos que tienen voto en las elecciones, á estos sujetos que ganan mucho más que yo con las limosnas de diez céntimos que les echan sus parroquianos... ¡Oh, Nolito!... Usted no sabe lo que gozaba Estanislao cuando recibía íntegro su sueldo... El sentimiento del fracaso exagerado por el orgullo, me tenía medio mes y buena parte del otro medio irascible y sombrío, comiendo malamente en las tabernas y cenando te con pan tostado. Llegaba el día primero... ¡La gloria, Nolo!... Cobraba; tomaba posesión de Fornos... Obsérvelo bien: tomaba posesión; pues teniendo Estanislao dinero no hay gran señor que le iguale en rumbo y fausto. Comía terriblemente; bebía hasta perder la cabeza; convidaba á cuantos se acercaban, y terminaba insultando á todos. Los camareros intercedían siempre, y como es la ralea que más desprecio, contra ellos me revolvía, voceador y espléndido: — «¡Tomad, mendigos!... ¡Tomad propina!» Ellos me daban de palos, y yo les replicaba tirándoles al rostro puñados de dinero.

—¿Á ese paso saldría limpio del sueldo?

—¡No! Tenía buen cuidado de dispararles con calderilla. Sólo una vez les apedreé con

duros; pero Fornos se incautó de ellos, y cuando se me disiparon los malos vapores, envié á un amigo para que los recobrase.

—Abróchese el gabán, que le están mirando y no lleva chaqueta.

—Présteme un duro, y desempeñaré la mía.

Mientras el mozo acude á mi apelación, Estanislao saca su cuaderno y apunta : *En efectivo, 5 pesetas; café, 50 céntimos.*

Salimos del establecimiento, y me dice :

—Vamos á desempeñar mi prenda : allí encontraremos para usted buenos gabanes usados.

— Le he dicho que deseo capa.

—Es usted insoportable, y no haré carrera. Bien se está viendo que trae el pelo de la dehesa. ¡Gabán ha de ser!

— Estanislao, ha de ser capa.

— ¡Bruto! Tiene usted más dura la cabeza que un aragonés.

— No me insulte, ó nos damos aquí mismo de puñetazos.

— Le insulto porque le quiero.

Mudos recorremos las calles; cruzamos la Puerta del Sol, donde Estanislao riñe con un cochero que iba á atropellarme, y llegamos á la Montera. Entramos en una casa de préstamos; mi compañero recoge su chaqueta, entrega el duro que le presté y le devuelven seis reales. En seguida pide :

— ¡Gabanes en buen uso!

Y yo:

— ¡Veamos qué capas tienen!

Nuestras miradas chocan retadoras.

Los gabanes me parecen caros; las capas no gustan á Estanislao.

— ¿Cómo me sienta ésta?

— Muy larga.

— ¿Y ésta?

— Muy corta.

Cuatro casas recorremos. Los gabanes no me gustan; las capas no gustan á Estanislao.

En la calle de San Marcos nos detenemos ante un establecimiento que ostenta capas flamantes con cartoncitos numerados: 20 PESETAS.

— ¡Esto busco!

Estanislao exclama, haciendo un gesto desdeñoso:

— ¡Capa para una semana!

Al verme inflexible se somete y viene en mi ayuda, porque yo no sé regatear cuando hacemos el trueque. El prestamista justiprecia en cinco pesetas mi gabán de verano, y Estanislao protesta iracundo. De dos duros no quiere rebajar ni un céntimo.

— ¡Fíjese bien, amigo!... En su capa todo es apariencia; en este gabán todo realidad... Género de Tarrasa muy rico, que sólo necesita un buen planchado... ¿Y en esta capa, qué?...

¡Borra!... ¡Borra mala: mucho pelo y poco abrigo!... ¿Y el tejido?... Mírelo al trasluz: entre urdimbre y trama pueden pasar dos perros peleando. ¡Á ver gabanes en buen uso!

—¡Á ver si nos arreglamos antes con la capa, Estanislao! Ahora discutimos sobre mi prenda.

—¡No rebajo de diez pesetas, Nolo!

—¡Bueno; pongamos seis!—dice el prestamista.

Estanislao hace un movimiento decisivo para retirarse, y propone:

—¡Nueve!... ¿Vale?

—Pongamos siete.

Mi amigo no acepta. Yo intervengo conciliador:

—Sean ocho, y todo resuelto.

Estanislao rechaza la proposición. El comerciante se somete. Dejo el gabán, abono doce pesetas y me pongo la capa.

Mi compañero sentencia:

—¡Ya tiene tela para una semana!

VI

Hemos recorrido las inmediaciones del Rastro buscando habitación. Estanislao hace pequeños descansos en cada taberna que encontramos. Me parece que son siete los descansos.

Si las copitas que toma no fuesen tan insignificantes, diría que se le han subido á lo alto. Marcha muy arrogante, y su mano derecha, siempre móvil y expresiva, se desvía ahora más de lo que conviene á la acción oratoria. En la calle de Embajadores ha tocado en blando á una cigarrera, y la de ella ha pasado rozándole la cara y derribándole el sombrero.

Llegamos á la calle de Juanelo. Hacia el comedio vemos un cartón, que dice: *Se alquilan abitaziones, piso segundo.* Mi amigo se sume por la puerta.

— ¡Alto, Estanislao!

— ¿Qué sucede?

— Es un antro: no entremos, que nada bueno puede haber ahí.

— Si le parece, iremos á la Castellana en busca de un hotel.

Es un antro, negro y pestífero, donde se respira aire húmedo. Palpando las paredes, recorremos un hondo pasillo que no repercute nuestros pasos. Al tropezar en la escalera, Estanislao enciende una cerilla. Los peldaños desgastados retiemblan y gimen. Llegamos al primer piso, y por una puerta entreabierta salen vahos de burdel.

— ¡Estanislao, media vuelta á la izquierda!...

Oigo su guturación, y en seguida:

— ¡Nolo, á la conquista del porvenir por

obscuros caminos!... ¡De frente!... ¡Mar!...

Llegamos al segundo. Por una puerta que la polilla roe, depende un cordel. Estanislao tira; cede la puerta, y un hueco negro queda delante.

— ¡Ah de casa!

La voz se adentra por las sombras, sin que nadie replique.

— ¡Patrona!

Remotamente se indica una luz, y una voz agria pregunta:

— ¿Quién llama?

— Dos caballeros.

Primero vemos el fulgor rojizo de una vela; luego vemos una mujer alta y delgada que camina precedida de la luz; después, la mujer se trueca en bruja de boca hundida armada de dos dientes amarillos.

— ¿Habitaciones? — pregunta Estanislao.

— Sólo ésta me queda.

Mueve un picaporte próximo, y nos muestra la estancia, alumbrada con las últimas luces de la tarde. Tiene cuatro metros cuadrados. El piso sin ladrillos. Hay dos camas: una en regular uso; otra inválida, con un palo haciendo de pata. En el fondo gran ventana sin cristales.

— Me gusta — dice Estanislao.

— Á mí, nada — le replico.

— Tiene muy buenas vistas, Nolo.

— Estanislao, sólo veo tejados.

— Pues yo, ventanas; ventanas por todas partes, y no faltarán mujeres que se asomen... ¿Cuánto, señora?

— Setenta reales.

Estanislao rebaja; la vieja insiste. Cierran el trato en quince pesetas.

— ¡Vamos ahora á la segunda parte!...

Estanislao se recuesta en el lecho inválido, que huye, flaquea, se le tuerce la extremidad postiza y se desploman ambos.

— ¡Al primer descanso!... — grita colérico el caído.

— ¡Eso no es nada! — observa la bruja. — Mi hijo se encargará de arreglarla.

— ¿Tiene usted hijos?

— Un real mozo; ya lo verá usted. El pobre se ha quedado sin trabajo.

— Se dedicará á dar atracos.

— ¡Oiga, mi hijo es muy honrado!

— Pero esta casa parece una cueva de ladrones.

— ¡El ladrón lo será usted, tío chiflado! Las personas que viven aquí son pobres, pero tienen decencia. ¡Miren el señorito que parece un lagarto con ese gabán!... Si quieren estar entre gente de ringorrango váyanse al Palacio de Oriente, que faltan hombres...

— Á la Castellana, le proponía yo á este amigo...

—Ó al Campo del Moro, que estarán más anchos.

—¡Haya paz! —intercedo yo. —¿Qué iba usted á decir, Estanislao?

—Aceptada la habitación poniendo mesa, lavamanos y dos sillas... Ahora la segunda parte... Deseamos que nos haga usted la comida. De la cena cuidaremos nosotros.

—¿Cocido? —pregunta la vieja reluciéndole los ojos de codicia.

—¡Exactamente!... Pero entendámonos... Usted lo hará; nosotros le entregaremos carne y garbanzos.

La vieja pide treinta céntimos diarios. Estanislao le ofrece quince. Discuten; aquilatan el exceso de carbón que sobre su comida necesita la patrona para hacer la nuestra; estiman la dosis de aceite que el puchero necesita; no olvidan la sal, y convienen en que todo junto valdrá unos veinte céntimos. Si algún plato se rompe, nuestro es el cargo.

Una hora después volvemos transportando mi baúl y el hatillo de Estanislao, que cabe bajo el brazo. Mi amigo está triste; porque tristes han quedado sus compañeras de siete meses. La madre pensando en la deuda de siete meses; la hija pensando en su amor.

VII

— ¡Nolo, no puedo substraerme al influjo de este café! En Madrid no lo hacen más rico.

— Yo llegué anoche, y tampoco puedo resistir á su atracción. Entremos, Estanislao.

— De ningún modo, Nolito. Es derrochar y tenemos mucha necesidad del dinero.

— Es cierto; vámonos.

— ¡Aunque por una vez!...

— Es la segunda, Estanislao.

— Sí; es la segunda. Nuestra comida costó setenta y cinco céntimos, y en café gastamos una peseta. Con dos tajadas de bacalao, un panecillo y diez céntimos de vino, hemos cenado en la taberna; gastar otra peseta en lujo, es excesivo... ¡Nolo; si entramos esta noche ha de darme palabra de no reincidir!

— ¡Palabra, Estanislao!

— Entremos, Nolo.

Sin dignarse mirar al camarero, mi amigo le ordena:

— ¡Café!

Y yo:

— Un biftec.

Estanislao pierde el color y me mira enseñando los dientes.

—¡Nolo!...

—Tengo hambre.

—También yo, y me callo.

—Usted se comió todo el cocido y bebió vino.

—¡No sea señorito, y haga de tripas corazón!... ¡Esto no puede seguir! ¡Esto no es administrar! ¡Esto no es tener idea de nuestra pobre situación!

—Mañana termina el desorden, Estanislao.

—¿De veras, Nolo?

—Se lo prometo.

—Entonces trae otro biftec para mí, camarero.

Una hora pasamos gustosamente en el café hablando del porvenir y concertando nuestro arreglo doméstico. Mientras el tiempo malo persista, sólo cenaremos sopas de ajo y un poco de queso. Como el café es caro, nos haremos te, que es más abundante.

Cuando salimos del Nacional pasamos revista á los garbanzos expuestos en los escaparates. Los gruesos le parecen caros á Estanislao; los baratos le parecen menudos.

—¡Estanislao, ni que fuésemos criadas de servir!

—¡Es usted insoportable! Más orgulloso que usted soy yo, y no me avengüenzo de regatear... ¡Ni que trajese veinte mil pesetas!

Ante el Ministerio de la Gobernación encuentro á un amigo periodista.

— ¿Usted por aquí? — me pregunta.

— Anoche llegué, Roberto.

— ¿En busca de periódico?

— Dudo que sirva para otra cosa.

Roberto tiene prisa y me aconseja que vaya al siguiente día á la redacción para presentarme al director. Algunos aun me recuerdan de haber colaborado ausente años atrás.

— ¡Esto empieza bien! — me dice Estanislao al reanudar nuestra marcha.

— ¡Superior!... Compremos los garbanzos en la primer tienda; yo no ando más.

— ¿Se ha cansado ya?... ¿Ya se cree periodista?... Pues aun le falta camino antes de recibir sueldo.

— ¡Estanislao!...

— Todavía habré de prestarle dinero... ¡Vamos en busca de los garbanzos!

Diez ó doce ultramarinos visitamos. En la calle de Jacometrezo nos ofrecen á ochenta céntimos kilo unos garbanzos rubios, grandes, tersos. Mientras los pesan, Estanislao me murmura al oído:

— ¡Los mismos que en las otras casas á peseta!

— ¡Usted qué entiende!

— ¡Burro, no está viendo que son idénticos! El mismo volumen; la misma suavidad del hollejo. ¿Si los conoceré yo?

De retorno á casa compramos carne de fal-

da, tocino, te y dos panecillos duros, que por serlo nos cuestan más barato.

Nuestra habitación está arreglada. Mi compañero llama á la bruja y le entrega la menestra para mañana.

Los cálculos de Estanislao arrojan un gasto de noventa céntimos para el día.

Cuando nos acostamos suenan rasgueos de guitarra en el piso inferior. Después, suenan golpes en el nuestro; llantos de mujer; voces hombrunas que intervienen, discuten, disputan.

— ¿Estamos seguros, Estanislao?

— Creo que no. Arrime el baúl á la puerta y tenga prevenido el revólver, si está seguro de que dispara. ¡Nolo, buenas noches!

Se santigua, y empieza á tocar el caracol. Abajo continúa la guitarra acompañando al canto y baile. En las habitaciones próximas se oyen disputas, remover de dinero y una voz de bajo que ordena brutal:

— ¡Que nos traigan más vino!

Á la una de la madrugada, todo cesa. Sólo el caracol de Estanislao prosigue su incansable solo.

No pudiendo dormir me pongo á leer. Cuando el alba se anuncia por las fisuras de la ventana, mi amigo da un ronquido tan brusco y escandaloso, que la trepidación de la cama le despierta.

— ¿Qué hace con la luz encendida, Nolito?

— Esperando que usted cese de roncar.

VIII

La patrona entra con el puchero.

Me levanto.

Estanislao desmenuza medio panecillo y hace la sopa. Mira luego al pucherete, y la mano que lo sostiene tiembla. La cólera se le anuda á la garganta.

— ¡Esta bruja nos ha robado!... ¡Juro por el arcángel San Gabriel que á la noche he de contar hasta el último garbanzo que le entrego!

La sopa es buena; los garbanzos, mejores.

— ¿No le dije que eran de peseta?... ¡Si los conoceré yo!... Déjese guiar de mí, que usted irá lejos, Nolillo... Pero esta vieja nos ha robado... ¡Carne también falta!... ¡Juro por todos los santos que si mañana nos hurta algo, pego fuego á esta madriguera de ladrones!

Damos varias vueltas por la calle, y nos detenemos ante el Nacional. Yo miro significativamente á Estanislao.

— ¿Café? De ningún modo, Nolo; hay que ahorrar. Vamos al Rastro en busca de un hornillo para hacer la cena.

Los vemos de todos tamaños, pero son ca-

ros. Estanislao se enamora de una estufa de planchadora.

—Eso no sirve—le digo.

—¿Usted qué entiende, necio? Quitamos la chapa de encima y queda muy bien. El anafre es bajo, y tendríamos que inclinarnos mucho. Esto es alto, cómodo... ¿Cuánto vale, ciudadano?

—Ochenta céntimos.

—Baja.

—Setenta.

—Baja.

—Sesenta.

—Baja.

—Ni un centímetro bajo ya.

—Te daré treinta.

—Suba.

—Cuarenta.

—Suba.

—Cincuenta.

—Suba.

—Ni con grúas.

—¡Pues no hacemos nada!

El chamarilero celebra la bondad de su género; Estanislao lo degrada, disertando sobre la acción del óxido, y con el dedo rompe un pedazo de la chapa. El vendedor se somete.

—¿Buscamos á un chiquillo que nos lleve la compra, Estanislao?

—Costaría más el transporte, Nolo.

Con dos periódicos envuelve la estufa, y, cogiéndola por los asideros, remontamos el Rastro. Por el camino ríen y nos sisean.

— ¡Ay, los señoritos!

— Con ese gabancito verde no tendrá frío, ¿eh?... ¡Dos buñuelos le doy por él!

— ¡Recójase la capa, que se le tiznará!

Me avergüenzo. Me desespero.

— ¡Estanislao, que cargue un muchacho con este lío, ó lo echo á rodar!

— ¡Qué vergonzoso!... Más orgullo que usted tengo yo, y resisto.

— ¡Que no sigo, Estanislao!

— ¡Suelte, estúpido!... ¡Que se me burle un hombre, y le rompo la estufa en la cabeza!

Los hombres también se burlan; pero Estanislao prosigue adelante, orgulloso, superior á las humanas preocupaciones. El trecho que separa el Rastro de la calle de Juanelo es breve, y Estanislao obvia la fatiga haciendo escala en todas las tabernas.

Depositada la estufa en el cuarto, volvemos á la calle. Caminamos al azar, y nuestros pies inconscientes nos llevan por donde quieren, mientras nosotros hablamos de cosas muy altas y de ideales muy remotos.

— ¡Es indudable! — exclama Estanislao, rompiendo el hilo de su peroración, que pintoresco y suave iba saliendo.—¡Mejor café no lo hacen en todo Madrid!

Estamos ante el Nacional, del que emana un tufillo cálido y embriagador. Nuestras miradas se abrazan risueñas, envueltas en lagos de deseo.

— ¡No!—murmura mi amigo, y marcha resuelto.

Yo lanzo una ojeada al interior de aquel paraíso, y le sigo entristecido. Él prosigue, soñando alto:

— ¡Ni en Fornos, ni en Levante, ni en el Universal!...

— ¡Volvamos!—le imploro.

— ¡Es una locura!—dice, no pudiendo substraerse á la tentación.—¡Tenemos muy poco dinero, y ahorrarlo en comida para despilfarrarlo en café es una iniquidad!... ¿Qué hacemos, Nolo?... Usted, que tiene más voluntad, debe fortificarme.

Siento remordimientos. Tanto como en la conciencia los siento en el bolsillo, que también tiene alma, pues en estós tiempos precarios el bolsillo es la parte más vital de mi ser.

— ¡Vámonos, Estanislao!

— Y ¿adónde vamos?

— ¡La verdad es que pasear con este frío!

— ¡Entremos por última vez, Nolo!... ¡Pero á condición de que será la última!

— La última.

— ¿Palabra, Nolo?

— ¡Estanislao, palabra!

IX

Es una redacción de sangre y oro.

Rojas son las paredes. Rojos los anchos divanes que al pie de ellas corren. Nueve grandes globos derraman su luz selenea, haciendo relucir entre la púrpura sangrienta los dorados chaflanes de las columnas que la techumbre sostienen. Tres hombres escriben en una larga mesa central.

Roberto no ha llegado.

Me siento en un diván y completo la inspección.

Reina en todo buen gusto. En nada se parece ésta á las redacciones de los periódicos radicales que he visto en provincias, sucias, sórdidas, mal olientes. Un leve tufillo de fina esencia vaga en el ambiente tranquilo, sólo alterado por el rasgueo veloz de las plumas. Las ventanas están ornadas de severos cortinajes, y las rojas paredes de históricos retratos. Presídelos el de Ruiz Zorrilla, encajado en rico marco, por el que penden anchos crespones. Prim se destaca enfrente. Á uno y otro lado, generales, jefes y oficiales de abundantes bigotes y recta mirada serena. En ninguno la estudiada actitud que se observa en los esca-

parates de un fotógrafo: cabezas ridículamente altivas, narices dilatadas como si husmeasen al enemigo, ojos fieros que quieren inspirar terror y hacen reir. Estos otros miran tranquilos, como debieron de contemplar el peligro en días de sublevaciones. Todos murieron: fusilados unos, en presidio ó en la expatriación otros. Por una idea perdieron carrera y vida. Hay mujeres, también hijas hay de ellos que han implorado limosna.

Ignoro si estas pobres sombras inspirarán á los que escriben. Una idea me taladra... He conocido á varios tribunos jóvenes que la muchedumbre admira, y que yo admiré con ella mientras los vi de lejos. Al considerarlos de cerca, he observado cuán grandes cómicos son, y ahora sólo admiro la habilidad con que el gesto disfraza la intención... ¿Será tal este periódico, que tantos aplausos é indignaciones provoca? Y ¿serán estas víctimas fusiladas ó fenecidas sarcástico pabellón que encubre liviana mercancía?

Roberto llega. Con él un caballero elegante, de barba semirrubia y ojos melancólicos, como si los ardores de la lucha hubiesen dejado en ellos cansancios y tristezas.

Es el director.

Nos saludamos.

Roberto dice lo que busco en Madrid. El caballero elegante esboza una sonrisa amable;

encógese de hombros, é indicando con el dedo montones de periódicos, dice muy tenue:

— Repáselos y escriba lo que quiera.

Otras personas llegan. Son dos jóvenes parleros; vienen muy pulcros y trascendiendo á esencias.

— ¡Buenas noches, congrios!—dicen á los que escriben.

— ¡Buenas noches, gran canalla! ¿Dónde has cenado ésta noche?—dicen al director, que risueño y fatigado, se acuesta en un diván.

— ¡Buenas noches, señor!— me dicen reverentes; pero en los ojos, bailarines y agudos, juega la sátira.

Luego se desvían; me miran de soslayo; cuchichean; ríen. Corrido y apocado leo periódicos; traduzco telegramas; inicio un artículo... Los jóvenes elegantes me interrumpen.

— ¡Perdone un momento, señor!... ¿Usted habrá sido periodista en... en provincias, verdad?

— Muy poco tiempo.

— ¿Y sabrá hacer de todo, eh?

— No estoy seguro...

— ¡Vamos, articulista!... ¿Articulista, verdad?. . ¡Sólo ha escrito artículos!

No sé qué contestar, y observo silencio.

— ¡Perfectamente!... En Madrid conviene habituarse á todo... Mire usted: esto es fácil: lo lee, altera la forma, y ya está... ¿Será usted

tan amable que nos haga el obsequio de encargarse?... ¡Gracias, querido amigo!

Sin esperar la contestación me ponen delante un montón de recortes que han hecho en otros periódicos, y se acercan al director.

— ¡Despierta, gandul!... ¿Cuánto dinero tienes?

El caballero se incorpora lentamente y hace un leve movimiento en el chaleco. Su mirada es vaga y tristísima; parece extenderse por imaginarias regiones. No habla; apenas se mueve. Su izquierda muestra la cadena del reloj.

— ¿Lo has empeñado?... ¿Á cuánto asciende la estafa de hoy?

El caballero calla. Su mirada indefinida sigue prolongándose. Su diestra ofrece con resignación una papeleta del Monte. Los jóvenes ríen. El mayor dice:

— ¡Chico, eres un canalla de mirada lánguida!... El día que tienes fuertes ingresos eres capaz de empeñar á tus hijos para fingirte pobre y no darnos nada. ¡Dos pesetas!

El director suspira:

— ¡No tengo!

— ¡Una!

— ¡No me alcanza!

El caballero elegante saca algunas monedas de cobre y las ofrece en la palma de la mano, floja, desmayada. Los dos jóvenes ríen con estrépito. El pequeño exclama:

— ¡Chico, has aprendido todas las artes del amo! Los billetes del Banco en el bolsillo interior del chaleco, fuera algunas perrillas.

Recoge el dinero, lo cuenta, y dice á su compañero:

— Vamos á la taberna de la esquina.

— ¿Qué va á ser?

— Dos quinces con seltz: no hay para más.

El director sonríe y se acuesta.

Roberto hace un chiste en loor de Baco.

Llegan algunas personas á formular quejas. Llegan algunos redactores de trazas insignificantes, que me miran con curiosidad; luego con desvío; después con recelo... Sin duda presienten á un adversario.

Los jóvenes parleros vuelven más alegres: bromean con Roberto; lanzan sobre el director puñados de periódicos. Éste se incorpora muellemente y les grita soñoliento:

— ¡Sois una calamidad! ¡Si no trabajáis habré de poneros en la calle!

— ¡Maestro, secundamos tu ejemplo!

— ¿Pero no hay nada que hacer, perdidos?

— Nada; este señor — dicen señalándome — ha tenido la bondad de coger los recortes.

El director vuelve á sonreir melancólico, y me aconseja:

— ¡No haga caso á estos sinvergüenzas y absténgase de trabajar! Aquí el que más pone más pierde.

Roberto sonríe y escribe.

Los jóvenes lanzan á dúo una carcajada.

El mayor:

— ¡Por eso trabajamos lo menos posible!

El menor:

— ¡Aquí el que más pone más pierde!

Cogidos del brazo vuelven á la calle.

Un anciano de bigote blanco y cara llena entra. Todos se levantan para saludarle cuando aun no ha pasado de la puerta. Es un primate del partido. Ofrécenle asiento, y en actitud de superior indolencia diserta doctoral largo espacio sobre la decadencia de los tiempos. Con benévolo desdén zahiere á la juventud presente, y sin poner más calor glorifica á la de antaño. Por menos motivo hizo ésta la Revolución de Septiembre. La actual nada ha hecho por vengar la pérdida de las colonias.

El director inclina humildemente la cabeza como si la acusación le pesase, y murmura quedo:

—¡Tiene usted razón! ¡Tiene usted razón!... ¡Somos unos degenerados!... ¿Y qué le trae por esta casa?

— Saber si han dicho algo del mitin.

(Los dos jóvenes elegantes entran con pausa.)

— ¿Qué mitin? — pregunta el director.

— ¡Pero, hombre, no se han enterado!... ¡Pero, hombre, á las puertas mismas de Madrid!...

(El mayor de los jóvenes, puesto á espaldas del anciano, se mira en su hermosa calva y se retuerce el bigote como ante un espejo.)

— ¡Pues no sabíamos nada!

— ¡Vaya, vaya!... Bien hice en tomar algunas notas.

De la levita saca algunos papeles; mira en torno á quién ha de darlos, y se encuentra con los dos elegantes.

— ¡Caramba, si están aquí los pollos!... Á ustedes les encargo de esto... ¡Á ver si lo hacen bien!

—¡Con mucho gusto!... Habrá presidido usted, ¿verdad?— le dice el pequeño.

— ¡Naturalmente!

— ¡Naturalmente!... ¡Candidato para la diputación, ex ministro de la República!...

— ¡No llegué, no llegué! ¡Me quedé en la puerta!

— ¡Bueno; ministro de la futura República!

El mayor observa:

— ¡Está verde todavía!

El anciano le mira severo. Luego se despide. Los jóvenes le acompañan hasta la puerta haciéndole guiños y cortes de manga. El personaje les dice algo muy quedo. Ellos asienten:

— ¡Pues no faltaba más!... ¡Descuide usted!... ¡Sí, sí; todo lo que guste!

Los jóvenes vuelven; arrojan las cuartillas en la mesa; se desploman en un diván.

—¡Que lo haga el arzobispo de Toledo!... ¡Ese viejo idiota sólo viene á pedir bombos!

El director les implora con dulcísima mirada:

—¡Hacedlo por el amor de Dios!... ¡Hay que ser tolerantes con los caprichos de la infancia!... ¡Á los setenta y dos años todos seremos caprichosos!... ¡Y el buen señor se lo merece: ha trabajado mucho; intervino en la Revolución de Septiembre; desempeñó altos cargos con la República!...

Un joven:

— Y robó hasta el copón.

— ¡Murmuradores!... En fin, ¿quién arregla esas cuartillas?

— ¡Chico, entrégalas como están!

— Es preciso corregirlas. Estarán muy mal escritas.

— Pues dicen que ha publicado libros.

— ¡Así son ellos!

— Pues bien; este caballero nos hará la merced de corregir al futuro señor ministro de la futurísima República. ¿Verdad, querido amigo?

Inclino la cabeza y tomo las cuartillas. El corregir tanto lugar común me cuesta más trabajo que en hilarlos nuevos.

Sigo trabajando, y los demás terminan su tarea; forman corro ante el diván; charlan y ríen... Sólo algunos fragmentos llegan hasta

mí en el diálogo que sostienen director y jóvenes.

— Oye, chico; ¿cuánto vale la campaña de los días pasados?

— No sé.

— ¡Ah, es cosa del amo!... ¿Dicen que ha abierto otra casa de juego en el número 12?

— Eso dicen.

— ¿Y el juego, va bien?

— No me ocupo en eso.

— ¡Chico, pues debes de enterarte para que nos aumenten el sueldo!

— ¿Pedís más y no trabajáis nada?

— ¡Ja, ja! Menos trabajas tú y vives suntuosamente. Menos trabaja el otro y sostiene queridas...

— ¡Calumniadores! El otro es amo, y el día que se le ocurra dar un puntapié al periódico...

— Aquel día ni explotará el juego ni su familia arrastrará coches...

El director se enfada :

— ¡Sois unos reptiles!... El amo tendrá muchos defectos; pero á él debemos nuestra comida y el republicanismo un gran órgano.

— ¿Y qué sería de él si no fuese republicano ni tuviese un órgano donde todos los días se toque la *Marsellesa?* ¿Crees que un gasto de cuarenta mil duros anuales los soporta cualquiera?

— ¡Bah!... ¡Hace bien!... Vámonos á la

cama, y que la Divina Providencia se encargue de corregir á esta nación podrida.

Cuando llego á mi cuarto, Estanislao despierta.

—¿Qué hora, Nolo?

—Las cuatro y media.

—¿Y ese periódico?

—Muy mal.

—¡Ji, ji!... Buenas noches.

—No ronque mucho, Estanislao.

X

—¡Despierte! ¡Despierte!... Mire el anuncio que trae *El Imparcial:* «Se necesita un joven que sepa francés»...

—¡Vaya á paseo con sus anuncios, y déjeme dormir!

—¡Nolo, Nolo!... ¡Es usted una calamidad, y se morirá de hambre! Mientras obtiene sueldo en el periódico debe aceptar cualquier cosa.

—¡Á paseo!

Estanislao protesta indignado; rasga el periódico; golpea en la cama... Entresueños le oigo dirigirme maldiciones... Luego, remover de platos; diálogo á media voz... Después, silencio... El sueño me envuelve amante.

Un puñetazo en la mesa.

Despierto sobresaltado.

Estanislao se yergue con tanto ímpetu, que su pantaloncillo horadado en la parte posterior se rasga hasta media pierna. La cólera le ahoga. Su diestra acude prestamente al lugar del siniestro queriendo contener la ruptura.

— ¡Nos ha robado! — grita frenético.

Brinco de la cama y miro al baúl.

— ¿Quién nos ha robado, Estanislao?

— ¡Once, once! — sigue voceando.

— ¿Once qué?

— ¡Los conté anoche!... ¡Once!...

— ¿Pero, qué le han robado? ¿Qué contó?

— ¡Es usted un animal!... ¡Once garbanzos!... Le di ciento veinte y nos devuelve ciento nueve.

Estanislao llama nervioso. La vieja acude alarmada. Él la increpa: le dice ladrona; insiste que nos ha robado. Ella se ofende; llora; asegura que se lo dirá á su hijo. No niega que falten algunos garbanzos; el puchero volcó en un momento de descuido y se derramó parte de la comida. Por eso el caldo lo encontraremos algo claro.

Estanislao se conforma; pero durante toda la comida le punza la sospecha.

— ¡Esta sopa es agua!... ¿Cree usted que nos habrá robado, Nolito?

— ¡Déjeme de preocupaciones!

—¡Claro; para un potentado como usted ninguna cosa tiene importancia!... ¡Once garbanzos!... ¡La décima parte de una comida!... ¿Es que anoche hizo usted algún chanchullo en el periódico para mostrarse tan espléndido?

—¡Tengamos la fiesta en paz, ó tiro la cuchara y me voy!

—¡Para lo que falta me es igual! Ni usted ni yo quedaremos hartos... ¡Pues la carne también está falta!... ¿Se ha comido usted algún trozo de chorizo?

—¡No he comido nada!

—¡Vive Dios que estrangulo á esa vieja!... Puse dos y falta uno... ¡Mañana veremos!

—¿Vamos, Estanislao?

—Espere que me lave. ¿Y dónde vamos?

—De paseo.

—¡Justo; el día está hermosísimo!... Un airecillo corre que afeita sin navaja... Y á propósito: con el desgarrón que llevo detrás á modo de ventilador estoy seguro de no apolillarme.

Abro el baúl y le ofrezco un pantalón. Le está pintiparado; pero Estanislao no se conforma.

—Muy grueso; demasiado grueso. El mío valía más. Los pantalones delgados se adaptan mejor, y los movimientos son más libres y airosos. Una semana necesitaré para domarlo...

Aunque de verano, el mío abrigaba mucho más...

— ¡Estanislao, quíteselo si no le gusta, que me vendrá muy bien este invierno!

— Lo llevaré hoy, y ya veremos.

Allons enfants de la patrie...

Caminamos al azar como los días anteriores, y la inconsciencia, que es nuestra única guía, nos deposita ante el café Nacional. Reflexionamos maduramente; nos persuadimos de que la entrada allí supone el malgasto de una peseta; damos cuatro pasos; retrocedemos, y volvemos á marchar...

— La última vez, Estanislao.

— Nolo, la última.

— ¿Estanislao, palabra?

— Palabra, Nolo.

XI

— Corte usted el pan mientras enciendo la estufa.

Sentado en la cama voy recortando el panecillo en delgadas láminas. Estanislao pone carbón en la estufa de la planchadora; enciende teas, y el cuarto se inunda de tufo y de humo. Abrimos las ventanas y el aire helado entra en remolinos haciendo estallar el tubo del

quinqué y apagando las teas. Cierro la ventana y abro la puerta. Estanislao torna á encender, y el humo denso tupe el pasillo y despierta remotas toses. Óyense interjecciones y reniegos contra los señoritos; se acercan fuertes pasos, y un hombre corpulento, bizco y mal encarado, aparece blasfemando.

—¡Cierren la puerta ó le doy diez puntapiés á esa estufa!

Estanislao se incorpora soberbio:

—¡Estoy en mi casa, y hago lo que me da la gana!

—¡Y á usted le cojo por el bigote y lo tiro al patio!

—¡Puah!

No sé qué olímpico desprecio le ha expulsado Estanislao al rostro. En seguida cierra la puerta, que retiembla del puntapié asestado por el otro.

—¡Abran, señoritos pobres; que les voy á tirar por la ventana!

Segundo puntapié.

Á mi compañero le saltan los ojos de las órbitas:

—¡Indecente! ¡Canalla!

Tercer puntapié.

—¡Salga usted, tío panoli!

Estanislao coge mi revólver, y se acerca á la puerta:

—¡Borracho! ¡Bandolero! Da otro puntapié

y te disparo cinco tiros en el cráneo. ¡Ladrón! ¡Sinvergüenza!

Cuarto puntapié.

— ¡Abra si se atreve, tío Jindama!

— ¡Puah!

Quinto y sexto puntapié. El matón se retira insultando.

— Estanislao — le digo, — esto es un albergue de foragidos. Mañana buscamos casa.

— ¡No tenga miedo á esta gentuza!... ¿Si la conoceré yo?... Son chulos madrileños; mire cómo se ha marchado ése al oir mi amenaza.

El cuarto ha ido llenándose de humo que nos asfixia. Estanislao deposita el quinqué detrás de su lecho y abre la ventana. El carbón no prende: enciende teas; quema periódicos. ¡Imposible! Sentado en el suelo y con los carrillos inflados lanza en la estufa largos chorros de aire.

— ¡Buenos pulmones, Estanislao!

Como es todo vanidad, se engríe y exclama:

— ¡Sí, eh!... ¡Pues fíjese ahora!

Y sopla más fuerte y continuo.

— Parece usted Eolo soplando.

— Está bien la comparación, Nolín.

Y sigue sopla que sopla; se enrojece; suda, y se fatiga.

— ¡Ahora usted!

Ocupo su puesto y soplo con poco éxito.

—¿Sopla ó se calienta?

—Soplo.

—No lo parece. ¡Apriete! Que la columna de aire salga recta y larga hiriendo en un mismo punto.

—¡No puedo más, Estanislao!

—¡Apártese, flojo! Aprenda á soplar.

Á las seis empezamos nuestra faena. Á las nueve comíamos unas modestas sopas de ajo con un par de huevos.

XII

—¿Qué hago, director?

—No pregunte. Nosotros somos republicanos fronterizos de la anarquía. Cada uno hace lo que quiere... Yo, dormir.

Y se acuesta en el diván.

La guerra anglo-boer está en su mayor apogeo. De la prensa nocturna recorto telegramas; de la extranjera traduzco otros, y formo sección. Leo que Oscar Wilde ha muerto, y escribo un artículo en su elogio. ¡Pobre Wilde y pobre de mí! El Sr. Orti y Lara me llamó al siguiente día en *El Universo* defensor del pentapolismo, aludiendo á los vicios del poeta, en que no pensé.

Apenas terminado mi artículo entran riendo y bromeando los simpáticos jóvenes; despiertan al director y le piden café. Después llega una comisión de republicanos. Los jóvenes fingen escribir en la mesa, y á hurtadillas se miran, ríen, se hacen señas. Los recién llegados hablan, hablan, y en lo mejor del cuento se paran atónitos. Es que ha sonado una detonación horrísona... Digo mal: algo así como una tersa tela violentamente rasgada... Tampoco: ha sido detonación y rasgado... Un joven se inclina serio y cortés:

—¡Ustedes perdonen!

La comisión se retira. El director se irrita. Los jóvenes ríen y recuerdan un pasado suceso.

Fué en el verano. Tanto el calor, que los redactores estaban en mangas de camisa. El mayor de los jóvenes se quedó en cueros. El ordenanza anunció la llegada de cierto personaje, poco después ministro—¿fué usted, señor Dato?, —á solicitar una leve rectificación. El más joven salió á recibirle. Y el mayor le dijo:

—Vuelve pronto, pequeño, ó voy por ti.

—¿En ese traje?

—En este traje.

—No serás capaz.

La entrevista se prolongó, y alguien lo dijo al desnudo. Lentamente fué á la puerta, mientras los otros murmuraban:

— ¡No se atreverá! ¡No se atreverá!

Adán abrió la puerta:

— ¡Pequeño, el director te llama!

Y fingiendo sorpresa, añadió:

— ¡Perdone usted, caballero, si me he presentado en esta forma tan desvergonzada!... ¡Hace tanto calor!... Creí que el compañero estaría solo... ¡Perdón, perdón!... ¡Buenas noches!

Y se retiró tranquilo.

XIII

Como no dispongo de llave, al salir del periódico me abre la puerta el sereno: luego cierra y se retira.

No puedo retroceder.

El guitarreo suena en mi cuarto, y ese que tan pésimamente canta ha de ser Estanislao.

De pronto cesa el toque; calla el canto. Álzanse aplausos y voces roncas. Chocan los vasos.

Levanto el picaporte.

— ¡Buenas noches, señores!

— ¡Hola, Nolo!... ¡Á tiempo llega, Nolito!... ¡Siéntese y beba Nolón!... ¡Cuidado con las sillas, que las hemos roto!... ¡Siéntese en la cama ó en el suelo y estará más seguro!

Mi amigo está borracho, y como él tres suje-

tos de mala estampa que le acompañan. Entre ellos el mocetón que nos insultó al encender el fuego. Estanislao me dice que es el dueño de la casa, el hijo de la patrona. Le posa la mano en el hombro, y prosigue tartamudeando:

—¡Un buen muchacho!... ¡Gran corazón, pero un poco bruto!

—¡No me falte, don Estanislao!

—Retiro la palabra por tratarse de ti. Te llamaré estulto.

—Creo que sigue usted faltándome.

—¡No tolero que me rectifiques, Bizco!... *Stultus est qui non a intelligentia prima,* os ha definido Cicerón, Horacio ó no me importa quién.

—No entiendo de francés, don Estanislao.

—Si no fueras tan estulto, sabrías que te he hablado en latín, en latín superior, que traducido al castellano, dice: «Estulto es quien no posee una inteligencia de primer orden». Ya verás que no te he insultado... ¡Digo!... Supongo que no presumirás de Séneca, Bizco!

—No, señor; apenas sé leer.

—Luego eres un estulto... ¡Oh, yo no!... Yo soy superior, ¿me oís?... Vosotros pertenecéis á la ínfima plebe que se emborracha para degradarse más... Yo pertenezco á la aristocracia mental que en la embriaguez busca el ensueño... ¡Miserables, qué sabéis vosotros lo que es ensoñar!

—Hable usted lo que quiera, pero no insulte, don Estanislao; porque eso no lo permite á nadie el hijo de mi mamá: Juan Antonio Lipo del Castillo, por mal nombre el Bizco.

—¡Silencio!...

—¡Pa'mí que esto acaba mal!

—¿Por qué, estúpido?... Vosotros poseéis la fuerza bruta; yo la inteligencia. Cuando tengamos que dar palos, pegáis vosotros; cuando haya que mandar, ordeno yo. Y ahora os mando que bebáis este vaso.

—¿Ve usted lo que son las cosas, don Estanislao?... ¡Eso es ponerse en razón!... ¿Cantamos?

—Todos á coro: ¡á la una, á las dos y á las tres!

Á beber, á beber y apurar
las copas del licor,
el vino hará olvidar
las penas del amor...

Estanislao prosigue enternecido:

—Nolo de mi alma: ya no tengo ninguna pena de amor. ¡Las ahogué todas en vino! Hoy he bebido por dos alegrías: primera, que el día 20 nos darán la paga del mes para solemnizar Nochebuena, y pienso hurtársela al usurero. ¡Qué chasco cuando el 31 vaya al Consejo pensando que cobrará!... ¡Ríase, Nolo, ríase!... ¡La burla lo merece!... La segunda alegría está relacionada con el amor, mi antiguo

amor... Ya conoce usted la historia de aquella muchacha que hubiese sido mi esposa si López Domínguez me hubiese hecho gobernador ó diputado...

—Ni sé la historia de sus amores ni conozco su antigua amistad con López Domínguez.

—¡Bueno; otra vez se lo contaré!... Sepa que el general deseaba hacerme gobernador ó diputado; pero mi orgullo satánico... ¡Pero no me arrepiento; ante todo mi orgullo!... ¡Borrachos, bebed por él y por la que hubiese sido mi fiel esposa!

Beben sendos vasos, que agotan la botella. El orador prosigue mientras los demás se duermen:

—¡Ha sido un bello gesto el de mi antigua prometida!... ¡Ha sido un bello gesto; porque no ha hecho ninguno!... La he seguido hasta su casa sin que me viese... ¡Iba con su esposo, llena de tristeza y abandono!... ¡Varias veces le ha hablado él y apenas le ha contestado!... ¡Está hastiada!... ¡En todo el camino, y ha sido largo, no le ha mirado!... ¡Está muy triste!... ¡No es feliz!... ¡Yo estoy alegre!... ¡Voy á soñar!...

Los intrusos duermen en mi cama.

Estanislao reclina la cabeza y cae en un sopor letárgico. De tiempo en tiempo rechinan sus dientes y emite roncas exclamaciones guturales.

El día llega.

XIV

Es media noche.

Roberto ha tenido que ir á una capital de provincia, donde le han procesado. El redactor más antiguo está enfermo; también lo está otro redactor articulista.

El director despierta; se incorpora en el diván y mira melancólico.

— ¡Qué soledad tan espantosa!... ¡Las doce y sin original!

— Alguno he dado—le digo.

— Gracias, amigo; pero eso es poco. ¡Y no tenemos artículo de fondo!... Los mayores están enfermos; los pequeños estarán emborrachándose.

Se exalta un poco, y continúa:

— Ésta es la casa de Tócame-Roque. Habrá que hacer un espurgo y poner en la calle al que no trabaje.

Se suspende; mira vagamente y, deponiendo el encono, murmura:

— ¡Mala solución; tendría que ser yo el primer expulsado!

Medita un momento y vuelve á echarse.

Pasa un rato, y el regente entra.

— ¡Las doce y media y sin original! Mañana no hay periódico.

El director despierta, y le mira sin comprender bien. El regente continúa:

— Sólo tengo dos columnas que me ha entregado este señor. Los cajistas están parados. ¡No hay fondo!

El director suspira.

— ¿De dónde lo saco?... Están todos enfermos ó ausentes.

— Escríbalo usted.

El director se estremece y vuelve á suspirar.

— ¡Yo!... Soy incapaz; se me ha embotado el cerebro y sólo me quedan telarañas... ¡Ay, mi madre!

Se levanta; coge algunos periódicos y se dispone á leer.

— Pero, ¿qué voy á escribir?... ¡Hace un año que no leo ningún papelucho y ni siquiera sé quién manda!

Tira los diarios; abre un tomo de la colección y hojea distraído.

El regente toma lo que he escrito y se retira.

— ¿Qué hago, director?

— Es usted incansable. Por desgracia, aquí no se estimula á nadie. ¡Haga lo que guste!

— Y usted, ¿qué rebusca?

— Un artículo antiguo que pueda servirme de fondo mañana.

Me sorprendo. Él encoge los hombros, y dice:

— ¡Qué más da!... Esto es una burla prolon-

gada, en que todo está bien mientras domine el taratachín-tachín de *La Marsellesa* y los mueras á la Monarquía. ¡Siga la farsa!

— Si en eso consiste el oficio de escribir artículos, no se moleste; yo haré el fondo.

El director me mira dubitativo y sigue hojeando. Sin duda no le inspiro confianza. De pronto, cierra la colección, la arroja en un diván y exclama decidido:

— Bueno, haga usted el fondo y yo entresacaré noticias de la prensa nocturna.

Yo escribo; él recorta y pega dignamente.

En la calle suenan regocijadas voces.

— Ya están ahí los perdidos—dice el director, y sigue pegando.

Las risas se oyen en la escalera. La puerta se abre. Los dos jóvenes elegantes entran. Sigue otra pareja de redactores. El director continúa laboriosamente recortando y pegando noticias.

— ¡Qué trabajador!—le dice un joven.

El aludido tira la pluma; se levanta; rompe en acentos de herida dignidad:

— ¡Abusáis demasiado, y no estoy dispuesto á tolerar vuestras impertinencias!

— ¿Qué te sucede, niño? — le preguntan risueños.

— ¡Es una vergüenza que estéis paseando á la una de la madrugada y que el director haya de pegar las noticias!

— ¡No te enfades, niño!... ¿Por qué no las has dado á este señor?

— ¿Aun le exigís más?... ¿Quién iba á escribir el artículo de fondo?

Los elegantes prorrumpen en alegre carcajada.

— ¡Tienes razón, chico!... Si el redactor sin sueldo escribe el fondo, lo menos que conviene al director es pegar noticias... Por algo vivimos en el país de los viceversas... Y ¿sobre qué escribe usted, querido amigo?

Me ruborizo y tartamudeo:

— Sobre... la regeneración.

El mayor, riendo:

— Es un bonito tema.

El pequeño, serio:

— Y de palpitante actualidad desde hace cinco ó seis años.

El director:

— No haga caso á estos canallas. Para ellos sí que no hay regeneración posible.

El más joven le replica:

— ¡Para ti sí! De los excesos que haces durante el día te regeneras durmiendo ahora.

El director acaba de recogerse la levita, y, exhalando un largo suspiro, se ha tendido en el diván inmediato.

Los cuatro redactores borrajean algunos minutos. El joven que habló antes levanta súbitamente la cabeza.

—¿Quién ha asistido al estreno de Eslava?

—Yo—le contesta un muchacho enlutado.

—¿Le darás un bombo á la Loreto?

—No.

—¿Por qué?

—No me gusta. Exagera mucho.

—¡Hombre, eres un animal!

—Casi tanto como tú.

—Te suplico que no la censures, pues podrías inutilizarla. Todos la reputan como la mejor artista española, y yo desearía que continuase el engaño; pero tu fuerza crítica va á destruir su reputación.

—Digo lo que pienso...

—Pero, ¿piensan los percebes?

—Mira, chico, no sé qué interés tienes en que el periódico adule siempre á la Loreto.

—Es que merece elogios.

—¡Bah, sólo hace tonterías para regocijar al público!

El joven se dirige al director:

—¡Despierta, niño!... ¡No permito que se hable mal de Loreto Prado!

El director se incorpora tardamente, y le dice muy triste:

—¿Cuándo te desengañarás, pequeño? De los cómicos se obtiene más con el palo que con el aplauso... ¿De qué te sirve haber movido tanto tiempo el incensario? Cinco años hace

que entregaste á Loreto *La Melena,* y aun no la has visto representada.

— ¡Mejor; pero no quiero que se la censure!

El director vuelve á acostarse.

— ¡Bueno, hagan lo que quieran, pero no me molesten!

XV

— Una copa nada más, Nolín.

— Estanislao, van ya ocho.

— La última, se lo juro. ¿No ve qué alegre me pongo? Nolo, si llega usted á mi edad y no ha vencido, beba, beba, por el amor de Dios. Sólo los encantos de la borrachera pueden compensar, y aun superar, las sensaciones deprimentes del fracaso. No necesito leer esos *Paraísos artificiales* de Baudelaire, ni esas *Confesiones* del inglés De Quincey, que usted tiene en la mesa. También yo transformo á una vil taberna en jardín de flores raras é inimaginadas, y no hay sueño peregrino que yo no ensueñe. ¡Otra copa, Nolo!... ¡Págueme otra copa!

— ¡Estanislao!

— ¡Otra copa, Nolo!... Hoy lleno yo todo el mundo... ¿No ve qué erguido y arrogante voy?... ¡Observe cómo me miran!

Estanislao marcha altivo, pero no muy fir-

me. Sus ojos saltones se desencajan y miran agudos é inyectos á quien le mira. Sobre su piel mate y entre sus labios marchitos se destaca la lividez de los dientes afilados.

—¡Otra copa, Nolo!... La última... Luego le presentaré á mi paisano Melquiades Álvarez... Deseo que le conozca: puede servirle de mucho. ¡Oh, Nolo; estoy orgulloso de Melquiades; porque en él veo lo que yo podría ser!... ¡Estoy orgulloso y lo detesto!... Yo valgo más, y nada soy... ¿Ha visto cómo le mima la prensa monárquica?... Quiere atraerlo... Pero Melquiades es listo: se entregará cuando le tenga más cuenta... Ahora, no... Sería una caída muy grande, aunque al caer recogiese la cartera de ministro... ¡Melquiades es muy vivo!... ¡Una copa, Nolo!... Quiero presentarle á Melquiades: él podrá recomendarle á un gran periódico... ¡Nolo, una copa!

Los dientes de Estanislao rechinan. Le cojo del brazo para conducirle á casa, y resiste. En la puerta del Universal saluda á un brillante escritor. Nos presenta tributándonos grandes elogios. En seguida aplaude la prosa artística, un poco atormentada, del andaluz. ¡Como no obtiene ningún elogio recíproco, empieza á censurarle su olvido de algunas reglas gramaticales... ¡Sobre todo de las concordancias!... Estanislao no perdona esos descuidos, y recuerda á *Clarín,* que es como recordar la

cuerda en casa del ahorcado. El aludido no replica y mi compañero le hostiga:

— ¡*Clarín* hizo muy bien zahiriéndote!

El escritor ya no puede contenerse y grita trémulo:

— ¡*Clarín* es un animal!

— Esa es la palabra que habéis puesto de moda los señores modernistas para calificar á los que valen más.

— ¡*Clarín* es un imbécil!

Estanislao se irrita:

— ¡Y tú un caballo andaluz! ¡Todo posturas y caracoleo retórico, y ni una idea! ¡Peste!

— ¡Borracho! ¡Estúpido!

Estanislao se enfurece; crispa los puños, é intenta agredir. Yo me interpongo. Hago un signo al escritor, que ya previene el bastón, y entra en el Universal murmurando denuestos.

— ¡Vámonos, Estanislao!

— No; entremos ahí.

— ¡Á casa pronto!

— Antes he de romper un velador en la cabeza de ese escritorzuelo. Si no quiere comprometerse, présteme una peseta, y yo entraré.

Discutimos sobre la conveniencia de pegarle aquella noche á su rival, y gracias á otras dos copas que le ofrezco en una taberna inmediata, le persuado de que debe prorrogar la venganza.

Pocos pasos andamos. Cerca del café Oriental, Estanislao divisa á su paisano Melquiades Álvarez disertando en un grupo de republicanos.

— ¡Mírelo qué elegante!... De levita y sombrero de copa... ¡Así podría vestir yo!

Nos acercamos al grupo:

— ¡Melquiades!

— ¡Estanislao!

Cambian recíprocas frases de afecto, y mi amigo nos presenta. Melquiades me saluda con benévola indiferencia. Con aire de superioridad que el antiguo compañerismo quiere hacer cordial, el tribuno pregunta al vencido:

— ¿Qué es de tu vida? ¿Cómo lo pasas?

— Mal; cada vez peor. Estoy aniquilado, Melquiades. Si hubiese podido vencer el orgullo habría acudido á los amigos; pero dudo vencerlo.

— Haces mal. No dudes que haré por ti cuanto pueda.

El personaje ha herido en lo más vivo al bohemio. Estanislao se recoge hacia atrás el sombrerete, y enseñando sus dientes pálidos, dice con mordaz sonrisa y estridente voz:

— Pero es el caso que antes acudiría á López Domínguez, que aceptar nada del que siempre fué menos que yo... ¡Brindarme ayuda!... ¿Y por qué?... Por ser más dúctil... Tú, con mi temperamento, serías tan miserable

como yo. Yo, con el tuyo, no sería menos qua tú... Siempre has sido buen orador, Melquiades: mejor cuando íbamos de mitin en mitin por Asturias, pues entonces tenías más pasión y, sobre todo, la fe que ahora te falta; yo te superé siempre, llevando sobre ti la doble ventaja de ser más hábil polemista. También demostré en nuestras tertulias mi superioridad mental. Tú y los otros estudiabais más; pero estudiabais para mí: vuestras lecturas me las asimilaba yo, y de ellas infería principios ó deducía consecuencias sorprendentes para vosotros, los roedores de libros... Probablemente erigiría yo extravagancias y absurdos; pero eran míos, no como tú, que en punto á ideas siempre viviste de prestado.

Melquiades Álvarez se agita nervioso, fingiendo indiferencia y cansancio. Sus grandes ojos llenos de claridad, brillan móviles iluminando su rostro redondo, moreno y prosaico. Cuando Estanislao se suspende un momento, él mordisquea su bigote recortado y colgante, y murmura:

— Los años no te corrigen, Estanislao. Eres tan orgulloso como de joven.

Le ha halagado sin pensarlo. Este reconocimiento de su orgullo indómito es el elogio que más cautiva al bohemio. Ya empieza á mirar benévolamente á su antiguo camarada.

— ¡Tú harás gran carrera, Melquiades!

Reunes condiciones extraordinarias para culminar en España y en tiempos como los que corren... ¡Yo me alegro!... No importa que hayas renunciado á tu cátedra de Oviedo y á aquel bufete. El Parlamento te devolverá con usura todo lo perdido. Dentro de poco serás profesor en la Universidad Central; los pleitos caerán como un maná en tu despacho; grandes empresas te nombrarán su defensor con sueldos pingües; serás ministro...

Melquiades le interrumpe modestamente:

— ¡Repites el cuento de la lechera!

Estanislao siente excitada su irritabilidad:

— ¡Bien sabes que no, Melquiades!... Eres bastante listo para conocer el país en que vives y situarte lo mejor posible para vencer. ¡Eres el de siempre en perseguir tu negocio!... Serás lo que quieras en este pueblo apegado á las exterioridades... Eres audaz; eres gran orador; eres una medianía estudiosa y calculadora... ¡Eres la falsificación del verdadero mérito: eres un diamante americano!... Un solo discurso ha sido suficiente... ¡Y pensar que un solo discurso puede dar nombre nacional y forjar una reputación de primera magnitud!... Ni España puede descender más en imbecilidad, ni tú subir más en honra.

— ¡Adiós, Estanislao!... ¡No te veo bien!

— ¡Adiós, Melquiades!... Sabe que celebro tus triunfos; pero son inmerecidos. Crees que

se fundan en tu superioridad: tu medianía te engaña. De aquel primer discurso en el Congreso, ya no queda nada. Nadie puede recordar un concepto, siendo tan reciente. Habla, Melquiades, habla; pero que nunca se te ocurra coleccionar tus discursos, porque despojados del gesto y tono, sólo les quedará vacuidad é inepcia. Sigue hablando, que por eso eres el tipo representativo de la presente España... Un hábil charlatán se impone con un discurso: hubieses escrito diez libros henchidos de ideas nuevas, y nadie te conociera... ¡Vámonos, Nolo; aprenda en mi paisano!

Estanislao está muy preocupado todo el camino:

—¿De veras que no he estado muy incisivo, Nolito?

— Regular.

— Sentiría haber ofendido á Melquiades, porque, ¡será flaqueza!, pero yo le quiero... ¿Qué, me paga otra copa, Nolo?

XVI

—El artículo de esta mañana está muy bien — me dice el director.

Los jóvenes elegantes ríen.

— ¿De qué reís, imbéciles?

—¡De lo farsante que eres!... Tú ya no lees nada, y celebras á este amigo para que siga escribiendo el fondo y te ahorre trabajo! ¡Farsante!

El director se acuesta en el diván, y exclama:

—¡Sí, que lo he leído! Sólo tiene un defecto: los párrafos son muy largos y difíciles de digerir al lector. Como nuestros correligionarios son muy brutos, hay que darles recortado el pasto intelectual: párrafos de tres ó cuatro líneas; nada de razonar: pasión, indignación...

Un joven le interrumpe:

—Lo que traducido á un lenguaje más modesto, significa mucho ruido y pocas nueces... Repítele, niño, repítele á este señor el otro consejo que perfecciona al periodista revolucionario.

El director sonríe, y murmura entre dos suspiros:

—¡Guasones; no se puede hablar con ellos en serio!

—¡Anda, niño, conviene que lo sepa si ha de escribir artículos! Como no te tomas la pena de repasar los originales, podría comprometer al periódico... ¿Callas?... Bien; se lo diremos nosotros.

El más joven inclina la cabeza meditativo; se lleva á la boca el índice y el pulgar, y hace como si se arrancase un diente. Luego levanta

la cabeza; semiextiende el brazo y habla lento, elevando gradualmente el tono:

— ¡Regla fija!...

Pausa.

— ... El criterio que debe presidir en un diario republicano, es...

Otro tirón al diente.

— ... en todas las cuestiones políticas, decir lo contrario que los monárquicos.

El joven se sienta.

El auditorio le aplaude.

Su compañero le dice:

— Chico, imitas admirablemente al amo.

El sentenciador me advierte:

— Ya sabe la lección: lo que guste al enemigo aquí disgusta.

Y el director rectifica escéptico:

— La regla tiene algunas excepciones. De tarde en tarde conviene rendir algún suave elogio al adversario para simular imparcialidad, teniendo cuidado de advertirlo: «No hemos de escatimar en esta ocasión nuestro aplauso al jefe del Gobierno...» «No siempre hemos de blandir la férula contra nuestros enemigos: el sentimiento de la justicia, á que rendimos fervoroso culto, nos invita hoy á celebrar las rectas y patrióticas intenciones del ministro de Hacienda...»

El mayor de los jóvenes aplaude:

— ¡Muy bien, muy bien!... Ahora, otra ad-

vertencia... Hay que ahorrar encomios á los monárquicos; pero si habla cuando sea diputado el idiota de Salmerón, hay que decir: «El insigne repúblico pronunció un discurso maravilloso, escultural, que recordaba la elocuencia antigua...» Si es el mamarracho de Azcárate: «La obra del sabio catedrático fué una admirable oración parlamentaria, llena de sana doctrina constitucional...» Si le toca el turno al aburrido de Muro, lo obligado es: «Nuestro consecuente y querido correligionario habló por espacio de tres horas con esa perspicacia y buen sentido que tanta autoridad le ha granjeado entre amigos y adversarios...» Y si habla la bestia apocalíptica de Prieto y Caules, entonces se dice cualquier cosa, aunque lo mejor fuera pegarle un tiro.

— ¡Perfectamente, pequeño!... Ahora dile á este caballero los adjetivos que debe distribuir á los jóvenes propagandistas de nuestros ideales redentores.

— ¡No lo necesita! Ya se encargan ellos mismos de tocarse el bombo.

El director ríe en el diván:

—¡Encantador! ¡Este es un periódico encantador! Aquí cada uno dice y hace lo que le da la gana. ¡Delicioso!

— ¡No; eso no! —exclama un joven. —Hay límites que no pueden rebasarse. Acaba de adiestrar á este caballero diciéndole á qué mo-

nárquicos debe respetar... ¿Cómo estamos ahora con Gobernación?

— ¡Calla, reptil!

— Amigo, esa es una de las cosas que debe respetar: el fondo de los reptiles.

El director lo interrumpe :

— ¡Os ponéis insoportables!... ¡Haced el favor de murmurar menos y trabajar más!

El silencio se establece. Sólo se oye el rasgueo de las plumas ligeras y la respiración acompasada del director, que en el diván duerme, destacando la palidez de su frente sobre el rojo sangriento del terciopelo.

XVII

El director está agitado.

Mala debe de ser la noticia que acaban de comunicarle, porque llama á los jóvenes perfumados, les habla quedo, cambian con vivaces gestos breves palabras. En seguida recogen los sombreros ambos amigos y salen rápidos.

El director se acuesta, pero el sueño huye de sus ojos; se agita; se incorpora... Á veces mira absorto y melancólico; hace leves signos de cansancio y contrae inconscientemente los hombros denotando indiferencia á secretos dis-

cursos... Después vuelve á echarse, y recomienza la zozobra.

Los redactores antiguos cambian miradas interrogativas, como barruntando males indefinidos, pero esperados. Las plumas se deslizan torpes y se paran de improviso. La atención se comparte entre la obra que realiza la pluma y el pensamiento que vuela distante. Es un malestar difuso el que se siente, un hondo deseo de no hacer nada, una comezón de curiosidad invencible.

Un redactor mira distraído en torno, y murmura muy quedo :

— ¡Algún conflicto!... ¡En esta casa se vive de milagro!...

El director entreabre los ojos y le mira inexpresivo. El redactor suspende su soliloquio.

Pasa media hora y el desasosiego persiste.

Los dos jóvenes entran anhelantes :

— ¡Niño, dile al ordenanza que pague el coche!

Luego cuchichean. Se sientan y escriben febriles; se murmuran frases al oído. Al poco rato abandonan las plumas y vuelven á incorporarse al director... Vuelan frases desprendidas... Se acierta el secreto de tantas idas y venidas... Pronto se reconstruye íntegramente el suceso que quiere acallarse.

El amo está interesado en varias casas de juego. Á las diez de la noche ha entrado un

baratero en la principal exigiendo dinero. Hábilmente le han atraído á la calle, le han desviado de la casa, y ante el palacio de la Equitativa han sonado dos tiros. El rufo está herido. Luego ha llegado la noticia de que nada se diga en el periódico, y que se suplique á los demás colegas que nada digan.

El redactor enlutado que noches pasadas discutió sobre la Loreto Prado, murmura:

—¡Y la influencia del periódico se pondrá en ejercicio para que el delito quede impune!

—¿Á qué costa? — pregunta otro.

—¡Bah!—exclama el tercero.—¡La historia de siempre!... Por fortuna, parecen alejarse los días sangrientos en que los jugadores iban de la mesa al suicidio... ¿Os acordáis de aquel pobre militar recién llegado de Cuba, que al perder todo el dinero se arrojó por el Viaducto?...

—¡Silencio! — ordena el director.

XVIII

Los redactores se han marchado.

El director lee un gran libro, sentado ante su mesa.

Todo es triste paz en el salón de sangre y oro, donde las muertas figuras de los retratos miran impasibles con sus pupilas de otros mun-

dos. Se ha murmurado mucho; entre grandes burlas se han dicho verdades horrendas, y en el ambiente taciturno de la redacción flota algo que oprime y acongoja.

Paseo un rato y me siento junto á la mesa del director. Él levanta la cabeza, cierra el libro y me mira fijamente, con laxitud y cansancio. Me ofrece un cigarrillo, y empieza á hablar:

— Usted parece que toma la vida en serio...

Como nada contesto, prosigue:

— Si es así, procure salir de esta casa.

— ¿Dónde voy?

El director queda un momento suspenso; extrema su aire de cansancio, y continúa muy lento:

— Matará lentamente la voluntad; se degradará; caerá deshecho. Esto es muy hermoso visto desde afuera; dentro es un muladar. El trabajo es estéril; el desinterés, indicio de tontería. Este periódico es un compendio de España: se habla de regenerarla y redimirla, pero íntimamente sabemos todos que es imposible: el veneno lo llevamos en la sangre. Cada uno propone su receta para depurarla, y todas sólo sirvén para neutralizarse, mientras progresa el mal. Faltan el carácter y el tesón colectivos. Un momento hay en que el desengaño desciende, y entonces nos rendimos con indiferencia, esperando lo más cómodamente posible la hora de morir.

— Pero usted podría hacer mucho...

No me deja terminar.

— ¡Nada! Mi voluntad se ha desgastado en la lucha obscura por el pan cotidiano, tanto más deseado porque de joven no lo necesité. Los años pasaron risueños; terminé mi carrera; viví entre libros... Me casé, y entonces cambió la suerte, y las angustias llegaron. De nada me arrepiento cuando pienso en lo pasado. Hay en mi conducta algo de vindicativo...

El director se exalta, y en sus ojos, antes apagados y melancólicos, arde la venganza.

— Yo perdono la muerte de mis ilusiones. Perdonaría las injusticias recibidas en todas partes; pero no que á mis hijos les haya faltado el pan. No fué el vicio, sino la necesidad opresora quien un día me cogió de los pelos y obligó á pecar... Una vez basta—¡guárdese de ella!—para comprender que es más llano camino la inmoralidad que el espíritu de sacrificio para ser algo en esta podrida España. Mis antiguas creencias se arruinaron súbitamente, y hoy sé que un periódico es la mejor patente de corso á que puede aspirarse. Puesto que sólo el oro se estima, venga oro.

— Pero en la posición que al presente ocupa, algo podía hacer de provechoso—me atrevo á decirle.

— ¡Nada, absolutamente nada! Sería un sacrificio estéril, y ahora soy incapaz de sacrifi-

carme por nadie ni por nada... ¡Mientras que yo aliente, dinero no ha de faltarme: cuídense los demás de sí!... ¿Ni qué adelantaría con abandonar este puesto? Cien lo solicitarían.

—¿Y dignificarlo?—observo tímidamente.

—El periódico tiene un pecado original, y no hay Bautista que de él pueda limpiarlo... Mi dirección es más nominal que efectiva; otros mandan.

—Y ¿no podría sugerir al propietario...?

—Es demasiado sugestionable para que nadie se jacte de sugestionarle mucho tiempo. Pertenece al último en hablarle. Su amoralidad—ni siquiera puede llamársele inmoralidad—es tan grande como su bondad: siempre ha sido víctima de las ideas y de los hombres. Con sinceridad inagotable fundó este diario, y tuvo el prurito de sostenerlo personalmente, sin demandar subvención al partido republicano. Su partido recibió de él un órgano de publicidad, y él sólo ha recibido ingratitudes y desdenes. Ni ayuda moral ha tenido en su empresa. Los republicanos son fríos; los que ostentan la dignidad de jefes no tienen alma. Son orgullosos; son rencorosos; son desagradecidos. No es extraño que el propietario, harto de gastar dinero en balde, quiera resarcirse haciendo de este papel un instrumento... No se puede ser muy severo con un hombre cuando vive rodeado de pícaros, y hasta los que

parecen más respetables son unos bribones.

El director me ofrece otro cigarro y se recoge indolentemente en el sillón. Su mirada vuelve á vagar indiferente y cansada. El silencio vuelve á pesar, y lo quebranto:

—¡Lindo país! Si son tales los que, por vivir en la oposición, debieran de encarnar las ansias de mejora, ¿cómo serán los otros?

—¡Farsantes! Esta exclamación de la gente los resume á todos, monárquicos y republicanos. ¡Farsantes! Unos se benefician del poder, otros se valen de la oposición. ¡Farsantes! Los nuestros más que los adversarios. Son cabezas llenas de libros ajenos é incapaces de producirlos propios. Carecen de talento; pero saben disfrazarse con el manto de la sabiduría y de la virtud... ¡Farsantes!... ¿Ha leído usted á Luciano?... ¿Que sí?... Pues recuerde ó vuelva á leer entre los *Diálogos de los muertos* el de aquel filósofo que no quiere despojarse para entrar en la barca de Caronte. ¡Farsantes! Presumen de íntegros, y tienen más poder en los Ministerios que los ministros mismos. Entre dos recomendados, el del personaje republicano tiene más seguridades de que le favorezca la suerte, y ni siquiera es raro que el ministro anteponga á su propio amigo el amigo de su adversario. ¿Comprende usted cómo es ineficaz el esfuerzo de los que somos modestos?

—Sin duda que es difícil la lucha en esas

condiciones; pero sigo creyendo que en esta casa podría hacerse mucho.

— Todos los caminos están cortados. Nada provechoso puede hacerse mientras el periódico no pase á otras manos y el republicanismo no se transforme.

— Y ¿por qué no? La transformación quizá no sea muy difícil. Luego de perderse las colonias se ha manifestado una juventud animosa, de la que puede esperarse mucho si no se la abandona impíamente. Anda dispersa, sin jefe idóneo que le sirva de guía y sin órgano común donde manifestarse con libertad. Este periódico podría servirle de órgano.

— ¡De esa juventud habría que decir mucho, así en su abono como en su daño!... La mayor parte de ella se presiente; pero aun no se ha manifestado en obras fructíferas. Como usted dice, anda dispersa por las provincias, y es difícil atraerla. Y la parte que en Madrid vive y es conocida por su talento, viene aquí; viene de tertulia; pero no puede trabajar...

— ¿Por qué no la retienen?

— Imposible; falta dinero y, sobre todo, falta ideal. ¡Ideal! Esos jóvenes tienen derecho á que se les pague decorosamente su trabajo, y en esta casa todo es tacaño y sórdido. Muchos se dieron á conocer aquí, escribiendo gratis; no es sorprendente que, apenas conocidos, huyesen remontando el vuelo. Sí; aquí todo

es mísero. Hay quien pasa años sin cobrar. Hay quien sólo gana una peseta diaria. Lo hay que se estanca en las cincuenta mensuales. Y usted no se forje ilusiones; cuando le incluyan en nómina no le asignarán más de setenta y cinco. Eso obtuve yo de ingreso; eso Roberto; eso...

— Comprendo que así fallezca pronto el estímulo.

— ¡El estímulo! — murmura con amargos dejos. — Los años pasan lentos ó veloces, como usted quiera, y la juventud se despide, entre privaciones é inútiles sacrificios de ilusiones calladas. De poco sirve el estudio, y de dinero tampoco se dispone para hacer el renuevo de conocimientos que exigen estas hojas si han de realizar un superior destino. ¡El estímulo! Triunfan los charlatanes; cuanto más necios charlatanes, mejor triunfan, y nuestro desdén por ellos no puede impedir que todos los días les gratifiquemos con elogios, siendo artífices de su reputación al par que amenguamos la nuestra... ¡Hay que huir ó desfallecer, amigo!... Republicanismo es sinónimo de verbalismo. La idea ha muerto en él de vejez y consunción, y sólo queda un vacío símbolo envuelto en manto rojo y tocado de gorro frigio... Si el sueldo no halaga, menos tan tísico ideal puede seducir á esa juventud que usted proclama.

— Pero sin perder su independencia podría aportar inspiraciones nuevas.

—En esta casa se teme á las novedades más que en cualquier otra. Aquí hay ilimitada libertad para execrar á la Monarquía... ¿Procesos? Hay un editor responsable, que por diez reales diarios está dispuesto á ingresar en presidio... Existe esa libertad absoluta y otra relativa en lo político, de una relatividad más amplia que en los demás periódicos... ¡Nada más!... Dos tentativas innovadoras se han hecho, y ambas dejaron recuerdos terribles. La primera cuando quiso el periódico acercarse al socialismo: no hable de aquel período al propietario, ó le oirá desvariar. Luego fué un joven de esos que usted admira quien dejó correr la pluma á impulsos de su libre espontaneidad... Dos meses fueron que han marcado una era infausta en esta casa. Las protestas de los republicanos llovían literalmente, y las bajas venían por cientos en cada correo. ¡Dos meses! La tirada descendió á cinco mil ejemplares. Otro mes, y el periódico muere. Hubo que despedir al redactor.

— El caso es duro, pero gracioso.

— Y que manifiesta la psicología del republicanismo español. Se cree radical, y sólo de nombre lo es. El tiempo pasa y él persiste inconmovible. Nuestros correligionarios fueron radicales hace medio siglo, cuando en el pro-

ceso de las ideas se colocaron en la extrema izquierda. Los años han aportado ideas nuevas y nuevos modos de sentir, y como los viejos de su primera época los llamaron ilusos, ellos diputan de utopistas á los que se han colocado á su izquierda. Su amor al nombre es incondicional; pero no advierten que la nuez se ha quedado vana... Y se ha abusado tanto de la inconsecuencia, que los fieles cifran su última vanidad en ser consecuentes. «¡Republicano fuí, y siéndolo quiero morir!» Este fetichismo del nombre vano no es peculiar de los incultos. ¿Conoce usted la frase de Benot?... El noble Benot ha dicho : «Pienso en socialista, pero soy muy viejo para mudar. Quiero morir consecuente». Esta frase me recuerda otra de Canalejas, idéntica en esencia : «Soy socialista; pero me pesa mucho la casaca de ministro».

El director hace una pausa y vuelve á adoptar su aire de indiferencia y cansancio. Luego murmura desdeñoso :

— Hace bien la juventud en no someterse á este partido viejo y exhausto... ¡Sobre que no recibiría premio ni estímulo y le volverían pronto las espaldas!... Aquí sólo encajan los que de la tribuna hacen púlpito y adulan á las masas soberanas, dueñas del voto que crea diputados y hace personajes de la nada. ¡Hay que gritar para ser oídos! El trabajo leal é in-

teligente que en la sinceridad se inspira, es menospreciado.

El director se pone el gabán y dejamos la redacción.

Al despedirnos me dice :

— Amigo, no pierda el tiempo en devaneos, que la juventud no vuelve: corrómpase pronto y goce á toda prisa, ó prepárese al sacrificio necio de aplaudir á todos y de ser despreciado por ellos.

XIX

La noche es fría.

Por el cielo ruedan los cirrus como gigantescas moles, y la lluvia empieza á descender fina y monótona, apresurando el paso de los pocos trasnochadores que en el camino encuentro.

Cuando llego á la calle de Juanelo estoy malhumorado y transido. Mi dinero amengua y no gano. Las palabras corrosivas del director, que aun resuenan en mis oídos, aumentan el interior cansancio. Por primera vez barrunto el decaimiento moral. Las antiguas contrariedades recibíalas como vigorosos latigazos sobre potro ardiente, que lo irritan más; pero ignoro el secreto de transformar en varonil protesta esta desazón, que viene envuelta en sonrisas

femeninas y palabras amables, y que al punzar parece halago más que herida. ¡Cuán distante la oposición que hiere directa y brutal ó el mandato que se impone con el palo ó con la muerte! Ahora es un algo sutilísimo que flota en el aire y llega á las intimidades del ser como un microbio agresivo é invisible royendo en la conciencia, envenenando las fuentes de la fe, disolviendo la voluntad y pulverizando el carácter. ¡Nueva atmósfera que rodea enrarecida y opresora al alma, contrariando la ingenua espontaneidad de su acción!

Cuando llego á mi cuarto oigo voces. Presto atención y retrocedo. La puerta está ya cerrada: llamo al sereno y no acude. Tengo que subir otra vez la escalera.

Al entrar en la habitación me azota un remolino de humo que trae fuertes emanaciones de vino. Entre la vaguedad de las nubes que forma el tabaco advierto confusas figuras. Estanislao, borracho y ronco, suspende su discurso cuando entro. Con él están los sujetos que le acompañaron noches pasadas. Sentadas en los lechos, ebrias como ellos, desgreñadas y con las faldas hasta media pierna, hay tres mujeres, vecinas del primer piso. Las tres fuman.

Todos me miran con sus turbios ojos de borrachos, mientras permanezco indeciso. Cierro luego la puerta y recorro el pasillo. Estanislao

viene á mí, tambaleante, demudado el color y revuelto el cabello.

— ¡Entre, Nolito! ¡Es día de fiesta!

— ¡Déjeme Estanislao; estoy de mal humor!

— Entre y diviértase, Nolín. Contra el mal humor la mejor receta es vino.

En su interés efusivo, Estanislao me abraza y quiere atraer hacia el cuarto.

— ¡Raquel, Estrella, Amelia, venid por mi amigo! — grita á las ninfas borrachas, y me estampa en las mejillas sus labios vinosos.

Las mujeres acuden, deshechas las trenzas, la ropa en desorden. Con fuerte impulso rechazo á Estanislao, que cae en su cama. Voy á retirarme, y las hembras me detienen de la capa pronunciando palabras de trivial amor y rudos juramentos.

Estanislao se debate en la cama entre risas é hipos, y las alienta :

— ¡Conquistadle!... ¡Que no se escape!

Ellas se esfuerzan por detenerme, y yo pugno por rechazarlas... ¡Mi capa se rasga!... Los tres jayanes acuden en su auxilio, y aunando las fuerzas me levantan en vilo y arrojan en el lecho. Grito; me agito; muerdo por desasirme... ¡Mi chaleco se desgarra!... Miro implorante y desesperado á Estanislao, y él ríe con risa histérica en su lecho. Mis agresores también ríen con las jubilosas risas de su embriaguez, y ellas son las que ponen mayores estí-

mulos en despojarme de la ropa. Los botones saltan; pierdo el tino dando patadas y buscando el revólver. Y Estanislao ríe, ríe loco, y los alienta :

—¡Firmes ahí!... ¡Raquel, tuyo es por valiente!... ¡Chano, de un brazo; Royo, del otro!... ¡Bizco, tú que eres el más bruto, de las piernas!... ¡Firmes, que ya es vuestro!

Todavía no. Las breves fuerzas físicas se me han agotado; pero aun queda la desesperación nerviosa que me sacude con vigor epiléptico, haciendo crujir la cama. La chanza empieza á convertirse en irritadas veras para mis agresores, excitados por el vino. Los puños de ellos caen sobre mí, y las manos de ellas rebuscan trémulas. Y Estanislao sigue riendo y gritando:

—¡No sea tonto, Nolito!... ¡Déjese querer!... ¡Firmes vosotros, que ya se rinde!

Es una ira tumultuosa y profunda que no estalla en insultos por reconocer su impotencia... Ellos me golpean y retienen; ellas me rasgan las ropas y me hincan en las carnes sus uñas de harpías. Agotado y sumiso voy á rendirme á sus caprichos crueles. Concentrando rabia hago una postura desesperada tentativa. Apoyo la cabeza en la pared, y el esfuerzo es tan grande, que la cama se desvía; los repelo; caigo entre cama y muro. Ciego me levanto; salgo fuera, y Estanislao se me acerca agresivo. Le doy una bofetada en pleno rostro;

gira sobre los talones y cae de bruces en la cama. Con presteza eludo un puñetazo; pero no puedo evitar otros dos de los jayanes; brinco hacia atrás para armarme del revólver é insistir contra Estanislao, que excita mi mayor encono... Estanislao se incorpora; se sienta, y rompe en amargo lloro, que nos desconcierta á todos.

—¡Nolo, ha sido usted!... ¡Parece mentira que me pegue, Nolito!... ¡Parece mentira!...

El hijo de la patrona se aflige viendo llorar á Estanislao; declama; me amenaza:

—¡El que le pegue á don Estanislao es como si me pegase á mí!

Escupe; hiere con el pie; deglute:

—¡Lo dicho!... ¡Pegarle á don Estanislao es como pegarme á mí, y eso no se lo tolera á nadie Juan Antonio Lipo!

Vuelve á escupir, y se levanta los calzones.

—¡Lo dicho!...

Estanislao sigue llorando, y se limpia con una almohada. Entrecortando las palabras con suspiros le interrumpe:

—¡No seas bruto, Bizco!... ¡Si me ha pegado es por tratarse de mi amigo Nolito!

El Bizco se tira de los pelos, y sigue engreído:

—¡Ni á él, ni á nadie, le consiente el hijo de mi mamá que le peguen á usted, ¡ea!... ¡Lo dicho, dicho!

— Lo dicho es que eres un animal.

— ¡Y mucho cuidado con los insultos, don Estanislao! Esas palabras sólo se las disculpo yo á usted, que tiene mucho talento.

Estanislao le sonríe con los ojos todavía húmedos y el pecho acongojado. Abre los brazos agradecido, y el Bizco responde al nudo cariñoso con un largo beso en la frente.

Los espectadores ríen.

Yo me retiro al pasillo.

XX

Es un momento de quietud, que sólo alteran las plumas veloces.

El director dormita en el diván.

Óyense pasos que lentamente suben por la escalera. En los cristales de la puerta que da acceso á la redacción se designa una sombra. La puerta se abre; miran los redactores, y muévese gran algazara. El director se levanta y acude á abrazar al recién llegado.

— ¿Está usted bien? — le pregunta.

— No del todo; pero me siento mejor.

Un joven perfumado le abraza después:

— ¿Se siente mejor de la medula, maestro?

— ¿Qué medula? — le dice el caballero sonriendo.

—¿No es reblandecimiento el mal?

—Es reumatismo.

—¡Qué prosaico!—observa incrédulo el joven.

Yo pregunto á mi vecino:

—¿El propietario?

—No, un redactor. Dejó la dirección años pasados por no batirse... Es el filósofo de la indiferencia, como el director lo es de la pereza.

Tiene cincuenta años el recién venido. La barba en punta empieza á canearle y á la luz difusa de los grandes focos esmerilados adquiere tonalidades plomizas. Es alta y franca su frente, surcada por dos arrugas horizontales; los ojos son serenos, y su brillo lo amortigua el cristal de los lentes; la boca apenas puede disimular bajo el abundante bigote una leve contracción irónica. Anda, y sus piernas torcidas se desvían balanceando el cuerpo, como si lo soportasen harto inseguramente.

—¿Quién ha escrito los artículos desde que se marchó Roberto?—pregunta distraído.

El director me presenta.

—¡Muy bien, joven; muy bien!—exclama el señor de la barba plomiza ofreciéndome una mano fría, sin presión, y sin que la voz tenga más efusión que la mano.

Los dos jóvenes prorrumpen en una carcajada isócrona.

El señor de la barba plomiza sonríe. El director también.

Un joven:

— ¿Quiere usted que siga haciendo artículos, verdad?

El interrogado vuelve á sonreir con fría bondad:

— ¿Por qué no?

— ¡Naturalmente! Así le ahorrará trabajo.

— La verdad es que me haría un gran favor si hoy hiciese el fondo. Tanto tiempo sin escribir me tiene embotado y sin asuntos.

El menor de los jóvenes exclama vivaz:

— ¡Por el asunto no lo deje!... Siéntese y tome nota: yo le prestaré una gran idea.

El joven se levanta y pasea cabizbajo. El viejo se sienta, toma una pluma y se dispone á escribir burlonamente.

El primero tose é interrumpe el paseo.

— Apunte — ordena con gravedad.

Vuelve á pasear sosegado; eleva el índice, y dicta con tono lento y honda convicción:

— La Monarquía está podrida...

Se detiene; coge entre dos dientes con el índice y el pulgar, y hace como si arrojase algo.

El señor de la barba plomiza dice socarrón:

— Está.

Y el dictador añade:

— Está podrida.

— Digo que está escrito.

— ¡Ah, bueno!... ¡Adelante!... El Gobierno está dividido...

— Dividido — repite el amanuense.

— Y los partidos afectos á las instituciones...

— ... á las instituciones...

— ... no pueden satisfacer los anhelos de regeneración que siente la patria...

— ... patria — repite como un eco el señor de la barba plomiza.

— *Ergo:* la salvación está en la República.

— República.

El dictador se para satisfecho; se acaricia la barba, y dice lentamente:

— Ya tiene asunto para un artículo. Reviste usted esos pensamientos con las perlas de su ingenio, y mañana puede el periódico determinar una crisis en el Ministerio.

El señor de la barba cenicienta sonríe. El otro vuelve á adoptar aires doctorales.

— ¡No se burle! El Gobierno sólo necesita un empujón para caer: uno sólo... ¡Así!... (Derriba un tintero.) Lo mismo que el trono. Esos empujones ha de darlos el periódico; porque aquí no hay más jefe ni más partido republicano que este periódico... ¿Lo duda usted?

Y el señor burlón replica:

—No lo dudo: lo creo de todas veras.

—¡Pues á dar esos empujones!...

—Diga usted, cuando hayamos derribado á empujones al Gobierno y á la Monarquía, ¿cómo organizaremos la República si no hay otros elementos que los de casa?

—¡Sobran! Cada redactor tiene categoría de ministro. Usted, presidente.

—¡No; la presidencia le corresponde á usted!

—Yo me conformo con lo más modesto. Gobernador de Madrid, para organizar una partida de la porra oficial y encargarle al regente de la imprenta que componga unos bandos diciendo: «Tres días de asueto al pueblo: cada ciudadano tiene el derecho de hacer lo que le dé la gana».

Como no entiendo aquella jerigonza, que tanta risa suscita en el auditorio, pregunto á mi vecino.

—Imitan al amo—me contesta—cuando le da la ventolera por inspirar artículos y decir desatinos.

XXI

Un tropel de jóvenes irrumpe en la redacción hablando recio y riendo largo.

— ¡La España joven!—saluda el director.

Son tipos raros, morenos, nerviosos. Unos visten elegantes y otros de mendigos. Hay luengas barbas y caras rasuradas. Llevan sombreros de copa y viejos chambergos puestos al desgaire. Hablan desde la puerta, y brota el decir agudo ó choca la paradoja. Alegres y despreocupados, hacen punzantes alusiones al periódico, poniendo en las palabras exceso de malicia y ausencia de reprobación. Son triviales y simpáticos, y en sus rostros móviles destellan luces los ojos. Los menos parecen apocados; los más ostentan resolución. Todo lo llenan; lo invaden todo. Siéntanse en las mesas; acuéstanse en los divanes; ríen y gritan. El trabajar es imposible. Domina la baraúnda una voz enérgica:

— No es superhombre el que no me imite.

Es un mocetón hercúleo y hermoso como el dios de Delfos quien con tanto énfasis habla. Recógese prestamente la levita; une los pies, y brinca, gallardo y leve, dos sillas que delante puso. Del salto las rebasa medio metro.

El director se yergue y dicta:

— ¡Saludemos con triple salva al superhombre!

Y todos á una prorrumpen en el clamoroso «¡Hip, hip, hip!... ¡Hurra!»

El superhombre pierde todos los frenos; tira la chistera; se despoja de la levita...

—¡Ya siento el entusiasmo dionisíaco!—grita.

Y, tomando carrera, cruza impetuoso el largo salón, fija los pies á una altura inaudita de la pared frontera (aun deben durar sus huellas) y cae al suelo con tanto estrépito, que el pavimento retiembla.

—¡Nietzsche lo ha dicho: «Hay que tener los pies ligeros»!—grita, apasionado.—La vida no ha tenido ningún sentido hasta el advenimiento de Federico Nietzsche, y su sentencia resume la más arcana filosofía de los siglos: «Hay que tener los pies ligeros».

Uno le interrumpe:

—Pero el charol de tus botas se ha roto.

—No importa; mi tía me comprará otras.

—¡Ay!—suspira un joven que ostenta lazo colosal en el cuello.—¡Quién tuviese una tía que le surtiese de botas y dinero! La mía era pobre y de genio tan acedo, que hube de perniquebrarla tirándola por una escalera. ¿Cuánto dinero te dejará esa maravillosa tía que tan lujoso te viste?

—No estoy seguro: tres ó cuatro millones... Os ofrezco un banquete para el día en que se muera y prometo prestaros algún dinero.

Media tertulia se estremece. La otra media también.

—¡Dinos, chico, si morirá pronto tu tía!—exclama, anhelante, el otro.

— Supongo que no vivirá más de tres años.

¡Decepción general!

Alguien resume el pensamiento común:

— Dentro de tres años seremos muertos todos ó habremos todos aprendido á no comer.

Asentimiento unánime. El joven de antes se levanta de su asiento, tercia la capa al modo de los senadores romanos y propone grave y rápida solución.

— ¿Tienes interés en que tu tía viva?

— Ninguno.

— Pues matémosla.

Su mirada pasea altiva y serena por el concurso, que ríe con estrépito.

Atraído por la algazara, aparece el señor de la barba plomiza, que en un despacho interior escribía. Viene lento, sonriendo irónicamente. Dice, en son de saludo:

— ¡Hola! ¡Aquí está la tribu de los modernistas!

El superhombre le replica con máxima dignidad:

— ¡Perdone usted, maestro! ¿Cree usted que se puede ser modernista cuando se gastan botas del número 44?

Dice, y levantando la pierna derecha, le coloca la bota á dos centímetros de los ojos.

— ¡Esa es una razón del calibre 44!... Retiro lo del modernismo para no agraviar á nadie... ¿De qué hablaban?

— De matar á mi tía...

— ¡Ah!—murmura, desilusionado, el señor de la barba plomiza.—Creí que en una reunión de jóvenes sólo se podía hablar del amor.

Mira superficialmente algunos periódicos, y lento, hastiado, torna á su despacho.

La alegría, súbitamente interrumpida por la llegada del intruso, desfallece. El director habla:

— ¿Qué hay de particular?

Míranse todas alternativamente, y la risa vuelve á florecer en los labios. Uno dice:

— ¡Chico, veníamos en busca del propietario!

El director se acaricia la barba, tose y exclama, entre receloso y burlón:

— ¿El propietario, eh?... ¿De cuánto era el sablazo?

— ¡De muy poco, chico!... Cincuenta pesetas.

— ¿Cincuenta, eh?... ¿Se puede saber para qué?

— Las necesito urgentemente. Me bato mañana.

— ¿Mañana, eh?... No mientas; di que pensabais cenar esta noche á expensas del propietario... Os aconsejo que cambiéis de táctica, pues ya no cree en desafíos. Es lo que dice: «No hay duelo en Madrid sin que sea yo la única víctima. ¡Perdidos! Pero tienen un tino

terrible; todas las estocadas me hieren aquí...»

Y señala el bolsillo.

XXII

Camino de la redacción oigo la voz de Estanislao, al que no veo hace dos días.

Está perorando en la Puerta del Sol, ante el café Oriental, parada de viejos revolucionarios, que todas las noches se congregan allí para repetir las mismas historias de conspiraciones y barricadas y acusar de traición á los jefes republicanos.

Estanislao ocupa el centro, y en torno se arremolinan las conocidas caras descuidadamente barbadas, los trajes de infinitos inviernos, las capas apolilladas, los gabanes de perdidos colores. Detrás de esta vieja fauna revolucionaria y maldiciente, agrúpanse los curiosos en más de cincuenta, atraídos por los acentos indignados del orador

Mi compañero está sudoroso, como si hablase hace tiempo; tiene el sombrerete abollado, y gesticula con loca rapidez, suscitando sus palabras la muda aprobación del concurso. Nada se exime á sus constantes apóstrofes, y con la diestra sobre el corazón puedo jurar que nunca vi auditorio tan identificado con el

orador. Estanislao niega á Dios, y los oyentes asienten. Reniega de la Monarquía, y ellos ratifican la condenación haciendo signos con la cabeza. Les ofende; llámales toscos; díceles ineducados; les asimila á rebaños, y ellos asocian su afirmación á los insultos. Verdad es que Estanislao, aunque borracho, habla como los propios ángeles (según algunos murmuran), y el concurso sigue absorto y embebecido el juego de sus finas manos; siéntese subyugado por el calor de los ojos chispeantes, y lee la sinceridad en aquel rostro cetrino y varonil, que traduce las más varias emociones en la movilidad de los músculos faciales.

No se cansa de hablar: sigue exaltándose gradualmente, y su voz remonta atrayendo la atención de los viandantes, que se detienen para escucharle.

Dos municipales se abren camino entre la muchedumbre, llegan hasta el orador y le mandan callar. Por primera vez se oyen voces reprobatorias ante el Oriental. Oyéndolas cobra bríos Estanislao, y denosta á los agentes. Impónenle silencio, y él protesta á grandes voces llamándoles esbirros y sayones.

—¡A la Delegación!—manda irritado un municipal.

El orador no se achica, y viéndose ayudado en sus gritos por las voces del concurso, truena contra las demasías de la autoridad. Sordos

á sus protestas, los dos polizontes le cogen del brazo y le arrastran, le arrastran... Mi compañero enronquece; ordénanle callar; le aplastan á puñetazos su sombrerete de dos pesetas. Él no cede:

—¡Pegadme cuanto se os antoje; pero que conste mi protesta!

Los curiosos se dispersan poco á poco...

Los viejos revolucionarios de canas barbas, capas rotas y gabanes de incomprensible color, siguen á respetuosa distancia al detenido, comentando á media voz los desafueros de la autoridad y reconociendo que bajo la Monarquía es imposible vivir en España.

XXIII

Las once.

Sólo yo aliento en la redacción de sangre y oro, bajo la mirada inalterable de los militares muertos ó fusilados.

Acabo de entregar un artículo al regente, que me pedía original con gran apremio, y empiezo á redactar un suelto.

El director entra vestido de frac, perfumado y ojeroso. Con lentitud se quita los guantes, mirando triste y distraído por el vasto salón desierto.

—¡Qué soledad tan espantosa!

Dice y suspira.

Flácida la frente, hastiada la boca, y de molicie rendido, se apoya en la gran mesa:

—¡Qué sería estos días del periódico si no estuviese usted! Estoy deseando que el gobernador prohiba el juego para que venga el propietario y los redactores concurran... Quiero también pedir sueldo para usted... ¡Se lo merece!

Voy á contestarle modestamente que no se preocupe de mí; pero me detengo á tiempo...

El director vuelve á suspirar; se recoge el frac y se echa en el diván inmediato.

El regente llega:

—¡Original!...

Le doy un suelto.

—Esto es muy poco: hay seis hombres parados.

Cojo la tijera y recorto un artículo del primer periódico provinciano que hallo á mano.

Escribo otro suelto, y apenas terminado el regente acude:

—¡Original!...

Ya no me apuro. En pocos días me he doctorado en alto periodismo. De *La Época* y *El Correo,* cuyo radicalismo es bien notorio, recorto la información política. Hago en los recortes algunas enmiendas: escribo «ayer» donde dice «hoy», pego, y despacho muy contento al regente.

De la prensa nocturna adapto telegramas; de la extranjera traduzco otros, y formo largas secciones... Pasa un buen rato y el regente acude:

—¡Original!...

Le entrego lo hecho y no se satisface. ¡Verdugo!

—¡Son las doce y media!... ¡Los cajistas están parados!... ¡Falta bastante!...

Dice con tono monótono.

Mientras dice, yo obro. De *El Mercantil Valenciano* recorto un artículo de Calderón; hurto un cuento á otro diario, y voy á seguir trabajando con las tijeras, cuando el regente me detiene:

—¡Basta!... ¡No va á quedar espacio para la información del día!

La una.

Estoy cansado de cortar y escribir.

El director ha caído en un sueño profundo, y su pecho se hincha y deprime bajo la tersa camisa adornada de brillantes.

El reloj marca la una y veinte minutos cuando la puerta se abre y entran dos noticieros. Pisan con pausa por miedo de que el director despierte y les reprenda. Luego llegan otros dos redactores; en seguida los jóvenes perfumados, los hermanos siameses del periodismo, como les dice el señor de la barba plomiza. Llaman al director y no despierta.

—¡Cuánto habrá abusado hoy!—dice el mayor de los jóvenes.

El pequeño se acerca al durmiente, le pulsa con tino en el chaleco y suena dinero. Ambos amigos se miran perspicaces y haciéndose signos de inteligencia... El pequeño insinúa sus dedos índice y pulgar en un bolsillo; pero el chaleco está bien ceñido y el durmiente se conmueve. Tres veces rebusca y otras tantas el director se agita. Al fin logra tomar una moneda. Son dos pesetas. Ríen la broma, se cogen del brazo y salen.

— ¡Á la taberna! — dice el mayor.

— ¡Á la pastelería! — dice el pequeño.

El regente entra, toma las cuartillas que le ofrecen, y luego de calcular recomienda :

— ¡No escriban mucho, que ya hay bastante!

Los redactores se maravillan. El regente les dice con aires de ingenuidad :

— El secreto de que el periódico salga temprano está en que ustedes vengan tarde. Á menos trabajo más original.

Los dos elegantes vuelven. Los ojos les relucen; las mejillas las tienen arreboladas : fuman suaves cigarros.

El mayor se arrellana en un diván, y dice á su camarada :

— ¡Pequeño, qué felices seríamos con cincuenta millones de duros!...

Y el pequeño le dice con gran convicción:

—¡Y con la mitad también!

El otro cruza las piernas y le reprende con dureza:

—¡No quiero que seas miserable, pequeño!... ¡No sé cuándo te despojarás totalmente de esos hábitos tacaños que has adquirido entre la patulea republicana!... ¡Qué peste!... ¡Cuánta pobreza!... ¡Entre esta chusma todo es exagerado: cuatro ochavos ya se les antoja dinero!

—¡No te enfades, chico! ¡No te enfades!... ¡Mira, aquí tienes unos telegramas para entretenerte!

—¡Que los hinche Garibaldi!

Un ordenanza de telégrafos ha dejado en la mesa cuatro despachos. El menor de los jóvenes firma los recibos y ojea las tiras azules.

—Un mitin. Nuestro antiguo director ha hablado.

—¡Bonito bombo se dará, porque estos farsantes son así: ellos mismos se llaman elocuentes é ilustres!

El joven distribuye las hojas entre los que escriben, recomendándoles:

—¡No escatiméis los elogios para ese farsantón! Se los merece por listo.

¿Quién es el propagandista de que hablan?

Esperemos que traduzcan los telegramas, y cuando el trabajo haya terminado, haremos

corro ante el diván de los jóvenes, que nos contarán la donosa historia.

XXIV

No está bien averiguado por los jóvenes si fué un antiguo *croupier* ó un estudiantón malogrado.

Su historia comienza para ellos desde que le vieron entrar por primera vez en la redacción; alto, ancho, lustrosas y desgarradas las botas, roído el pantalón, estrecho el chaquet, audaz el pecho, rudo el gesto, franca y guerrera la mirada. Un grueso garrote colgaba de su brazo.

— ¡Buenas noches, señores!

No conocía á nadie y entraba como en casa propia. Le habían recomendado al propietario y éste al director, el caballero que conocemos ahora por su barba de tono plomizo.

Luego del saludo colectivo hízolo á cada redactor, siguiendo el orden en que el director los presentaba. Sonreía á cada uno, le ofrecía su mano ancha y dura, y su efusión era tanta que hacía crujir los dedos.

Hecho el conocimiento, habló con voz alta y natural:

— ¿Director, qué hago?

El señor de la barba plomiza quedó encan-

tado de su nuevo auxiliar, y por ordenarle algo le ordenó:

—Repase la prensa de provincias. Quizás encuentre algo aprovechable.

Fué á una mesa próxima, tomó á montones los periódicos, y sentándose en una silla empezó á leerlos con extremada atención. Luego se registró el chaquet, palpó los bolsillos del pantalón, volvió á registrar, y

—¿Quién tiene tabaco, señores?—dijo; pero la petición venía á ser esto: «Un cigarro en seguida, que tengo ganas de fumar!... ¡Pero pronto!»

Diéronse prisa en ofrecerle varios simultáneamente; los recogió todos, y encendiendo uno, se guardó los demás.

Había caído en gracia. Sólo fué antipático á un sujeto que acababa de entrar: jorobado, maldiciente, de color bilioso, aborrecido por la redacción entera. Se había sentado en su silla, frente á frente del advenedizo, y le miraba trémulo y rencoroso porque le había quitado sus periódicos. El giboso estaba de antiguo encargado de la prensa provinciana. Los redactores miraban de soslayo á los dos rivales, y comprimían la risa observando con qué sublime indiferencia leía y fumaba uno, mientras el otro rumiaba maldiciones.

Cuando hubo terminado su cigarrillo, el lector se puso de pie, sacudió las piernas, abrió

los brazos y empezó á pasear por el salón. Ya desperezado volvió á su sitio. Los diarios no estaban. El giboso los había cogido, y, abismado en su silla, leía, leía...

Su rival le miró fijamente, detuvo la mirada en la joroba, y encendiendo otro cigarro, montó una pierna sobre otra. Las bocanadas de humo le envolvían como una nube. En su indiferencia admirable, algunas veces enviaba recta la columna, y el perdido entre humo era el jorobado, que lanzaba de su pobre pecho toses y reniegos.

El ordenanza se presentó en la puerta rogando que saliese un redactor para recibir una queja que deseaban formular.

Hubo discusión entre los redactores, y salió el giboso. El hombre del chaquet extendió los brazos, cogió los periódicos y, formando montón delante, reanudó la lectura.

Cuando el otro volvió la rabia lo puso lívido. Dos tentativas hizo de protestar; pero la calma del lector le desarmó, y cayendo en la silla le miró largo rato con ojos fulgurantes, que hubiesen matado á su rival si con la intención bastase.

Una necesidad ineludible hizo que el del chaquet suspendiese por segunda vez la lectura. Apenas ido, el giboso le quitó los periódicos; pero su adversario volvió pronto, fué á él, le arrancó á tirones los papeles, y tomando

asiento, los depositó con tanta violencia en su carpeta, que la mesa retembló.

Primer triunfo del advenedizo, celebrado por los espectadores con un torrente de carcajadas.

La semana no había pasado cuando el joven del garrote dijo sin rodeos al director :

— Comprenderá usted que yo no vivo del aire.

Y el aludido le replicó :

— Lo supongo.

— No lo suponga, créalo. Yo no tengo rentas; necesito dinero; comer... ¡Comer!

—¿Qué solución?... No hay plaza vacante... La nómina está completa.

— Pues si no me dan dinero tendré que robarlo.

—Lo único que puedo hacer en su obsequio es retirar las treinta pesetas mensuales que se dan á la Agencia Almodóvar por el alcance del Congreso, y ofrecérselas á usted si quiere ir á las Cortes después de las seis para recibir las últimas impresiones.

— ¡Acepto!... Menos da una piedra.

Como el repasar la prensa de provincias era de poco lucimiento, el hombre de chaquet y garrote fué declinando este trabajo en el giboso para escribir sueltos violentísimos y desmañados, que el director rompía sin que el redactor mostrase desilusión ni agravio.

Y sucedió que el editor responsable, un vie-

jo analfabeto cargado con los procesos del periódico, falleció por entonces y hubo que buscarle substituto. Propietario y director cambiaron impresiones. El último dijo:

—Ahí tenemos á un paquidermo hambriento que quizás acepte el cargo.

— Llámelo y se lo propondremos.

— No; hay que tener cuidado. Pudiera ofenderse, y es muy de temer el garrote que gasta. ¡Hay que obrar con diplomacia!

El director fué á la redacción, y fingiéndose distraído, dijo con disimulada socarronería:

— Señores: el editor responsable ha muerto. (¡Dios le tenga en su santa gloria!) Vamos á buscar otro; pero antes lo participo á ustedes por si pudiera convenir á cualquiera los quince duros...

No tuvo tiempo de concluir. El hombre del chaquet angosto se irguió con presteza al oir los quince duros, y exclamó golpeándose el pecho:

— ¡Yo!... ¡Yo acepto!

Y mirando en torno prosiguió:

— ¡No permito á ninguno que me dispute el cargo!

Con la mejora de fortuna superó el trabajo. El director se abstenía de romperle sueltos; empezó á escribir artículos, y cuando los sucesos de actualidad aconsejaban las frases gruesas, él se encargaba desde la primer columna

de remedar los truenos y desatar los rayos contra el enemigo. Su estilo se depuraba de incorrecciones, y la pluma, aprisionada entre sus robustos dedos espatulosos, volaba sobre las blancas cuartillas estampando conceptos tan enérgicos como sus firmes rasgos caligráficos. Algunos empezaron á creer que el mozo del chaquet tenía talento.

Él no se curaba poco ni mucho de las murmuraciones é intrigas que á su alrededor entretejía la envidia, y continuaba su camino, soberano de sí mismo, sin decir hasta dónde la ambición prometía llevarle. Jamás habló mal de sus compañeros, y si alguna vez lo hizo, hízolo francamente, sin murmuración ni acrimonia. Su sueldo no era mucho; pero adecuaba las necesidades al sueldo, esperando ganar más para aumentar sus necesidades. Como ahora yantaba casi todos los días, su cara se poblaba de sano color; hinchábase su ancho pecho, y meditaba nuevas ocasiones de ejercitar la acción: mientras el momento llegaba, esgrimía la pluma comunicándole todo el calor viril que por su sangre corría. Así conquistó lugar preferente en el periódico.

Una polémica envenenada puso en duro aprieto al diario. Surgió un lance personal. El señor de la barba plomiza — ingenio fino, talento malogrado, espíritu amargado por las injusticias de la política y las ingratitudes de

los jefes — se encogió filosóficamente de hombros ante el conflicto y abandonó la dirección por no batirse. Hubo que buscar director arriscado, presto á superar los riesgos, y lo encontraron en casa.

Mejor director no lo tuvo el periódico. El hombre del garrote duplicó sus bríos. Sin trabas ni coacción, escribía con vehemencia y fuego, y á sus escritos seguían protestas, procesos y desafíos. Fué á la cárcel. Fué el padre de una literatura periodística audaz é insolentísima, que tuvo luego muchos imitadores y que aun imitan algunos pobres sin su pasión ni su nervio. Hízose popular su nombre; pero no tanto como él quería. Los dueños de España se forjan en la tribuna, y pues la resonancia del mitin supera á la del teatro, el joven quiso ser orador. La primer tentativa fué en un gran banquete, y fracasó. Viendo el oleaje de las cabezas convertido hacia él, sintió nublársele los ojos y la lengua fué torpe: «¡Yo — dijo entre zozobras y temores, — yo, sólo sé escribir!... ¡Viva la República!...»

Cayó en su asiento, y el auditorio aplaudió coreando el viva.

Pero su voluntad quiso que orase, y rindiendo al miedo, volvió á hablar durante diez minutos. La tercer vez era ya tan orador como articulista espontáneo y enérgico. Estrecheces del doméstico vivir, enemigos, ver-

dades y mentiras sobre su nombre lanzadas, todo lo ha vencido, con el garrote unas veces, con la serenidad y el talento otras. Inmoral y caballero, ha ido donde ha querido, asociándose á sus adversarios cuando los ha necesitado, desencadenando motines cuando le ha convenido. En otro tiempo hubiese hecho revoluciones. En otro país estaría en presidio.

XXV

Oyendo hablar á los jóvenes del antiguo director, me lo represento sin saber por qué como un Mario moderno. (¡Salvemos, señores irónicos, las proporciones históricas!) Y sin saber por qué misteriosa asociación de ideas pienso en otro caudillo que empieza á culminar, pero que yo conozco íntimamente, y cuyos éxitos futuros me permito anunciar entonces. Pienso en Sila. (¿Volvemos á atenuar las proporciones?)

¡Mario y Sila atenuados!

En el antiguo director todo es tosco vigor democrático; su presunto rival tiene refinamientos aristocráticos. El primero es decidido y brusco; el segundo ondulante y cauto. Aquél se da precisa cuenta de la situación con ojo experto y claro; éste calcula y prepara el mo-

mento. Uno procede por natural reflexión; el otro por impulso. Las decisiones de aquél son rápidas, gallardas y oportunas, y en ellas arriesga si es preciso la vida; las de éste son recelosas y tardías; pero termina jugándose la vida airosamente. Mario es canino. Sila felino. Uno necesita la ruda acción de todos los días para ejercitar su personalidad exuberante, y en el ambiente de la lucha encuentra su propio medio; el otro gusta de los placeres y la vida muelle; pero la ambición y el amor propio excitado le prestan actividades febriles. El primero ama al pueblo, y de él se sirve; el último lo desprecia, pero lo sirve. El demócrata habla como tribuno luchador y vehemente; el aristócrata es sutil, procaz y sarcástico.

Mario y Sila se odian.

Sila y Mario renovarán las antiguas luchas entre sus bandos.

Ya se aprestan.

XXVI

Pensando voy en Mario y Sila cuando llego á la calle Mesón de Paredes. Al entrar en la de Juanelo, me detengo bruscamente. ¿Son los bandos de Sila y Mario que se pelean?... Hacia el comedio de la calle suenan golpes, gritos

apasionados, blasfemas interjecciones. Una voz que me es bien conocida, la de Estanislao borracho, domínala á todas:

—¡Miserables, canallas!... ¡Dejádmelos, que yo los mataré á todos!... ¡Yo solo me sobro para todos!...

Arrecian los golpes. Seis ú ocho bultos se agitan y revuelven. Una reja resuena sordamente como herida con palo. Una piedra llega junto á mí, rebotando y levantando chispas. Los juramentos se suceden, y Estanislao vence á todos en el gritar:

—¡Canallas, bandoleros!... ¡He de rematar con vosotros!

En el confín de la calle titila una luz. El sereno llega corriendo y tocando el pito de alarma.

—¡Alto!... ¡Ténganse quietos!

Otros pitos responden al suyo. Por la calle Mesón de Paredes acuden los vigilantes nocturnos. Algunos vienen de la Plaza del Progreso.

—¡Respeten á la autoridad! —vocea el primer sereno.

Y Estanislao le contesta:

—¡Fuera!... ¡Fuera de aquí!... ¡Fuera pronto!

Los golpes se reiteran. El farol del sereno rueda hecho pedazos.

—¡Quietos!... ¡Quietos ó atravieso á uno!

Los dispersos serenos llegan, y sus voces se alternan ó confunden con las que riñen. Se abren ventanas y balcones. Siguen los golpes. Los chuzos baten en todas direcciones; á veces baten el suelo.

Cansado de las pendencias en que se empeña mi amigo, no quiero acercarme, y desando el camino. La redacción está cerrada. Bajo hasta la Puerta del Sol, y me dirijo luego á la posada del Peine. Suerte tengo de encontrar una habitación, la única desalquilada. Apenas caigo en la cama, desciende sobre mí un sueño pesado y zozobroso en que percibo gestos de orador y muecas de borracho.

Á mediodía me levanto.

Cuando llego á casa oigo á Estanislao que grita incoherente en las profundidades del piso. Con cautela entro en el cuarto, abro el baúl y tomo algún dinero. Por el corredor se acercan inseguros pasos. Ábrese la puerta y Estanislao se sorprende.

— ¡Nolo!... ¡Nolito de mi alma!... ¡Cuánto tiempo sin verle!

Como siempre que está ebrio, quiere significarme su afecto con un beso de su boca infecta.

— ¡Es usted un ingrato!... ¡Tantos días sin venir por aquí!... ¡Parece mentira, Nolito : ahora que tenía yo dinero y se hubiese divertido conmigo!... ¡Ay, Nolo; siete pesetas me quedan!

Las lágrimas empiezan á brotarle mientras rebusca el dinero. Cuando lo encuentra me lo enseña dolorido.

—¡Siete pesetas!... ¡Me han robado, Nolo; me han robado! ¡Cobré diez y ocho duros y es imposible que tan pronto me quedase sin dinero!... ¡Y me han impuesto dos multas, diciendo que yo había promovido escándalos en la vía pública!... ¿Le parece eso bien, Nolito?...

Y llora su desgracia sentado en una cama.

Estanislao me conmueve. Tiene la cara terrosa; los labios cubiertos de costras negras que han depositado el tabaco y el vino; los ojos vidriosos y con orlas de azul; la cabeza enmarañada. Cúbrese con el verde gabán manchado, y su camisa de ojales rotos déjale al descubierto el pecho. El pantalón que le presté lleno está de lodo y desgarrones.

—¡Don Estanislao!... ¡Don Estanislao!—resuena como un ciclón la voz del Bizco.

—¡Bruto!—le contesta mi compañero enjugándose el llanto.

—¡Don Estanislao!

—¡Bestia!

—¡Haga el favor de no ofenderme!... ¡Venga pronto con la cuchara, ó me bebo el vino!

Estanislao recuerda á lo que fué al cuarto y busca las cucharas en el cajón de la mesa.

—¡Vamos, Nolín; vamos á comer!

—Gracias, Estanislao; me marcho.

— ¡Por Dios, Nolo! ¿Es que no tengo bastante disgusto con la pérdida del dinero, y quiere usted aumentarlo?... ¿Se va?... Yo le acompaño.

— Pues bien; que nos sirvan aquí.

— Me espera el Bizco.

— No me agrada ese sujeto.

— ¡Hombre, el Bizco es gran amigo mío!... ¡Anoche le aporrearon brutalmente por defenderme, y el pobrecito está en la cama!... ¡Bueno; conste que yo también tengo dos costillas hundidas y la rodilla hinchada de un puntapié!... ¡Vaya, Nolete, vamos á comer con el Bizco!

Inmediata á la cocina hay una habitación, y en ella la cama donde reposa Juan Antonio Lipo. Tiene la frente vendada, y entre la venda un paño empapado de árnica que le cubre el ojo izquierdo. El derecho lo conserva libre para ver; pero también ha de menester auxilios, tan negro é hinchado lo tiene.

Estanislao reconoce cuatro botellas que hay en un velador próximo á la cama. Mira fijamente al enfermo y le reprende severo:

—¡Abusas demasiado, Bizco! Te has bebido media botella.

—¡Por mi madre, don Estanislao!... ¡Apenas lo he probado!

— Sí, señor. Dejé una y media; estoy seguro.

—¡Don Estanislao, por mi madre!...

—¡Ahora nos pondremos á la par, borracho!...

Estanislao se lleva la botella á la boca y bebe sin tasa. El Bizco le contempla atónito y entreabre los labios. Su ojo libre se dilata y los brazos se extienden implorantes.

—¡Don Estanislao, por mi madre!... ¡Haga el favor de dejarme un poquito!

Estanislao sigue bebiendo, y el vino se desborda por las comisuras empapándole gabán y camisa.

—¡Don Estanislao, por lo que más quiera en el mundo!

Mi compañero sigue bebiendo, y la botella tiembla en su mano insegura. El Bizco se incorpora patético en la cama y le retiene del gabán verde.

—¡Don Estanislao, por mi madre de mi alma!...

Las fuerzas le faltan, y recae agotado en la cama murmurando que la cabeza se le abre.

Estanislao cesa de beber.

Y el Bizco plañe:

—¡No es usted amigo, don Estanislao!... ¡Esas cosas no se hacen con un amigo!

La patrona sirve la comida, y mi compañero, agraviado con los reproches del enfermo, quiere demostrarle su aprecio sentándose en la cama y administrándole á cucharadas la sopa.

De cuando en cuando le besa fraternal. De tiempo en tiempo le acerca la botella. El Bizco suspira, le sonríe agradecido, y al par que abre la boca entorna el ojo libre para recibir con más delectación el vino.

XXVII

Es imposible que el entusiasmo no se apague en este periódico. Hasta los redactores más insignificantes creen que es de buen gusto burlarse de la democracia y maltratar con desvíos á los republicanos que buscan defensa. Los hermanos siameses los tratan con tanto despego que inspiran lástima.

La verdad es que nuestros correligionarios son bastante ineducados; pero, ¿de quién la culpa si no los educan? Entran como en casa propia; no se descubren; tratan á los redactores como á gente asalariada llevada allí para servirles... Los hermanos siameses se encargan de educarlos, con sobrada vehemencia para que la lección sea provechosa.

—¿Cómo se llaman ustedes?... ¿Tendremos el honor de saber con quién hablamos?...

Dicen su nombre, y los preceptores añaden:

—¡Queridos señores, habrán observado ustedes que estamos descubiertos!

Es invitarles á que se quiten el sombrero.

Algunos desahogados dicen que es demasiado presumir para republicanos; pero los jóvenes elegantes no se convencen, y extreman las frases y gestos corteses hasta hacerse inaguantables á los extraños.

El director reprende á los dos redactores, y ellos prorrumpen en insultos contra todos los demócratas de la tierra, llamándolos patulea soez, cerdos mal olientes, gentuza sin principios...

Esto casi todas las noches.

El mayor de los jóvenes suele poner remate á las disputas sentándose en un diván y diciendo :

— ¡No hablemos de esas bestias y tratemos de mujeres! ¿Has abusado hoy mucho, niño?

Como respondiendo á una evocación aparece el señor de la barba plomiza. Sale de su despacho sin apresuramientos, distraído, quitándose las gafas con que escribía y calándose los lentes. Pasea con lentitud; ojea los periódicos. Al advertir su presencia callan los dialoguistas, se miran, sonríen, callan. El señor de la barba plomiza enciende un cigarrillo, ofrece otro al que se lo pide, y reingresa en su despacho...

—¡Pues sí—dice alguien,—he visto á Enriqueta paseando por la Castellana! ¡Cada día más hermosa! Afirman que ha cambiado de amante.

El señor de la barba plomiza reaparece muy lento, indiferente, sin sentir amor por lo que dicen. Los que departen le observan reprimiendo la risa. Él sonríe entonces, levemente irónico, y las aletas de su nariz palpitan.

— ¿De qué se trata? — pregunta recobrando su imperturbabilidad aparente.

— Hablamos de Enriqueta.

— ¡Ah, de Enriqueta!...

— ¿La conoce usted?

— ¿Enriqueta?... ¡Sí!... ¡No sé!... ¡Creo que sí!... ¿Guapa?

— Hermosísima.

— ¡Sí, eh?...

— ¿Pero la conoce?

— ¡No estoy seguro!... ¡Creo que sí!... ¿Joven?

— Muy joven.

— Sí; creo que la conozco. ¿Alta ó baja?

— Regular.

— Sí; me parece conocer á esa joven. ¿Gruesa?

— ¿En qué quedamos, maestro?... ¿La conoce ó no?

— Creo recordarla. ¿No es gruesa?

— Es delgada, esbelta...

— ¡Justo, sí; delgada!... ¿Morena ó rubia?

— Rubia... ¡Vamos, confiese que no la conoce.

— ¡No; pues no la conozco!... ¿Y dónde dicen que va?

— Á la Castellana, todas las tardes.

— ¡Á la Castellana, caramba!... Pensé que iría á otra parte... ¡Bueno; iré á la Castellana para verla! Con esas señas la reconoceré enseguida... ¡Bien, bien!... ¡Pero qué chicos éstos; no hay mujer bonita en Madrid que no conozcan!

Mientras la conversación versa sobre mujeres, el señor de la barba plomiza está allí, sentado en un diván ó repasando distraído los periódicos. De tiempo en tiempo hace alguna pregunta ó dice alguna observación que envidiara Brantôme. Á veces supera á Brantôme contando picantes historias. Cuando la charla desmaya, levántase pausado, se quita los lentes, se ajusta las gafas, y allá va silencioso, indiferente, camino de su cuarto á reanudar el suspenso artículo que al otro día provocará la cólera del Gobierno.

Frecuentemente se habla de amores y pecados á la hora en que más apremia el trabajo, y se departe en muy bajo tono para no interrumpir á los que al lado escriben. El señor de la barba plomiza aparece silencioso, distraído, velando bajo el poblado bigote su tenue sonrisa irónica.

— ¡Es imposible que haya podido oirnos!— le dicen.

Tantas veces como se trata de escabrosos temas aparece como un fantasma.

—¿Por qué sale de su retiro cuando hablamos de mujeres?... ¿Quién se lo dice?

El señor de la barba plomiza responde mefistofélico:

—¡No me lo dicen!... ¡Lo presiento!

Y su nariz palpita.

XXVIII

Vuelvo de la redacción y encuentro mi cuarto cerrado. Llamo, y nadie responde. Insisto más fuerte, y los ecos sólo contestan al resonar en las profundidades. Grito á Estanislao; voceo al Bizco, y presto atención. Sólo percibo un roncar acompasado y distante.

Dudo qué hacer. Me falta la llave del cuarto y el sereno ha cerrado la puerta. ¿Pasear, sentarme entre las tinieblas? Hace frío. La conducta de Estanislao me irrita. Tendré que buscar otra casa.

Tanta contrariedad á todas horas me crispa los nervios.

Desde que empecé á reconocer la inmoralidad y chabacanería del periódico, siento violencias interiores, más peligrosas cuanto más calladas. Esta excitación la exacerban Estanislao y sus amigos, que viven en perenne borrachera. ¿Por qué acepté la estúpida protección de aquel hombre fracasado é inservible cono-

ciendo de antiguo el vicio que por dos veces le puso á las puertas del presidio?... Ciego, exasperado, asesto un puntapié á la puerta carcomida; gime, reitero el golpe y la cerradura salta.

Enciendo el quinqué y miro en torno. Las camas están en desorden. Sobre la mesa quedan vestigios de comida. Hay vino derramado. Mi baúl... Al verlo descerrajado me estremezco. Busco el dinero y no lo encuentro. Un traje flamante, y ha desaparecido. Unas botas de charol, y no están. Recuento la ropa, y me faltan cuatro camisas nuevas. Tampoco veo un pañuelo de seda... ¡Estanislao y sus cofrades me han robado!... ¿Qué hacer?... ¿Denunciar á los ladrones?... ¿Esperar su vuelta y cerrar á golpes contra ellos?... ¡Bonita situación, señores!... Yo no gano; Estanislao ha dilapidado su modesta paga: lo mismo que está haciendo con ejemplar consecuencia por espacio de trece años...

—¡Bah! —exclamo como si alguien me oyera. —¡En cuanto amanezca busco habitación!

Inquiero en mi chaleco, y cuento:

—¡Treinta y cuatro pesetas!

También tengo un revólver.

Como el dinero es poco, pienso en el arma. Las cápsulas están justas; el percutor y el disparador juegan bien. ¿Por qué secreto imán apoyo el cañón en la frente, si nunca sentí

amor al suicidio? Con el cañón apoyado y el dedo alerta, me exploro, me interrogo... «¿Te matarías, Nolo?» Tan absurdo me parece el examen, que considero como una desgracia el no disponer de esa roja puerta que sirve al suicida para huir á la miseria... «¿Y si la miseria fuera tan negra y ruin, Nolo?...» ¡Qué tristeza el persuadirme de que no siento vocación por el suicidio!... Abandono este punto y paso á otro... «¿Y usar del revólver contra un ciudadano y arrancarle el dinero cuando tú no tengas?» Esto no me repugna tanto, pues son muchos los ladrones que conozco, dignos todos de ser robados. Yo les robaría; pero hacerles fuego... ¡Quizás; pero no estoy muy seguro!... Desde luego reconozco que tampoco valgo mucho para homicida... Y decido:

— Puesto que este revólver es en mis manos la carabina de Ambrosio, lo empeñaré. Cuatro ó cinco pesetas más.

Pero aun me quedan otros puntos dignos de meditación. Puedo disponer de treinta y ocho ó cuarenta pesetas, que no se prestan para mucho presumir... ¿Qué hago?... ¿Las juego?... ¡Gran debilidad, porque jamás jugué, ni siquiera á la lotería, como cualquier español! ¿Me aventuraré hoy?... ¡Terrible compromiso!... ¿Y si gano?... ¿Y si pierdo?... Puedo ganar... ¿Ganar?... Desde que nací sólo recuerdo haber ganado palos y pedradas. La mala sombra me

acompaña, y la fortuna no había de ser tan caprichosa que me sonriese ante un tapete verde... ¡Puedo ganar... — sigo repitiéndome en lo íntimo, — pero también puedo perder, y el hambre empezará hoy mismo! Desisto. Con treinta y ocho pesetas aseguro varios días de vida holgada. ¿Y quién sabe lo que ocurrir puede luego?... ¡Lo Imprevisto!... ¿No adoro lo Imprevisto?...

Bruscamente me tranquilizo.

Hasta me siento alegre y ligero pensando en las sorpresas que me reserva el tiempo. Esta alegría del pensar la he recibido tantas veces cuantas en torno he visto negruras fatales. Como un lago sereno veo ahora extenderse el espacio de algunos días: los mismos que me dure el dinero. Luego siguen brumas glaciales; el porvenir está cerrado y eso es lo que más me acucia, saber lo que ocultan esas brumas... ¿La muerte?... Bueno; también hay cosas muy interesantes que necesito averiguar allende la muerte: — ¿Qué es de Laura? ¿Tiene blancas ó de hollín las barbas el viejo Pedro Botero?... ¡Horror del momento presente! Lo futuro sólo, con sus misterios y sus imprevistas jugarretas, puede dar significación á la vida, haciéndola interesante. ¡Señor, Dios mío: permite que siempre viva como hasta aquí, alegre unos días y los más rabiando; que nunca tenga casa propia, y que los ingleses me ron-

den, y que jamás sepa si el pan no ha de faltarme: que nunca sea burgués pacífico, amén!... El porvenir obscuro me cautiva; me siento llegar con mis treinta y ocho pesetas al término de la zona luminosa; siento las angustias del vivir entre sombras; pero también presiento que cesarán pronto, aunque ignore por qué raro arte se desvanecerán. Y cuando más opresoras son las angustias, mayor es la esperanza y más intenso el deseo de entrar en el próximo futuro, en la nueva zona de luz y de reposo.

Breve reposo.

Como la noche sigue al día, así veo sucederse en mí los períodos prósperos y adversos. Cuando todo me sonríe, bruscamente me entristezco: una sombra pesa, y me advierte que lo Imprevisto llega. Y lo Imprevisto no falta nunca, revistiendo inopinada forma y dando al través con todos los cálculos. Frecuentemente es un puntapié mío en hora de malhumor lo que destruye los anteriores proyectos de mejora. Ya parece que voy á anonadarme, y la esperanza viene mensajera y lo Imprevisto llega diligente, vestido con las luces de la aurora.

El día también llega.

Las puertas se abren.

Salgo en busca de habitación.

Á las nueve vuelvo con un hombre que ha de transportar el baúl á la calle Horno de la Mata.

Mi cuarto es pulcro. Tiene balcón á la calle. He pagado el mes: veintidós pesetas y media.

Me quedan once y media.

Y el revólver.

XXIX

He encontrado una casa de comidas donde engaño al hambre por una peseta diaria. Está en la calle de Ferraz, frente al cuartel de la Montaña. Por una peseta no es difícil comer en Madrid; pero el aseo suele andar remoto. En esta casa, no. Cada parroquiano recibe su servilleta, de una blancura insuperable en mesa ducal. Los platos son finos. El agua cristalina. Es lástima que en Madrid haya tan pocos establecimientos donde la pobreza fraternice con el aseo.

Sería mucho pedir que la comida fuese más abundante y que la casa estuviese en la Puerta del Sol. Tal como la comida es, es buena para ir en seguida á la cama y no levantarse hasta la hora de repetir. Pero es harto insuficiente para andar y trabajar. Cuando por la noche llego á mi modesto restaurant, estoy hambriento, sin hipérbole. Cuando he reparado las fuerzas, me embozo en la capa y marcho á la redacción. Voy muy poco á poco, tal un anciano achacoso, forjándome la ilusión de que el ejer-

cicio es menos y tendré cuerda para más tiempo. Me engaño. La cuerda apenas dura lo preciso para llegar al periódico y caer desplomado en la silla, cubierta la frente de frío sudor. Leo los periódicos. Escribo con rabia — «el delgado papel rasgo», — pero sin entusiasmo. El entusiasmo huyó, y sólo me queda rabia, que se extiende á cuantos me rodean.

Los que me rodean son los jóvenes elegantes, despreocupados y decidores; el director acostado en el rojo diván y dormitando la abundante cena de la Central, consumida en la amable compañía de cuatro ó seis amigos, parásitos de fino ingenio. También mi rabia se extiende al desconocido propietario de quien oigo decir que monopoliza el juego en Madrid y regatea los sueldos; ofrece la benevolencia del periódico á los ministros de mejor subvención y llama inmoral y disolvedora del carácter á la Monarquía; escatima la peseta al correligionario abatido y sostiene con prodigalidad á la amante propia y á las ajenas; niega que el diario cubra gastos y evalúan los suyos en un millón al año.

El ordenanza entra diciendo que un desconocido espera para rectificar.

El más joven de los elegantes pregunta:

— ¿Qué señas tiene?

— ¡Alto; grueso!...

— ¿Cómo viste?

— Lleva blusa listada bajo la chaqueta.

El joven sale.

Hablan con viveza y calor.

Alguien se acerca á la puerta.

— Están dentro; en el despacho del amo.

Veinte minutos habrán pasado, cuando el joven llega con dos cuartillas. Despierta al director y le dice:

— Mira esto, niño.

El director se incorpora muy triste; repasa las cuartillas y mira atento al joven moviendo la cabeza.

— ¡No puede ser! — exclama.

— ¡Chico, que me comprometes!

— ¿Cuánto te ha dado?

— ¿Á mí?... ¡Nada!

— ¿Entonces, por qué te comprometo?

— Porque hice yo el suelto de esta mañana.

— ¿Pero es cierto lo dicho?

— Absolutamente. La taberna es una guarida de ladrones. El que disparó la pistola está perseguido por las autoridades y el tabernero lo protege.

— ¡Pues no se rectifica!

—¡No se trata de rectificar; lee bien! Es una aclaración. El tabernero sólo tiene interés en que la gente sepa que su establecimiento es como cualquier otro, y no una cueva de ladrones.

El director sigue negando.

El joven le implora muy quedo.

—¡Que me comprometes, chico!

—¿Por qué?... ¡Vengan esas cuartillas!

Se levanta rápido del diván y se dirige al despacho, donde el extraño espera. El joven quiere detenerle. Viéndole cerrar la puerta se para meditativo. Luego hace una contracción de hombros y vuelve á su asiento.

El mayor le dice riendo:

—¿De cuánto el *chantage*, pequeño?

El interrogado nada responde. Su amigo le pulsa en el chaleco. Suena dinero. Ambos lanzan una carcajada.

—¿Cuánto, pequeño?

—Muy poco.

—¿Cuánto?

—Cincuenta.

—¿Reales?

—Pesetas.

Vuelven á reir.

El mayor invita á su amigo:

—¡Vámonos, pequeño; vámonos pronto!... ¡Cuando se lleva en el bolsillo cincuenta pesetas es una infamia trabajar!... ¡Vamos á Fornos!

—¡Espera! ¿Quién sabe cómo terminará esto? ¿Y si tengo que devolver el dinero?

—¡Jamás!... ¡Antes pasarán sobre mi cadáver!

El director entra con su aire cansado, mi-

rando vagamente. Los ojos se vuelven hacia él: unos inquisitivos, los del joven zozobrosos. El rostro del director sólo traduce cansancio y tristeza. Deja caer en la mesa las cuartillas corregidas, extiende un periódico en el diván y se acuesta.

Los jóvenes se miran y sonríen.

— ¿Vamos? — dice el mayor muy bajo.

— Espera — le responde el pequeño.

El director entorna los ojos.

Suspira.

Se duerme.

Los jóvenes se alejan de puntillas seguidos de dos redactores. Cuando están en la puerta sale otro.

Sólo quedamos tres hombres: uno que duerme y dos que nos decimos mil cosas en un sólo cambio de miradas.

XXX

El regente llega:

— ¡Original!

Le entregamos lo escrito y se retira.

Mi compañero lee.

Yo paseo bajo la mirada imperturbable de los que arriesgaron vida y carrera en tiempos de fe. Cuando me canso de pasear vuelvo á la

mesa, y en la redacción de sangre y oro reina un silencio triste y pesado.

La puerta se abre.

El regente exclama :

— ¡Original!

— No hay — le digo.

— ¡Faltan tres columnas!

Me encojo de hombros, y recordando lo que me dijeron el primer día : — «quien más pone en esta casa más pierde»—le indico el director.

El regente le contempla piadoso.

— ¿Para qué despertarle si no ha de escribir?... ¡Los cajistas están parados!

Cojo las tijeras y corto sin medida.

Cuando el regente se aleja vuelve á aplanarse el molesto silencio.

— ¿En qué piensa?—pregunto á mi compañero por decir algo.

— Pienso en que muy pronto tendrá usted sueldo — me contesta con sorda ira.

— ¿Eso le enoja?

— No. Es que voy á dejarle libre mi puesto.

Nada le digo. Medito en lo Imprevisto, que anuncia el próximo término de mi situación precaria.

Mi compañero hace una larga pausa. Luego prosigue en baja voz :

— Dentro de una semana estaré casado, y es necio trasnochar para asistir á esta farsa... Renunciaré al periodismo : mi padre es dueño

de una cochera; me pondré al frente de la casa ó me haré cochero. ¡Todo es preferible á seguir recibiendo un sueldo indecente en esta casa, que ni siquiera compensa la pérdida de estimación que produce el venir aquí. Para vivir deshonrado se hace uno ladrón como los demás.

— ¡No exagere!

— ¿Qué exagero?... Cuando conozca á Madrid sabrá si exagero... Oculte que pertenece á este periódico, ó verá cómo le tuercen el gesto y le miran con recelo.

— ¡Bonito consejo para encender entusiasmos y avivar estímulos!

— Por muchos que tenga los perderá pronto... Ya se advierte... Ya no trabaja con el ahinco de los primeros días...

—¡Y con ejemplos como el de esta noche!...

— ¡Esta noche!... ¡Diga todas las noches!... ¡Todas!...

— No he observado tanto abuso.

— ¿Cómo observarlo?... ¿Es fácil saber dónde está el *chantage*?... ¿Quién al leer esta mañana el suceso verídico de la taberna pudo creer que se narraba con el propósito de obtener dinero? Aun los más perspicaces de la casa no siempre reconocen el *chantage*. Unas veces está en el artículo de fondo; otras en el suelto que más desprovisto parece de intención. Se esconde en la censura, se cubre con el halago. Tras la noticia de teatros hay diez pe-

setas; en la cita del policía hay diez reales.

— ¿También esas miserias?

— Unos lo hacen en grande; otros al por menor. Como no hay prudencia en la realización del abuso, hasta los más infelices prevarican con el tiempo y aceptan lo que pueden... ¿Cree usted que diez reales es poco?... Cincuenta céntimos, precio de un café, han costado algunas rectificaciones.

— Lo inaudito es que se tolere.

— Aquí no se concede importancia á nada. Excepto Roberto, los demás que usted ve por la noche son unos escépticos que sólo creen en el placer. Las ideas, una mentira que les hace reir; la moral, capa agujereada que malcubre á los tontos... En parte tienen razón, pues se inspiran en los encargados de dar ejemplo. ¿Cómo defender con desinterés y amor á este republicanismo corrupto y despreciable?... No hay partido republicano, propiamente hablando... Los doce ó catorce diputados odian al periódico por inmoral, y el periódico los detesta porque hacen oposición convenida; pues todos sabemos que los más prestigiosos han recibido el acta del Gobierno... ¿Qué decir de los demás?... Ya ha tenido usted ocasión de verlos: acuden á implorar elogios gratuitos del periódico, pero no lo leen ni se toman la pena de difundirlo. Cada uno persigue su negocio y todos están unánimes en en-

gañar al pueblo para poner precio á la influencia que sobre él conquistan... ¡No hay devoción, ni sinceridad, ni vergüenza!...

— ¡Un asco; no siga usted!

XXXI

El director despierta, coge el sombrero y se marcha.

También íbamos á irnos mi compañero y yo, cuando la puerta se abre y aparecen los jóvenes elegantes. Están ebrios, alegres, cogidos del brazo. El mayor trae una botella de Jerez en la diestra; el pequeño trae un rebujo de papel en la izquierda.

— ¿Os vais, congrios? — dice el pequeño.

— Nos vamos — responde mi compañero.

— No os marchéis tan pronto. Vamos á comer estos pasteles y á apurar la botella.

Se sientan en un diván y nosotros en sillas frente á ellos. El mayor dice á su amigo con ojos tristones y sonrisa picaresca:

— ¡Lástima, pequeño, que cada día no haya un tabernero que solicite rectificaciones!

— ¡Ay; ahora siento no haberle pedido más!

— Pequeño, observo con mucho gusto que haces grandes progresos en el *chantage*. Si tú quisieras podrías ser un gran estafador.

— ¡Chico, quién no aprende con tan ilustres maestros!

— Se necesitan aptitudes especiales. Yo me doy mala maña: sólo sirvo para admirar á los demás. Tú tienes excelente olfato; hueles los *chantages* á distancia y no te falta arte para prepararlos. Porque en el *chantage* vale más el arte que la audacia.

— Perdona, querido; hay excepciones. Recuerda el de las cuatro mil pesetas. Un tímido las hubiese perdido... ¿Pero qué es eso, congrios, no bebéis?

Ofrécennos dulces y jerez y prosiguen hablando con ingenua impudencia. El más joven me mira perspicaz, y aconseja:

— ¡No se achique, mi querido amigo! Usted puede hacer negocio. Nosotros no. La información deja poco... ¡Dos durillos!... ¡Diez!... ¡Pero, el artículo!... El artículo bien trabajado es una mina. Esos imbéciles burgueses sienten menosprecio por el periodista creyendo que gana poco... (1) ¡Ja, ja!... ¡Qué saben los in-

---

(1) Un simpático sacerdote, rico propietario en la provincia de Sevilla, me decía con aire compasivo en el café de la Montaña: «El periódico *deja* muy poco». Vejado por su tono, le contesté que el *dejar* era una cuestión de moralidad, y le cité algunos casos muy al cuento... Al saber que en el periodismo había muchos medios de obtener dinero, el honrado sacerdote abandonó el desdén y empezó á sentir respeto.

felices! Una pluma hábil en un periódico como éste es un tesoro, la piedra filosofal. ¡Ah, si yo no fuese tan gandul y escribiese artículos!... ¡Tal como soy no saldría de aquí aunque en otra parte me ofreciesen triple!...

Su amigo le interrumpe con socarronería:

— ¿No te has equivocado, pequeño?... ¿Querías decir triple ó tercera parte?

— Triple he dicho.

— Creí que con el jerez cambiabas los términos; pues la verdad es que ni con la tercera parte nos recibirían en otra casa.

— ¿Crees?

— ¡La gente de ésta no goza de muy buena fama!... ¡Y la tuya, pequeño, es detestable!...

— ¿Por qué?... En todas partes se cuece...

— Pero se cuece mejor y nadie se entera. Los redactores no intervienen, y si alguno desfallece lo echan á la calle.

— Ventaja de esta casa. Aquí comen, pero también dejan comer.

— ¡Eso, sí!... ¡Y pensar, chico, que este periódico es el censor de la inmoralidad política y el órgano de la indignación nacional!...

— La gente no cree en nuestro republicanismo ni en nuestra indignaciones.

— ¡Infeliz!... Los lectores creen como artículo de fe lo que ven impreso.

— ¡Qué brutos!

XXXII

Año nuevo.

Los jóvenes elegantes quieren que solemnice el día de mi santo, obsequiándoles modestamente.

Digo que no tengo dinero. Con la sublime franqueza que les distingue, me registran, extraen del chaleco el último duro que me queda y lo muestran gozosos. Es como si mostrasen mis entrañas arrancadas de un tirón. Llaman al ordenanza y le entregan la moneda diciéndole:

—¡Tres cafés y media docena de cigarros!

Cuando el camarero llega y les da el cambio, piensan ambos jóvenes cómo gastar el sobrante.

Yo no había contado con este imprevisto que me dejará sin comer mañana. Súbitamente pienso en los libros, que podré empeñar, y me tranquilizo. Al mismo tiempo se conduele el mayor y me entrega dos pesetas, guardándose algunas monedas para tomar unos «quinces con seltz».

Al siguiente día me advierte el ordenanza que un caballero ha preguntado por mí, diciendo que volverá después.

Á media noche me anuncia:

—¡Ese caballero lo espera en el recibidor!

Llego y me encuentro á Estanislao, lacio en una butaca; sucio el gabán; cansada la boca; turbios los ojos. Al verme hace conato de incorporarse y recae sin fuerzas.

—¿Cómo está usted, Nolo?

—Bien; ¿y usted?

—Próximo á morir.

—¿Tan pronto?

—Sí, señor; esta noche me suicido.

—Siento mucho no poderle acompañar. Noches pasadas quizás le hubiera imitado.

—¿La última que estuvo en la calle de Juanelo?

—Justamente.

—¡Fué una picardía lo que hice, sí, señor!... ¡Una picardía!... Por eso vengo á que me perdone antes de morir... Porque yo me mato esta noche, Nolito!... La culpa no fué mía... ¡Aquella noche estaba más borracho que hoy, mucho más, y no me daba cuenta de lo que hacía!... ¡Mucho más, sí, señor; mucho más!... Fué el Bizco, ese mal amigo, que ayer me echó de su casa, quien descerrajó el baúl... Al ver el dinero, no pude contenerme; no pude y lo cogí... Sí, señor; lo cogí. Es verdad, lo cogí...

—¿Y la ropa?

—¿La ropa?... ¿Qué ropa?...

—Mi traje nuevo; mis botas flamantes de charol; las camisas; un pañuelo de seda...

—No sé nada, Nolito... ¡Nada!... Lo saca-

rían sin yo verlo... Quizás la bruja de la madre... ¡Yo no!

—La puerta estaba cerrada cuando fuí.

—No sé nada, se lo juro. Sólo sé que me llevé el dinero, y que al concluírseme, el Bizco me ha echado á la calle ¡Eso no es de amigo, peste!

—¿Y qué piensa hacer?

—¿Yo?... Creí que se lo había dicho... Voy á suicidarme... Antes he querido despedirme de usted... Esta noche me suicido.

—¿No puede prorrogar el desenlace hasta mañana?

—¡Imposible! Yo me conozco, y si no me suicido esta noche, mañana no me atreveré. ¡Yo me conozco!... Mire, toda la tarde he estado bebiendo, porque, ¡la verdad!, no me sentía con mucho ánimo... ¡No me sentía!... Primero decidí arrojarme por el viaducto... ¡Nolo; me horroricé!... Me veía dando vueltas por el espacio; luego sentía el choque de mi cuerpo; la fractura de los huesos; la cabeza aplastada; un brazo por aquí; una pierna por allí; las mandíbulas más allá... ¡Dígame cobarde si quiere; pero no sirvo, ¡palabra de honor!, no sirvo para los suicidios plebeyos!... ¡Se necesita mucho valor!

—¿Y el tiro?

—Tampoco me gusta: es muerte antipática. Además, no tengo arma de fuego.

— Yo empeñé mi revólver.

— ¡No se lo hubiese pedido, Nolo!... ¡Ya le he dicho que no me gustan esas muertes!... ¡La asfixia era un verdadero hallazgo!... ¡Tenderme en la cama y dormir eternamente!... ¡Qué gusto!... ¡No sé cómo hay gente tan estúpida que se arroje por el viaducto ó se perfore la cabeza!... ¡Yo los mataría á todos!... ¡Nolo, si algún día piensa morir, la asfixia, no olvide la asfixia: es indiscutiblemente el mejor suicidio!... Ya estaba resuelto, cuando me acordé de que no tenía casa... ¡Ah, se me olvidaba decírselo: como estoy un poco trastornado!... El Bizco me despidió de la suya; me ha resultado un mal amigo... ¡Malo!... No se fíe usted en la gente del pueblo, porque es desagradecida y mala... No sea bruto y hágame caso: vístase bien, trate con gente de pro : sólo el que tiene puede dar... ¡El pueblo es malo!... ¿Qué decía?... Como tengo esta cabeza trastornada, no me acuerdo... ¡Bueno; la falta de casa me impide morir asfixiado!... ¡Nolo, crea usted que hay momentos en que ni el suicidio es fácil : hasta la muerte se conjura contra el pobre!

— ¡Es un consejo del destino para que desista!

—Sabe usted que no creo en nada. Esta noche moriré. Ya tengo arma; sí, señor. ¡Mírela!

—¡Estanislao!

—Con este raspador me mataré. He cogido el más cortante que había en el Consejo de Estado. ¡Si no lo necesitase, con mucho gusto se lo regalaría para que tuviese un recuerdo de este pobre suicida!... ¡No puedo, créame, no puedo regalárselo: es mi única arma!... Primero pensé en la puñalada; pero el instrumento es corto y poco agudo para herir en el corazón. ¡Me haría sufrir mucho! Luego pensé en el tajo: aquí, en la yugular; pero eso es demasiado fuerte para mis nervios; sólo en pensarlo se me crispan. Después, casi decidí hincarme el raspador en la ingle. Tampoco, Nolo... ¡Ay, qué dolor!... En fin, todo lo tengo dispuesto. ¿Ve esta vena que tan bien me azulea?... Por ahí moriré... La picaré con cuidado para no hacerme daño: algo así como la vacuna... En seguida me echaré en el suelo para desangrarme poquito á poco. ¡Este suicidio no me horroriza! Moriré tranquilo, Nolo; esté seguro... Antes deseo que tomemos café juntos...

—¡Imposible, Estanislao; sólo me quedan setenta y cinco céntimos!

—Y á mí quince reales. Esta tarde pedí á mis compañeros de oficina el último duro que tendré en vida. Esperándole á usted sólo he gastado en ocho ó diez copas de aguardiente... ¡Tome, Nolito; para usted este dinero!

—¡Gracias, Estanislao; muchas gracias!

—¡Acéptelo, hombre; acéptelo! Aunque sea á cuenta de lo que le debo. ¡Todo se lo pagaré, no tenga cuidado! Aquí está el cuaderno con su cuenta... ¡Mire, hasta el dinero que le quité!... ¡Vamos, Nolo; guárdese esas pesetas!...

—¡Partiremos, Estanislao!... Yo estoy agotado, y mañana pensaba empeñar los libros.

—¡No; todo para usted!...

—¡Imposible!

—Bueno, Nolín; me quedaré una peseta para los cafés... ¿Tiene lápiz?

—No.

—Présteme una pluma.

Voy á la redacción y le traigo tintero y pluma. Estanislao repasa con mano trémula el cuaderno buscando la cuenta. Echa un borrón; lo corre con el dedo queriéndole secar, y escribe trabajosamente : «Entregado en efectivo : 2 pesetas 75 céntimos». Me devuelve la pluma y dice :

—¡Gracias, Nolo; las cuentas claras!... Poquito á poco le pagaré hasta el último maravedí.

—¡Celebro mucho que ya no piense en el suicidio!

—¿Cómo?... ¡No, señor; yo muero esta noche!... ¿Dónde voy con esta cabeza trastornada que todo lo olvida?... ¡Ay, Nolo, siento morir sin pagarle; pero me alegro por el usurero

que me persigue siempre!... ¡Vámonos, vámonos pronto, que deseo suicidarme antes de que el día llegue!

XXXIII

Cuando salimos de la redacción y recibe el relente húmedo de la noche, Estanislao se acoge á mí para no caer. Una tosecilla seca, que parece afianzársele á la garganta, le agobia.

— ¿Se siente mal?

— Es un vahido que ya pasa. Estoy muy débil. Bebo mucho y como poco. ¡En fin, pronto terminará todo!

Más adelante nos encontramos á dos Venus noctámbulas. Estanislao las enamora, pero en seguida se conduele de ellas; deplora su triste hado con muy finas palabras, y les predice fatal destino, roídas sus pobres carnes por la enfermedad y el vicio... Una vieja, pintada de colorete, le hace una mueca impúdica, y exclama con voz gastada por el alcohol:

— ¡Ay, qué gracia!... ¡Si será algún padre cura para aconsejar!... ¡Más valiera que nos diese veinte céntimos!

Estanislao mueve filosóficamente la cabeza:

— ¡Desgraciadas!... ¡Inconscientes!...

Y les entrega su última peseta.

— ¿Será buena? — pregunta la vieja sonándola en el suelo.

— ¡Desgraciadas! — repite Estanislao prosiguiendo la marcha.

Ya estamos lejanos cuando se oye la voz de la vieja estucada:

— ¡Valiente «papalina» lleva!... ¡Lástima que á todos los borrachos no les dé por regalar dinero!

Estanislao se vuelve con los ojos henchidos de lágrimas:

— ¡Desgraciadas!

Y la vieja exclama:

— ¡Vámonos, Coral!... ¡Este tío es capaz de venir y quitarnos la peseta!

Estanislao hace un gesto desolado; pero se repone súbitamente y resuelve la congoja en ira:

— ¡No se puede ser sensible! ¡Hay que ser duros, como dice ese alemán que ahora está de moda! ¡Sí, señor; hay que ser duros como cristal de roca!... Luego de compadecerlas y entregarles mi último dinero, se me burlan... ¿Está eso bien, Nolo?... ¡Sí, señor; como cristal de roca!... ¡Ni siquiera saben que voy á morir esta noche!... ¡Desengáñese, Nolo: la mujer es un ser inferior!... ¿Cómo que no?... ¡La canción de siempre!... ¡Es usted un estúpido!... ¡La mujer es un ser inferior; se lo he demostrado cien veces y voy á demostrárselo otra!... ¡No hable!...

— ¡No digo nada, Estanislao!

—¡Ya sé su canción; me la sé de memoria!... La sensibilidad, ¿verdad?... ¿Que sí?... Pero no sea usted animal... Le he demostrado en muchas ocasiones que la mujer no tiene sensibilidad...

—Y estoy convencido, Estanislao. Lo que tiene la mujer es irritabilidad.

—Exactamente, Nolo... ¡Ir-ri-ta-bi-li-dad!... Acuérdese siempre... Pero cambiemos de conversación, porque ésta me excita... ¿Es cierto que se me conoce la borrachera?

—¡No! Yo apenas se la noto.

—¡Pues bien que la notó la vieja!... ¡Por si acaso, no entremos en Fornos! Vamos á otro café.

—Estarán cerrados.

—Siento entrar en Fornos porque me conocen muchos, y si alguno se me burlase, le abofetearía... ¡Palabra, Nolo!... No quiero comprometerle á usted; pero si alguno se burla, esté seguro de que le pego... ¡Nolo, palabra!... ¡Porque yo soy capaz...! ¿Y mi raspador?... ¡No tengo mi raspador!... ¡Usted me lo ha quitado!...

—¡No lo tengo, Estanislao! Se lo habrá dejado en la redacción.

—¡Mentira! ¡Me lo ha quitado para que no me suicide!... ¡Nolo, mi raspador pronto, ó reñimos!

—¡No me importune; le he dicho que no lo tengo!

—¿De veras?... ¡Aquí está!... Tengo roto el forro del gabán y se me ha caído... ¡Ayúdeme á sacarlo, Nolín!

Cuando lo ve brillar á la luz de un farol, queda satisfecho. Luego se apoya en mi brazo; se arregla el sombrero; yergue el cuerpo para disimular mejor su estado, y entramos en Fornos.

—¡Nolo!—me dice muy quedo. —¡Ahí dentro, que hay menos luz!

Me siento en un diván y pido café. Á Estanislao se le antoja cerveza.

—¡Pero siéntese! ¿Qué hace de pie, Estanislao?

—¡No estoy muy seguro, Nolo!... ¡Mientras nos sirven vamos á hacer una prueba!... ¡Yo empezaré á andar desde aquel extremo, y usted se fijará si describo curvas!

—¡No se preocupe, y siéntese!

—¡Tengo empeño en saber si se me conoce! Ponga cuidado.

Estanislao se aleja vacilante. Cuando llega al que ha de ser punto de partida, se ajusta el gabán, eleva la cabeza, y empieza á marchar, grave, lento, rígidas las piernas, los ojos vidriosos y saltones muy fijos al frente. Al emparejar conmigo, gira un poco la cabeza, y me hace signos de que esté vigilante. Los parroquianos suspenden su charla para mirar atónitos á aquel sujeto de gabán verde y figura des-

encajada que pasea como un sonámbulo. Estanislao vuelve:

—¡Creo que se me conoce algo!

—¡Le aseguro que no! ¡Hágame el favor de sentarse!

—¡No estoy tranquilo, Nolo! ¡Ponga mucho cuidado, que voy á dar otra vuelta!

El camarero viene con el servicio, y murmura:

—¡Uf!... ¡El de siempre!... ¡Lléveselo pronto, ó saldrá á estacazos!

Estanislao pasa muy erguido. La gente ríe ahora y hace chistes. Cuando mi amigo vuelve y cae desplomado en el diván, estalla una salva de aplausos. Le detengo cuando va á volverse, y digo:

—¡Buena mujer!... ¡Se merece los aplausos!...

—¿No son á mí?... ¿No se burlan?...

—¡Quia!...

—¿Se me conoce la borrachera?

—Nada; parece usted en estado normal.

—Me alegro.

Toma la copa de cerveza y bebe. En seguida inclina la cabeza y duerme. Luego ronca. Un brusco descenso le despierta.

—¿Qué hora es, Nolo?

—Las tres menos cuarto.

—Aun tengo tiempo.

Rellena la copa, y la consume. Al deposi-

tarla en la mesa, rueda; se rompe. El camarero maldice en un asiento próximo.

Estanislao vuelve á cabecear. Yo leo un periódico y tomo lentamente mi café. Un ronquido largo...

—¿Qué hora, Nolo?

—Las tres.

—¡Tengo hambre!... ¿Quiere pagarme una ración de riñones?

—Ya sabe cómo estoy de dinero.

—¿Y un biftec?

—Tanto monta, monta tanto...

—¡Bueno; otra botella!

—¡Que ha bebido mucho, Estanislao!...

—¡Mejor, así sentiré menos la muerte!... ¡Camarero, cerveza!

Apura otra copa, y vuelve á dormir. Cuando despierta á los tres minutos, remata la botella.

—¿Otra, Nolo?

—No.

—¡Págueme otra, Nolito!

—¡Vámonos!...

—¡Otra nada más!... ¡La última!

—¡Vámonos ó lo dejo!

—¡Parece mentira, hombre!... ¡Déme el brazo, que no puedo moverme!

Ya en la calle, Estanislao se apoya en la pared y se niega á andar.

—¿Tomamos un coche?—dice implorante.

—No tengo dinero. Apenas me quedan seis reales.

—Pregunte si quieren llevarnos por seis reales á la Moncloa.

—¿Para qué?

—¡Quiero morir en la Moncloa!

—¡De prisa, necio!

—¡Es usted duro, Nolo!... ¡Creí que no sería usted tan duro!... ¡No puedo moverme, y me hace andar á la fuerza!

—¡Vamos pronto, Estanislao!

—¡Déjeme morir aquí!

Cogido del brazo, tiro de él por la calle de Alcalá. ¿Dónde llevarlo? No tiene casa. Mi cuarto es muy pequeño para albergarle. No tengo amigos y desconozco á Madrid... ¿Advertiré á cualquier vigilante?... Me parece ridículo decir que aquel borracho pretende matarse con un raspador.

En la Puerta del Sol se detiene:

—¿Tomamos un coche, Nolo?

—¿Cuántas veces le repetiré que no tengo dinero?

—¿De veras no tiene?

—¡Bien lo sabe!... ¿Dónde quiere ir?

—¡Á la Moncloa!... ¿Y usted dónde vive?

—Aquí cerca: Horno de la Mata.

—Le dejaré en la puerta, y me iré solo.

—No. Acuéstese en mi cama, y yo velaré.

— ¡Imposible! Le comprometería si mañana me encontrasen cadáver en su cuarto.

— ¿Pero piensa en serio suicidarse?

— Estoy perdido; el usurero me come vivo; no sirvo ya para luchar... ¡Soy un vencido!...

— ¡Es tarde, Estanislao!... ¿Qué hacemos?

— Déme un abrazo... ¡adiós!... Si fuese más temprano iría á despedirme de Melquiades Álvarez... Es muy listo Melquiades: será ministro cuando quiera... ¡Y yo era mejor orador!... Pero le quiero mucho; es un buen amigo... Él y usted son mis únicos amigos... ¡Adiós, Nolo!... ¡Jamás nos volveremos á encontrar!... ¡Imite á Melquiades y no se verá como yo!... ¡Adiós!...

Estanislao se aleja vacilando, y yo quedo dudoso de si se atreverá á consumar sus negros designios.

XXXIV

Se dice que el Ministerio de la Gobernación ha subvencionado al periódico y hay que escribir con tino. Nada puede decirse sobre Romero Robledo, si no es en son de elogio, porque nos ha asegurado que pasará muy pronto al campo republicano: sólo una tenue línea le separa. Hay un ministro que por ser amigo del señor de la barba plomiza, merece respeto.

Fuera de estas y otras cien tácitas prohibiciones, puede hablarse libremente.

Pero es el caso que yo no encuentro la necesaria libertad — ¡torpe! — y escribo como un galeote rema, haciendo la necesidad de cómitre. Deseo que el fecundo Roberto vuelva, y que el redactor enfermo acuda pronto.

¿Es falta de libertad, como creía entonces, ó es torpeza, como pienso ahora?...!

Dígolo porque un espontáneo colaborador ha encontrado la manera de decir cosas formidables y vitandas. Entra todas las noches, abrigado en lujoso gabán y con el veguero en la boca. Todos le saludan; sonríe á todos, y es su sonrisa la protectora y misericordiosa que otorgan los superiores por conceder algo que les cueste barato. Es monárquico el caballero; ha sido diputado; por muñidor de elecciones volverá á serlo; es viviente archivo de punzantes anécdotas palatinas.

Estos chismes, antiguos y modernos, está publicándolos. ¿Son memorias? ¿Son graciosos juegos con que distrae sus ocios? ¿Es atracción al periodismo que cultivó con poco éxito antaño? Dicen que no. Su prosa es trivial; el arte ausente. Añade quien le conoce que no es hombre malversador del tiempo, y pues que nada cobra, otro designio obscuro ha de perseguir. Qué designio, ignórase en la redacción, pero quizás se conozca en el despacho

interior donde le recibe el señor de la barba plomiza.

Aunque sin sales de ingenio, aquellas anécdotas se comentan mucho: la gente se divierte y en Palacio rabian. Ya se habla de una dama insigne expuesta á las befas de la calle. Las denuncias del periódico se suceden sin interrupción. Se proyecta hacer una edición en el extranjero que amplifique el escándalo. Mientras este punto se decide, prosigue enconada y difamatoria la campaña. Un día corre por Madrid la noticia de que la Escolta Real asaltará el periódico.

Ya se sabe lo que son estos asaltos en que siempre pagan justos por pecadores.

Toda la tarde está llena la redacción de gente que se ofrece devota á defenderla. El entusiasmo es tan impaciente, que se anhela el momento del asalto para repelerlo con ímpetu... Cuando el tropel de agresores desemboque en la calle, se cerrarán las puertas, se apagarán las luces, se defenderá la casa desde ventanas y balcones. Si hubiera que batirse en retirada, hay una puerta trasera que facilitará el escape. Algunos vehementes proponen que se apaguen las luces, pero que se deje franca la puerta principal para empeñar la lucha pecho á pecho. La prudencia vence. Se cerrará la puerta.

Á compás que la tarde avanza, los defenso-

res aumentan... ¡Qué júbilo!... ¡Campañas así se necesitan para realzar los ánimos!... ¡Viva la lucha y el escándalo!... ¡Muera la cordura que á todas horas nos predicen santones y farsantes!... ¡Lo que el periódico no haga, nadie lo hará!... ¡Viva el periódico que pelea y levanta huracanes en medio de la nacional cobardía!

La hora de cenar llega.

Los amigos de la casa se retiran dándose cita para luego:

— ¿Hasta las diez, señores?

— Sí; hasta las diez.

— ¡Que no falte ninguno!

— Nadie faltará.

— ¡Quien tenga armas, que las traiga!

— ¡Justo; pero convendría que aquí hubiese diez ó doce revólveres á disposición del que los necesite!

— Se buscarán.

Á las nueve y media llego al periódico. Allí están los redactores contando al director lo que por Madrid se dice. Los militares asaltarán el periódico entre once y doce.

El autor de los artículos no viene.

El señor de la barba plomiza ha enviado una carta diciendo que no se encuentra muy bien; pero que nos acompaña... en espíritu.

Una sombra se designa en los cristales. La puerta se abre.

Suenan aplausos. El director prorrumpe en el clamoroso «¡Hip, hip, hip!... ¡Hurra!»

— ¿Usted por aquí? — pregunta luego.

— ¿Creían que les iba á dejar en el momento del peligro?

Es un señor anciano, arropado con gabán de pieles y cubierto con sombrero de copa. La barba le blanquea.

— ¿Quién es? — pregunto quedo.

— El propietario.

— ¿Quiénes le acompañan?

— Dos mastines.

— ¿Cómo?...

— Los encargados de proteger las casas de juego.

Desde este momento el entusiasmo aumenta. Un joven dice al anciano:

— ¡Esta noche no queda de nosotros ni los rabos!... ¡Páguenos el último café!

— ¡Pide los que gustes!

Mira receloso en torno y exclama:

— ¡Observo que hay pocos defensores!...

— ¡Acudirán! — le dice risueño el director. ¡Si hubiese venido esta tarde sabría el entusiasmo que reina!

— ¡Ya sé que en Madrid sólo se habla hoy del asalto!

— En Palacio están irritadísimos.

— ¿Sí, eh?... ¡Créanme ustedes — prosigue el anciano con honda convicción, — no hay en

España palanca más formidable para derribar el trono que este periódico!... ¡Éste!... Si ustedes tuviesen perfecta conciencia de lo que este periódico es (un joven por lo bajo: «¡La tenemos, la tenemos!»); si ustedes se propusiesen trabajar con pasión y fe, no habría Gobierno posible, ni falso prestigio duradero, ni arraigarían las instituciones (el joven, por lo bajo: «¡Y á nosotros nos desarraigarían la cabeza!»), ni habría otra fuerza directora que nosotros... Aun así, toda la política española gira sobre este periódico: quiere, y determina crisis; dispara, y el Palacio Real se conmueve...

El director le mira fijamente con sus ojos lánguidos y no cesa de murmurar:

— ¡Es verdad! ¡Es verdad!

El anciano bebe un sorbo de café y mira al reloj.

— ¡Las diez!... ¡Y la gente no viene!...

— Los amigos se marcharon tarde y los militares no acudirán antes de las once.

— ¿Y están ustedes bien armados?

El director ha traído su revólver. Los demás estamos desapercibidos.

— Habían dicho que nos mandarían armas — dice un joven.

El otro le aconseja muy bajo:

— ¡Si las envían, á empeñarlas corriendo, pequeño!

El timbre del teléfono vibra. El último en hablar acude:

—¿Quién?

—¡...!

—¿Cómo?

—¡...!

—¿El jefe de día?

—¡...!

—¿Vendrán?

—¡...!

—Gracias. Páselo bien.

Cuelga el auricular y dice:

—El jefe de día telefonea. El gobernador militar ha querido impedir que los oficiales vengan; pero están muy irritados y se obstinan. Ha ordenado el jefe de día que esté alerta para acudir si hay peligro. Dice que espera en Fornos, donde podemos telefonearle si se acercan los asaltantes.

El propietario se encoge dentro de su gabán, y con voz insegura habla:

—¿De suerte que están dispuestos á venir?

—Así parece—contesta el joven.

—Y los defensores no acuden... ¡Buenos amigos tenemos!... Mucho hablar por la tarde, y ahora nos dejan solos... ¡Y ustedes sin armas!...

El director le recomienda:

—¡Por lo que pueda ocurrir, conviene que usted se marche!

—¡Sí; yo me retiro en busca de armas!...

Es una locura que estén desprevenidos... ¡Lo que más sentiría es que esos brutos me rompiesen las máquinas!

— ¡Eso por seguro! — le dice el director.

— ¡Vámonos; vámonos pronto!... ¡Hay que traer armas en seguida!... ¡Vaya unos correligionarios que tiene el periódico!

El anciano sale acompañado de sus dos mastines.

El director exhala un suspiro de satísfacción, y se acuesta en el diván.

Los jóvenes se marchan á tomar «un quince con seltz» aprovechando el dinero que para los cafés dejó el propietario.

El regente hace su molesta aparición:

— ¡Original!

Como no hay ni una cuartilla escrita, sentencia:

— Si las tijeras no colaboran, mañana no habrá periódico.

Empieza el trabajo. Un redactor va por las noticias del Juzgado; otro á recoger la información política.

En el reloj suenan las once.

El peligro se acerca.

Las armas no llegan.

Mis compañeros abren las ventanas y exploran un tejado próximo por si hay que huir. Luego bajan al patio para reconocer la puerta falsa. El director duerme.

— ¡Original! — demanda el regente.

Le ofrezco las cuartillas escritas, y con voz monótona dice:

— ¡No hay para empezar!

Recorto un cuento y se lo ofrezco.

Suenan las once y media.

El peligro debe de estar inminente. Con la preocupación no trabajan mis dos compañeros. Y el regente no cesa de insistir:

— ¡Original!

Cada vez que llega recorto en los periódicos de provincias para satisfacer su demanda.

Suenan las doce.

Los hermanos siameses llegan diciendo que los alrededores están en calma. Ya no hay peligro; se comenta la abstención de los militares, y nadie escribe.

El regente sigue importunando:

— ¡Original!

Á la una acuden varios correligionarios. Á las dos pasan de diez los armados de pistolas, cuchillos y palos. Á las tres parece la redacción un club. Se discute; se grita; se vocea.

— ¡Lástima que no hayan venido!

— ¡Pues mañana debe el periódico insistir en la campaña!

El regente aparece de cuando en cuando:

— ¡Original!

Y los entusiastas prosiguen:

—¡Hay que animar á la gente!... ¡Parecemos como muertos!

—¡Sí, señor; hay que excitar los ánimos, y hacer luego la revolución, si queremos ir á alguna parte!

El director cabecea soñoliento, y murmura:

—¡Á la mierda!... ¡Á la mierda iremos todos!

XXXV

Pasan los días.

El redactor enfermo asiste ya. Entra á media noche; se recuesta indolentemente en la mesa, la cabeza apoyada en la mano izquierda, y escribe cuatro, cinco cuartillas, sin releer ni corregir. Se levanta; se emboza en la capa, y sale lentamente.

Roberto ha vuelto. Amontona los periódicos al lado, y no tolera que nadie los toque. Su pluma corre vertiginosa; chupa el cigarro y sigue trazando líneas como surcos de rectas. Su letra es ilegible; pero está muy convencido de su clara y hermosa caligrafía. De tiempo en tiempo insulta á los jóvenes que gritan; pero sigue escribiendo como si en torno reinase paz de gabinete. De cuando en cuando, chupa el cigarro y espeta un chiste.

El redactor que me anunció su retirada, se

ha despedido. El director me anuncia que me adjudicarán su sueldo:

—¿Cuándo?

—Lo ignoro. Este mes, imposible. El propietario no ha vuelto; pero el juego va mal. La campaña contra Palacio cerrará las casas, y por las noches le tendremos aquí. ¡Paciencia un mes!

Á la fuerza habré de tenerla. Empeñé los mejores libros que traje del pueblo: era una colección que me costó treinta y siete duros, y sólo me han dado quince pesetas. Vendidos me ofrecían veinticinco. No quise aceptar, y he perdido todo: diferencia y libros. También he empeñado la poca ropa aceptable que me dejó Estanislao...

...¿Qué es de Estanislao, ahora que lo nombro?...

En estas andanzas ha llegado el último de mes y nada he sabido... ¿Se suicidó?... ¡Pobre Estanislao!... Preocupado en mi situación, no me curé oportunamente de repasar los sucesos cotidianos que publica la prensa, é ignoro si existe.

El juego cesa.

El propietario está aquí, y aunque todas las noches paga el café y de añadidura alguna cazuela de patatas con bacalao á las tres de la madrugada, reniegan de él; le llaman tirano; porque los holgazanes trabajan más. Más, no

quiere decir mucho. Quien no trabaja es el director. Ahora estudia mucho á los estoicos... Una noche hízole un redactor minucioso cuento de sus desdichas; el casero quería despedirle... El director le escuchó atento, paciente, estoico...

—¡Todo son contrariedades en la vida! —murmuró cuando el otro hubo acabado. —¿Quiere usted salir de ellas?

—¡Sí, señor!

—Pues bien, yo le salvaré.

—¿Me prestará el dinero?...

—No es necesario. Le prestaré á Séneca. Lea y medite el tratado sobre *La vida bienaventurada*, y tenga muy presente lo que dice sobre las riquezas.

Parece ser que la lectura de Séneca le confortó muy poco. El casero le arrojó á la calle, y él dió en meditar por cuenta propia. Fruto de sus desvelos ha sido un tratadito voceado á quince céntimos en la Puerta del Sol, que le dió muy buenas pesetas. Rotúlase: «Arte de no pagar al casero, y además sacarle dinero»...

¡Famoso director!... Tanto se ha encariñado con los estoicos, que está decidido á componer un libro sobre ellos... ¡Es posible!... Pero, ¿qué necesidad tiene de inspirarse en otros?... ¿No podía escribir *La Filosofía de la Indolencia?* Al menos sabe practicarla, y hasta se reputa

de mejor filósofo no escribiéndola; porque el escribir implica trabajo y quebrantaría sus preceptos.

XXXVI

Es día tres.

La puerta de la redacción se abre bruscamente y aparece una cara seca, demudada, de torvo mirar. Da dos pasos y se tambalea. Todos observan con sorpresa la inesperada aparición.

El aparecido pregunta por mí.

— ¡Estanislao!

— ¡Nolo!

— ¿Cómo está?

— ¡Como siempre, borracho!...

Dice balbuceando. Y en seguida:

— ¿Sabe á lo que vengo?

— Hable.

— Vengo á ajustarle una cuenta á ése...

«Ese» es el propietario, que le mira atónito. Los redactores se incorporan viendo la actitud agresiva del extraño. Uno toca el timbre para que acuda el ordenanza. Cojo del brazo á Estanislao y le conduzco á la sala de visitas.

— ¡Vengo á entendérmelas con ese viejo! — dice babeando.

— No sea impertinente, Estanislao.

—¿Le dan sueldo?

—Todavía no.

—Pues á eso vengo... Es un negocio que quiero arreglar esta noche... ¡Y no me alejo sin arreglarlo limpiamente!... ¡Ese hombre no abusa más, ó estorba en el mundo!...

La voz del propietario suena con gran dignidad en la redacción. Sin duda habla al ordenanza...

—¡Cuando vuelva no le dejes pasar, y si insiste lo arrojas por el balcón!

Estanislao se abalanza á la puerta, sacando el raspador. Le detengo; forcejeamos un momento, y como está ebrio, me cuesta poco trabajo arrojarle en una butaca.

—¡Déjeme, Nolo: he de matarle!

—¿Por qué?

—¿No oye?

—¡Si no lo dice por usted!... Es por un criado que despidió esta mañana y ha vuelto hace poco.

—¿De veras?

—¡Es cierto, Estanislao! Repóngase y vamos á dar un paseo. Está usted muy excitado.

—Antes de salir tengo que arreglar su asunto.

Como habla alto y afuera deben oirle, intento distraerle de su idea.

—¡Cuénteme qué ha sido de usted!... ¿No dijo que iba á matarse?

—Espere que recuerde... ¿No fué usted quien me acompañó á Fornos?...

—¿Ya lo ha olvidado?

—No estaba seguro... ¡Pues, sí; me propuse morir!... Era muy tarde cuando llegué á la Moncloa. Me senté bajo un árbol; saqué el raspador y poquito á poco me lo hinqué en el brazo... ¡Nolo, cómo dolía!... Exasperado, quise destrozarme la vena de un corte... ¡Á la una!... ¡Á las dos!... ¡Ahora va á ser...! ¡Á las dos, y á las...! Se me nublaron los ojos al sentir el acero, y caí desfallecido. —«¡Soy muerto!» —pensé... «¡Muerto soy!...» Un rato estuve esperando la llegada de la muerte con los ojos cerrados y sacudido de angustias...— «¡Soy muerto!...» Llegó el día; el frío arreció y me incorporé un poco, asombrado de verme vivo... Miré el brazo, y nada... ¡Ni sangre!... Recogí el raspador, que había caído al suelo, y no tuve ánimos de recomenzar el suicidio. ¡Me dió miedo, Nolo; mucho miedo!

—Me alegro infinito. Así vuelvo á verte.

—¡Gracias, Nolito; yo hubiera preferido morir!... Pero no dude: si me falta valor para matarme, me sobra para matar á otro!... Y yo vengo dispuesto á hacer una sonada con ese hombre, si no arregla lo de usted.

—Creo que lo mío se arreglará pronto.

—¿Cuándo?

—Quizás este mes.

—¡Veremos!... El primero del que viene volveré... Entonces habré cobrado y estaré borracho... Si no tiene sueldo el 2 de abril, mato á ese hombre, y el 3 asiste usted á los funerales... ¡Todas mis cuentas están echadas!... Estoy perdido; el usurero me persigue; soy incapaz de regenerarme, lo mismo que España... ¡Nolo, el día 2 muere ese anciano!... ¿Cómo está de dinero?

—Sin un céntimo. Luego pensaba pedir al director una peseta para comer mañana.

—¡Espere, que aun me queda!... ¡Siete!... Para usted.

—No las acepto, Estanislo. Usted también las necesita.

—Si las llevo, me las beberé ¡Guárdeselas!

—¿Y mañana?...

—Pasaré como este mes... Me levanto tarde; el camarero que sirve en la oficina me fía café con media tostada que le pago al cobrar, y por la noche ceno bacalao frito en una taberna... ¡Así vivo, Nolo!... Tome este dinero, porque si no lo acepta me lo beberé.

—¡La mitad, Estanislao!

—¡Todo, Nolo!

—La mitad.

—Sean cinco pesetas... ¡Justo!... Ya tiene usted dinero: ¿me convida á café?

—Vámonos á Fornos.

—Antes présteme el lápiz. ¡Las cuentas claras!...

Saca su ajado cuaderno y apunta en nuestra cuenta: «Entregado en efectivo, 5 pesetas».

XXXVII

¡Es terrible este catarro!

Empezó el día 6 y no me abandona. Toso con obstinación. En toda la noche abandono la capa.

—¡Métase en la cama y no salga!—me dice el director.

—¡Quédese en casa un par de días, y sude bien!—me dice compasivo el propietario.—¡Un buen vaso de leche con una copa de ron le curará!

—¡Seguramente!—le respondo, muy persuadido de que dice gran verdad.

Sin embargo, no me retiro y trabajo todas las noches arrebujado en mi capa.

Apenas entro en el salón de sangre y oro, levántase el más próximo á la estufa y me ofrece su silla.

—¡No se mueva!—le suplico.

—Yo estoy bien; siéntese ahí usted que está resfriado.

—¡Pero si no es fuego lo que necesito!

—No importa; siéntese.

Tengo que agradecer el buen deseo... Las espaldas se me tuestan; pero el catarro no amengua... La tos persiste... Sólo me liberto de ella cuando traen el café y tomo algunos sorbos. Y si por la madrugada traen la humeante cazuela, ni siquiera me acuerdo del catarro. Luego vuelve la tos.

El director se acerca de tiempo en tiempo á la estufa y hurga. Luego coge la espuerta del carbón...

— ¡Por mí no cargue!... ¡Se lo ruego!

Es una súplica acendrada que nunca atiende.

— ¡Hay que echar fuera ese catarro!

Y llena la estufa hasta no poder más.

Mis espaldas se achicharran. Sudo como debe de sudarse en los profundos. Cuando la estufa se pone al rojo blanco, temo caer asfixiado.

— ¿Por qué no se quita la capa, haciendo tanto calor?

Cuando esta pregunta me dirigen, tirito de frío así me esté ahogando.

— ¿Quitármela? No; me preserva del aire cuando abren las puertas... ¡Y es tan ligera, que no puede aumentar el calor!

Algunos ratos siento vahidos y tengo que suspender el trabajo:

— ¡Retírese!

— ¡Váyase á la cama!

Y como la tos no cesa, y es una tos seca,

violenta, que me desgarra el pecho, auguran mal.

Y los días pasan, tose que tose...

Llega mediados de mes y en la administración me pagan la primer quincena. El director no se había engañado al decir que el sueldo no superaría las setenta y cinco pesetas.

Por la noche llego á la redacción y me ofrecen la proximidad de la estufa.

— ¡Gracias, muchas gracias!

Voy á un diván y arrojo la capa.

Todos me miran asombrados.

— ¿Y el catarro?

— Pasó.

— ¿Tan pronto?

— Señores, ha sido un catarro de ocho días, á pan y agua.

Como no me comprenden bien, he de explicar las diversas fases de mi catarro.

— El día 5 tuve que empeñar por dos pesetas lo único que me quedaba empeñable: el pantalón que ahora llevo puesto. El 6 empezó el ayuno. Por la noche, el clavo de una silla enemiga me rasgó el pantalón viejo que llevaba, y con tanto arte rasgó, que ni unas tijeras hubiesen trazado tan hermoso triángulo. Para preservarlo tuve que apelar á la púdica ayuda de la capa. Á cada movimiento un poco brusco, el pantalón crujía, rompiéndose por otros lados. Cuando llegué á casa, el agujero

era tan grande, que me dejaba al descubierto tanto y además el muslo. Contra tal desastre no podían prevalecer hilo y agujas... Señores, hoy he cobrado; he desempeñado mi pantalón; he comido... ¡El catarro ya no es!

— ¡Pero aun tose algo — dice el director.

— ¡La costumbre!

XXXVIII

El estreno de *Electra* y el casamiento de la Princesa de Asturias han sublevado los sentimientos democráticos, que parecían dormidos. La redacción vuelve á recobrar el calor de un centro revolucionario. Hasta el director olvida á los estoicos, sacude la pereza y osa decir que escribiría si el ruido no fuese tanto.

El propietario, que participa, naturalmente, del entusiasmo colectivo y calcula el aumento de lectores, excita al director; mueve su amor propio; le empuja á un despacho reservado para que nadie le estorbe. Mientras escribe, el anciano impone silencio fuera; pero la fiebre republicana aumenta y las discusiones se acaloran.

Dos horas pasan.

El director sale con un puñado de cuartillas y llama á la imprenta.

El propietario grita:

— ¡Que se lean! ¡Que se lean!

Y los jóvenes repiten:

— ¡Que se lean! ¡Que se lean!

El autor se ruboriza un poco y se finge modesto.

— ¡Si no valen nada!

Coro general:

— ¡Que se lean! ¡Que se lean!

Nos sentamos todos y empieza la lectura.

Poco tiene de magistral el artículo. Está compuesto de palabras sonoras y lugares comunes, los mismos que los propagandistas republicanos de escaso meollo repiten en sus discursos para conmover al pueblo y calentar las pasiones.

El propietario interrumpe de tiempo en tiempo al lector, diciendo:

— ¡Muy bien! — ¡Así se escribe! — ¡De Rochefort!

Pero si es otro quien interrumpe, exclama:

— ¡Silencio y atención!

El regente toma las cuartillas. Se felicita al autor.

Primer joven:

— ¡Una Comisión del Ayuntamiento de Torrelodones te felicita por tu maravillosa obra!

Y le abraza efusivamente.

Segundo joven:

— ¡Mi enhorabuena, chico!

Al oído mientras le abraza:

— ¡Muy bien esa *reprise!*...

No han pasado cinco minutos y sabemos todos que el artículo es antiquísimo, lo ha copiado.

El director sonríe al conocerse la mixtificación y murmura acostándose en el diván:

— ¡Como todas las obras maestras, el artículo resulta de actualidad! ¿Para qué molestarse en escribir uno nuevo habiéndolos para todos los gustos y circunstancias en la colección?... ¡Bah, rueden los sucesos y volveremos á exhumarlo!

El vivaz renacimiento democrático en Madrid cunde por las provincias. También en ellas se representa *Electra* y se censura el casamiento de doña Mercedes con don Carlos de Caserta. Como siempre que los ánimos se reaniman, el propietario atribuye el fenómeno á la acción del periódico, y esto le sirve de tema para desatinar sin que nadie le rectifique... Sobre la muchedumbre republicana no hay otra fuerza directora que el periódico... Los diputados son pocos y sólo hacen oposición conveniida... Con otros jefes estallaría la revolución en seguida... Y pues ellos entorpecen, conviene que el periódico reasuma el mando.

Y propone que se medite la manera de hacer la revolución.

Al siguiente día pregunta qué se ha pensado.

Nadie ha pensado nada.

— ¡Yo tengo una idea!... ¡Que traigan café!

Un joven:

— ¡Es la mejor que se le podía ocurrir!... ¡Ordenanza!

— ¡No; la idea la expondré en seguida! Primero pide café.

El ordenanza llega. El joven le dice:

— Tres cafés; pero de esos que tú sabes para preparar la revolución.

El anciano le reprende:

— ¡Este muchacho todo lo toma en broma!

— ¡Si no es broma!... ¡Bien sabe usted que no hay café como el de la esquina para poner en revolución el vientre!

El propietario se levanta y pasea meditativo. La expectación es grande. Las sonrisas revuelan en los labios. El elegante más joven pronuncia muy quedo:

— ¡Vamos á ver qué tontería dice!

El peripatético se detiene y habla lento:

— No hay que pensar por ahora en una revolución militar...

El joven le interrumpe con viveza:

— ¡Ni pensarlo!... ¡Eso ni pensarlo!... Hasta aquí estamos conformes.

— Y no pudiendo pensar en el ejército...

— ¡Ni pensarlo!... ¡De acuerdo!... ¡Adelante!...

— ¡No me interrumpas, muchacho!... Y no

pudiendo pensar en el ejército, tendremos que hacer la revolución con el pueblo.

— ¡Necesariamente; porque los obispos tampoco nos acompañarían!

— ¡Calla, y sirve café!... Hay que preparar á la gente en las grandes ciudades...

— ¡Gran idea!... Y en un momento convenido todas las ciudades... ¿verdad?

— ¡Que calles y no me interrumpas te digo!... ¿Tú que sabes?... ¡Mi idea va mucho más lejos!...

Vuelve á dar algunos paseos, y se detiene. Con el índice levantado, sentencia:

— Haremos la revolución con partidas.

El joven no comprende bien. Los demás tampoco.

— Sí; levantaremos partidas en los montes. Diez ó doce en Sierra Morena; otras tantas en el Alto Aragón.

El joven no puede contenerse:

— ¿Partidas de ladrones?

— ¡Calla, majadero!...

— ¡Ah, comprendido!

Como el viejo ha vuelto á pasear, él extiende una mano y con la otra hace como si descartase.

El propietario continúa, pero ahora en tono vigoroso:

— Quince ó veinte partidas en el campo secundadas por la actitud revolucionaria de las

ciudades, basta. Hay que suspender algún tiempo la vida pacífica; impedir con la agitación de las ciudades la salida de tropas; debemos cortar los telégrafos; volar los puentes...

El joven aplaudiendo:

—¡El delirio!...

—¿Creen ustedes que la Monarquía resistiría un mes?

El joven se levanta muy serio:

—¡Imposible!... ¡No hay quien discuta ese plan!... ¡Cuénteme como un cabeza de partida!

El propietario prosigue en tono oratorio:

—Yo tengo la convicción íntima, vehemente, de que con quince ó veinte...

El joven vuelve á interrumpirle:

—¡No hablemos más de eso!... ¡Conformes!... Con quince ó veinte partidas bien montadas, la vida nacional es imposible... ¿Qué digo la vida?... ¡Hasta las haciendas pasan á su poder!

—Lo difícil no son las partidas.

—¡Lo creo! ¿Dispone usted de dinero para montarlas... en pie de guerra?

—Si no lo tengo, lo buscaré.

—Justo. Para eso no había de faltar.

—Lo difícil son las ciudades. Hombres dispuestos.

—Tampoco faltan.

—Pero hay que saberlos atraer.

—Se les invita. Aunque no hay necesidad...

—Es necesario darles cohesión. Formar organizaciones distintas de las actuales. Hay que seleccionar á los hombres de acción.

—Eso es; gente dispuesta á jugarse el pan de sus hijos y su propia vida.

—En esto hemos de pensar: á ver cómo nos atraemos los elementos de las ciudades para hacer algo nuevo.

—Pero no descuide usted las partidas.

—¡Bah, teniendo dinero es fácil echarlas al campo!

XXXIX

Durante una semana sólo se habla de partidas y de crear en las ciudades ambiente revolucionario. El señor de la barba plomiza es quien ha acogido con más calor la idea.

Una noche propone que deben organizarse grupos revolucionarios bajo la inmediata dependencia del periódico. ¡Guerra á los jefes y á las jefaturas! Cada grupo se compondrá de diez y nueve hombres para reunirse en cualquier parte sin trabas de la autoridad. Los afiliados serán hombres enérgicos, que todas las noches se acuestan pensando en la revolución... Como no se discute ningún disparate, se acoge éste con aplauso.

—¡La idea de esos grupos es originalísima! —exclama el propietario.

Y por miedo de que la reflexión la malogre, añade:

—¡No perdamos el tiempo! Hay que comenzar la obra en seguida. ¡Á escríbir un artículo ahora mismo lanzando la idea!

Y el señor de la barba plomiza escribe su artículo, que al siguiente día encuentra ¡naturalmente! buena acogida. Por la noche se llena la redacción de extraños, invitados por los amigos de la casa, gente anfibia incapaz de conquistar altas categorías y que tampoco se resigna á ser pueblo é identificarse con la muchedumbre del partido, formando el elemento intermedio del republicanismo, una clase híbrida sin talento ni abnegación, ávida de figurar en los Comités y en los Ayuntamientos, materia idónea donde la inmoralidad prende fácilmente y á su vez corrompe cuanto toca.

Durante dos largas horas discuten sobre la organización de los grupos entre gritos y nubes de humo. Luego hay que meterlos en un salón interior, donde prosiguen entusiasmándose y forjándose la ilusión de que van á ser los decisivos regeneradores de España.

Cuando se retiran falta de los armarios una docena de libros, que sin duda se han llevado con la plausible intención de ilustrarse.

Lentamente se organizan grupos. Los jefes acuden todos los sábados á la redacción para cambiar impresiones ante el propietario y el

señor de la barba plomiza, que no permite tratar en broma de los grupos. Si su nariz no se dilatara ni le palpitasen de cuando en cuando las aletas, podría creerse que hablaba en serio.

Pero, ¿quién sabe?

Una noche me llama á su despacho:

— ¡Tenemos que hablar!...

Y por cierto que me sorprende su gran seriedad.

Dichas esas primeras palabras, me ofrece un cigarro. Bien me viene, porque no tengo ninguno.

— ¡Sí!... Ahí fuera no puede tratarse nada grave... ¡Esos muchachos se burlan de todo!... Hemos pensado en usted.

— ¿Quiénes?

— El propietario y yo.

(Pienso en que van á aumentarme el sueldo.)

— ¿Y qué desean de mi?

— Ya habrá advertido que eso de los grupos marcha bien.

— ¡Ah!... ¿Cree usted...?

— Indudablemente. Dos diputados á Cortes que viven en intimidad con el pueblo, han aplaudido la idea. He aquí un artículo de ellos que mañana publicaremos. Están dispuestos á secundarnos fomentando los grupos en provincias.

— ¿Fían en esos diputados?

— Desde luego.

— Yo no.

— ¡Hombre!...

— Hace tiempo que conozco á esos farsantes.

— ¡Hombre!...

— Los he visto organizar motines y tomar el tren.

— ¡Sabe que tiene usted un modo de señalar!...

— Vital ó efímera, es una fuerza la que se manifiesta en esos grupos, y quieren utilizarla en su provecho. Los republicanos todos aspiran á cabeza de ratón.

— Pero no lo permitiremos. Este es un movimiento que el periódico inicia.

— Y que secundará los designios de ellos...

— Es usted mal pensado.

— Mucho. ¿Y qué relación puede existir entre estas cosas y mi llamada?

— Se lo diré brevemente, fiando en su discreción...

El señor de la barba plomiza se inmuta levemente. Para dar tiempo á que se disipe la nube de su turbación, se quita las gafas, limpia los lentes y se los cala.

— ¡Le diré á usted!... Deseamos que sea éste un movimiento transcendental y no diletantista. Hay que conspirar, y necesitamos hombres á propósito. Como usted no es nuevo en estas labores, me han encargado que le hable.

—Pues han perdido el tiempo.

—¿Por qué?

Observando su insistencia, le miro fijamente:

—¿Pero, de veras habla en serio?... ¿Cree usted en la eficacia de esos grupos y conspiraciones?...

—Sí.

—¿Cómo, siendo usted un escéptico?

—Hay que hacer algo.

—¿Y con esos diputados?

—¿Por qué tan receloso?

—Remataría todo en las cajas de Gobernación.

—Es usted implacable.

—Tuvo usted razón al decir que no soy nuevo en conspiraciones. Demasiado sé lo que tienen de ridículas y de peligrosas... ¡Gracias!... ¡Con revolucionarios profesionales, ni al cielo!

—Entonces, no hablemos más.

—No hablemos más.

El periódico prosigue su campaña, en que colaboran varios diputados. Los grupos se difunden por España, pero con lentitud.

—¡Poquito á poco iremos lejos! —dicen los iniciadores.

No mucho. Nakens ha iniciado una campaña en favor de la Unión republicana. Esta idea parece tan desatinada, que en el periódico

la toman á chanza. Hasta se escribe algo en que el respeto á su nombre apenas disfraza la burla.

Como entre republicanos todas las iniciativas — buenas y malas — se secundan, varios órganos de provincia, modestos, y por ello más sinceros, acogen la idea de Nakens y empiezan á condensar el estado de opinión que hace tiempo flotaba en el ambiente.

Pero encariñado con los grupos y la idea de la revolución por partidas, este periódico se muestra refractario á la celebración de una magna asamblea.

XL

Es domingo.

La calle de Alcalá está suntuosa. La gente se entreteje. Los coches pasan charolados, conduciendo mujeres que son caricia de los ojos, y los tranvías eléctricos zumban y se persiguen.

Voy distraído calle abajo mirando á la opuesta acera, cuando solicita mi atención la arrogancia de un tipo... Apostaría que es mi antiguo compañero, si tiempo antes no le hubiese visto viejo, abatido, desgarrado...

Cruzo la calle y me acerco al que con tanto énfasis camina.

—¡Estanislao!

—¡Nolo!

—¡Cuánto tiempo!...

—Pensaba ir una noche á verle; pero como me retiro tan temprano...

—¿Hace nueva vida?

—Míreme á la cara.

—Bien veo que está remozado.

—¡Y mejor vestido, eh?... ¿Cómo me sienta la ropa?

—Perfectamente. El traje no es nuevo.

—¡Chico, por cuatro duros no se puede pedir más! Fíjese en las botas y el sombrero... ¡Todo en muy buen uso!

—Explique esa mudanza, que me parece inverosímil.

—También á mí. Sin embargo, me regenero... Si no fuese por esta malhadada tos que me hace presa en la garganta... ¡Ejem, ejem!... Pues, sí; estoy cambiado.

—Cuénteme, Estanislao.

—Cuando nos separamos la última noche y dormí la borrachera, me invadió una tristeza tan negra y profunda, que otra vez pensé en el suicidio. El ánimo cobarde me disuadió. Dos días estuve encerrado, hambriento, sin osar presentarme en la oficina, pues gasté el dinero sin pagar á nadie. No pudiendo pedir á mis compañeros, ¿cómo pasar todo el mes? Recordé que tenía deudores antiguos, tal un perio-

dista ilustre hoy, que estuvo conmigo en *La Patria* cuando vino á Madrid... ¡Tiene talento, se lo reconozco, y es justo que sea ya diputado!... ¡También yo debía serlo!... Pues bien; le encontré en la Puerta del Sol; me invitó á tomar pasteles y Jerez en «La Mallorquina»; lo primero que tomaba en cincuenta horas. Luego me dió dos billetes de veinticinco pesetas. ¡Treinta y cinco duros me debía; pero en paz estamos y muy agradecido!

Estanislao se suspende bruscamente. Hemos llegado á Recoletos y marchamos por las veredas que hay entre los árboles. Me hace un gesto para que me desvíe, y luego :

— ¡No vayamos por aquí, que pueden vernos!

— ¿Adónde vamos, al Retiro?

— No; por aquí... Entre la gente pasaremos inadvertidos.

No comprendo bien á Estanislao; pero sigo sus indicaciones, y nos incorporamos al torrente circulatorio. Luego le suplico que continúe su historia.

— No recuerdo lo que decía. Mi cabeza se debilita.

— Decía que el periodista le convidó á pasteles y...

— ... y me dió diez duros, perfectamente... Nos despedimos en la puerta de «La Mallorquina», y como yo tenía en la boca el gusto de

lo dulce después de tan largo ayuno, volví á entrar para seguir comiendo... Tan flojo estaba, que á la quinta ó sexta copa el Jerez se me subió á la veleta. De «La Mallorquina» pasé al Colonial... ¡Y á propósito del Colonial... ¿Conoce usted á un tal Camilo Bargiela, de inmensos bigotes?

— Sí.

— ¿Y á Pío Baroja, un escritor rubio, avejentado?

— Sólo de nombre.

— En la mesa próxima estaban con varios amigos. ¡Pregunte á Bargiela cuando le vea! Creo que les insulté mucho; pero no recuerdo. Sólo recuerdo que les llamé modernistas y que diserté á grandes voces sobre el fin del arte. Bargiela se sonreía y atusaba sus grandes mostachos. (¡Palabra, Nolo, que dos veces sentí tentaciones de quemárselos!) Baroja repetía por lo bajo : «¡Qué tipo tan raro! ¡Qué interesante!»

»En el Colonial cené. El vino de la cena y el mucho hablar acabaron de embriagarme; pero no perdí mi total lucidez. Conservaba activo el recuerdo de las cincuenta horas pasadas entre hambres y llantos impotentes, y decidí no malgastar el dinero.

»Me retiré á casa, y por el camino fuí tomando algunas copas. ¡Algunas: esto es, diez ó doce! En la última taberna me dió por convi-

dar á tres mozos de cuerda que dormitaban en una mesa. Hablando, hablando, les dije que en una riña cuerpo á cuerpo, su fuerza cedería á mi astucia. Ellos decían que no; yo afirmaba que, gracias al boxeo, los vencería. «¡Con un arma, claro es que nos vencerá!», exclamaban. Tuve que explicarles el boxeo. El mío es rudimentario; pero me auxilio muy bien con los pies girando bruscamente sobre el talón izquierdo. Como la borrachera me comunica vivacidades y vértigos, al par que explicaba ejecutaba los movimientos. Llegué al giro sobre el talón; levanté el pie derecho, y sacudí la patada con tanto brío, que, dándole á un mozo en mitad del pecho, le tendí de espaldas, derribando mesas, vasos y botellas...

»¡Qué zalagarda, Nolo!... Al ver á su compañero como muerto y arrebatado de entusiasmo á mí, los otros se levantan, y yo los recibo boxeando con pies y puños. Ellos me pegan, yo les pego, giro y coceo; el mostrador cruje y retiembla de un puntapié que le asesto; el tabernero coge un palo y lo descarga en nuestras costillas sin piedad. No siento los golpes: cada vez más entusiasmado; brinco; giro; doy puñetazos; sacudo puntapiés; derribo mesas; rompo cristales... El sereno llega; nos separa á golpes de chuzo. Luego otras autoridades. Me obligan á pagar el gasto y los destrozos y

me conducen á la Delegación, donde paso en un sueño toda la noche.

»Por la mañana despierto dolorido y acardenalado. En el bolsillo interior del gabán encuentro treinta y dos pesetas y un décimo de la lotería».

XLI

—¿Damos media vuelta, Estanislao?

—Continuemos por la Castellana: tengo interés de ver á una señora.

—¡Hola! ¿Esas tenemos?

—¡Ji, ji! Se lo contaré todo, Nolito. Pues bien... ¿Qué decía?... Treinta y dos pesetas y un décimo... Ignoro por dónde me vino. Estoy casi seguro de no haberlo adquirido la noche antes, pues conservo reminiscencias de lo pasado. Sin duda lo compré el último día que nos vimos, y con la embriaguez perdí el recuerdo. Mi primer impulso fué de venderlo; pero me dió la corazonada de que el décimo, de tan inesperada manera aparecido, era de buen agüero... ¿Superstición?... Enhorabuena; pero no me atreví á enajenarlo ni dar participaciones á mis compañeros. Llegó el día del sorteo. ¡Nolito, asómbrese! El número estaba premiado... ¡Me correspondían cien pesetas!... Apenas recibí el dinero entré loco de contento en

una taberna... «¡Qué intentas!» — oí que me decía muy severa una voz interior.—«¡Lo ocurrido es una advertencia!» Pretendí dar media vuelta; pero el tabernero, ejerciendo de tentador, exclamó: «¿Qué va á ser, caballero?» — «Una copa de aguardiente... ¡No; de vino!... ¿Tiene zarzaparrilla?»—¡«Sí, señor!»—«¡Pues déme zarza!»... Pude vencerme, Nolo... ¡Aquel suceso me preocupó mucho!... ¡Voy creyendo que hay algo!... Por lo menos, ya no soy tan ateo como antes.

— ¿Es que en el ateísmo hay grados?

— ¡No hagamos distingos metafísicos, Nolo! Yo siento que los hay. Desde aquel punto no he catado vino ni aguardiente. Pagué con las cien pesetas los piquillos que debía á mis compañeros, compré esta ropa y me aboné en una casa de comidas. Ahora como todos los días, aunque modestamente. Yo, que conozco las tabernas y figones baratos de Madrid, ignoraba aquella casa... Por lo que pueda convenirle se lo digo... Está en la calle de Ferraz...

— Frente al cuartel de la Montaña.

— ¿La conoce?

— Concurrí una temporada.

— ¿Y por qué la abandonó, siento tan pulcra?

— Por demasiado lejos.

— ¡Pues, allí voy!... Como el usurero me devora, he buscado trabajo extraordinario, y

todos los días saco ocho ó diez reales copiando pliegos... ¡Me regenero, Nolo!... ¡Estoy contento!... ¡Si no fuese por esta tos que se me aferra á la garganta!... Como todos los días; tomo café en la oficina; fumo cuanto quiero... ¡Vida ideal!... Ahora sólo aspiro á libertarme del prestamista. Cuando mi deuda finiquite ya me habrán dado el próximo ascenso en el Consejo. Con eso y con las ganancias del trabajo extraordinario me casaré. ¡Me casaré, Nolín!

—¿Es cosa decidida?

—Por mi parte, sí. Supongo que ella no se opondrá.

—¿La conoce?

—De haberla seguido. No es muy joven ni muy guapa. Tanto mejor. En esta rectificación de mis hábitos sólo aspiro á una vida serena... ¡No la veo por aquí!... ¿Damos media vuelta?

—Volvamos.

—Luego pasearé ante su casa, y cuando transcurran algunos días me declararé. Estoy decidido... ¿Pero qué tendencia siente usted á desviarse de la gente, Nolo?...

—Me molestan los codazos, Estanislao.

—Pero pasa uno inadvertido. Ya no quiero que se fijen mucho en mí.

—¿Quiénes?...

—¡Quiénes han de ser!... Los que pasean...

—¿Y por eso desea ir entre ellos?

— ¡Naturalmente!

— No lo entiendo.

— Porque es usted un animal... ¡Perdone, Nolo!... De tiempo en tiempo todavía me irrito... Yendo entre la gente, sólo pueden observarnos los inmediatos. Solitarios por las veredas, se fijan todos... Cuando yo era joven y presumido, jamás me perdía entre la muchedumbre. Iba distante, con mi chaquet y mi sombrero de copa, siempre fingiéndome indiferente ó distraído. Como era varonil y afectaba aires de triunfo, todos reparaban en mí... ¿Qué tal, Nolo?...

— Muy digno de usted. ¿Y cuando iba acompañado?

—Adaptaba mi actitud á la calidad del acompañante... ¿Era inferior? ¿Vestía con modestia?... ¡Qué aburrimiento! ¡Qué resignación!... Unas veces inclinaba la cabeza y marchaba meditativo, dando á entender que sólo por cortesía soportaba al compañero. Otras, contemplaba el cielo ó paseaba la vista por el concurso ocioso. Con leve impaciencia me quitaba el sombrero; me lo ponía; me batía con el bastón en la pierna; desviaba nervioso las chinas que en el camino encontraba... ¿Era persona de suposición — diputado ó senador, general ó banquero—el que á mi lado venía?... ¡El caso era distinto!... Adoptaba entonces aire de igualdad; le escuchaba atento, pero sin permitirle

hablar mucho, para tener ocasión de mostrar mi confianza, gesticulando con arte. Unas veces me detenía para hacer uso de la palabra ó para escucharle, y reanudaba en seguida el paseo. Otras me fingía excitado, para que la rápida acción de las manos y la cambiante vivacidad del rostro retuviesen la atención de la gente, que odiaba como gente y adoraba cuando de mi figura dependía... ¡Nolo, qué tiempos aquéllos!... ¡En fin, la noche viene!... ¡Voy en busca de mi dama!...

XLII

Siguen fundándose grupos.

Las partidas ya están en acción.

No son las que habían de manifestarse en Sierra Morena, sino las que hacen un Sierra Morena de cada pueblo. Ya hay montadas varias en provincias.

En Madrid se han abierto varios Círculos, y del más importante forman algunos redactores la Junta directiva. ¡Así resulta económico y queda todo en casa! Durante los primeros tiempos el negocio va bien, y de sus pingües dones participan muchos. Una noche se muestra el propietario en el periódico, mudo, malhumorado. Viene del Casino principal, regiamente amueblado, porque sus pobres nervios

no pueden resistir la presencia de aquel malhechor que se le lleva el dinero...

Es un joven, un estudiantón de Ingeniería... Ha recibido algunos miles de pesetas, y el muy perdido está cambiando de carrera. Ahora sigue la del azar. Entra en la sala del juego... y los dueños salen súbitamente indispuestos cuando le oyen decir:

—¡Diez mil pesetas!... ¡Veinte mil!...

Luego no repara en las fichas. Las pone á manos llenas, impasible, inexorable, como si supiese que jamás ha de perder. Los más avezados al juego se estremecen cuando él apunta, y descuidan el propio dinero para observar la suerte que corre el del joven.

—¿Cuánto hay de mesa?—pregunta á los banqueros con fría voz.

—¡Veintisiete mil quinientas pesetas!—le responden trémulos.

—¡Copo!

No es manirroto como otros jugadores. Viste con modestia. Gasta con sobriedad. Deposita sus ganancias en el Banco de España.

Todas las noches entra en la sala del crimen y todas hace temblar. La Fortuna es su madrina.

Sombrío y exasperado, el propietario huye de Madrid para no ver al joven que le roba su dinero, y cae en Santander, donde el negocio está en auge, y hay mujeres de olé y un Sardi-

nero que es gloria, y unos parajes para ir de broma que hasta á los viejos remozan.

Entretanto la redacción está desierta. La Junta directiva ronda la mesa del juego ó se divierte en la fresca Bombilla, mientras sudamos en el salón de sangre y oro tres ó cuatro sujetos insignificantes, perdido ya todo estímulo, ciertos de que allí «quien más pone más pierde». El periódico se hace de recortes, y cuando falta artículo político se reproduce de un colega provinciano. Esto basta para mantener despierto el entusiasmo republicano hasta que llegue el momento de hacer la revolución. Por las partidas sin duda.

Hastiados esperamos una noche la hora de retirarnos, cuando á un redactor se le ocurre abrir el cajón de una mesa. Está rebosando papeles. Al cerrar caen algunas cartas. Nadie se fija en ellas hasta que entra el redactor más joven, elegante, trascendiendo á violeta. Recoge los papeles, desdobla uno: lo repasa y rompe. Lee otro: sonríe y se lo guarda. Lee el tercero: su rostro se inmuta. Termina la lectura; dobla el pliego con cuidado; busca el otro, y, sacando la cartera, los archiva.

El que abrió el cajón le pregunta:

— ¿Qué es eso?

— ¡Nada, nada!

— ¿Por qué te guardas las cartas?

El joven ríe cínicamente, y exclama:

— ¡Son dos talismanes que me harán invulnerable!... ¡Hay que vivir prevenidos en esta casa!

Y se marcha satisfecho.

Apenas ido se reconoce el cajón de la derecha. Los primeros sobres contienen recomendaciones, originales rechazados y quizás no leídos, esquelas y volantes. Luego una carta que intriga. Es de una personalidad muy conocida en el partido republicano, preguntando: «¿Cómo va nuestro *negocio?*» (subrayado). «¡Qué *negocio* será éste?», pregunta quisquilloso el expurgador. Entre varias cartas sin interés aparece una que revela audacia descarada, y más adelante otras, que piden á gritos la intervención de los tribunales. El expurgo continúa durante un cuarto de hora, y todas las cartas caen luego en el cajón. Los comentarios son breves y aislados:

— ¡La inmoralidad del brazo con el descuido!

— ¡Y que así se engañe á la gente!

— ¡Famosos documentos para escribir la historia del republicanismo español en sus últimos años!

— ¡Esos papeles, bien negociados, valdrían algo!...

Al siguiente día el cajón no estaba tan repleto.

Al segundo lo estaba menos.

Después, sólo quedaron papeles inútiles.

XLIII

El ordenanza se me acerca :

— Ese amigo que ha venido otras noches le espera.

Dejo la pluma y voy en su busca :

— Buenas noches, Estanislao.

— Buenas, Nolo. ¿Sabe á lo que vengo?

— Diga usted.

— ¡Á matar la redacción!

— ¿Con el raspador?

— ¡Con este puñal!...

— Enséñemelo.

— ¡No, que me lo quitaría!

— ¿Y cómo tan cruel, Estanislao?

— Porque en esta casa se realizan todos los días innumerables infamias.

— ¡No exagere! Diga que algunas. ¿Y usted será el vengador?

— ¡Yo; sí, señor!... ¡Yo, que soy ahora socialista!... ¿Quién ha escrito esos artículos contra los socialistas?

— Si va á matar al autor, no se lo digo.

— No tenga cuidado...

— Pues he sido yo.

— ¡Nolo!...

— ¡Entendámonos!... Yo escribí los primeros...

— Pero esos en que se insulta á mi compañero Iglesias...

— Hasta ahí llegué.

— ¡Nolo, un abrazo!... ¡Qué peso me quita!... Aquellos primeros artículos estaban muy bien... ¡No le creía capaz de tanto, Nolito!... Pero no se envanezca, presumido: bien en cierto sentido. Usted nos censura á los socialistas por no querernos asociar á los republicanos en elecciones y campañas comunes... ¡Buen daño nos hizo!... Como que en el partido se designaron dos tendencias que amenazaban escindirlo... ¿Pero es posible ir seria y dignamente con los republicanos á ningún sitio?... No hablo del pueblo. El pueblo es en todas partes un animal que tiene la virtud de la sinceridad. Hablo de los otros... ¡Peste!... ¡Pero dígame quién ha insultado á Pablo Iglesias!...

— El autor no está ahora.

— ¡Pues necesito saberlo!... Es una canallada decir que Pablo cobra de Gobernación... ¡Y lo dicen aquí, donde cobran de Gobernación y de donde pueden!... ¡Peste!... ¡Vamos á ver, Nolito: ¿usted cree que mi compañero Pablo es capaz de cobrar subvenciones del Gobierno?

— Porque no lo creo abandoné la campaña por mí iniciada, cuando otros la encaminaban hacia la diatriba.

—¡Nolo, otro abrazo!... ¡Qué gusto me da oirle, Nolito!... ¿De manera que es más de uno el que difama al compañero Iglesias?... ¡Los nombres, los nombres pronto!... ¡De aquí no me voy sin clavarles este puñal!...

—¡Guárdeselo! Creerán que le envía Pablo.

—¡Digan lo que quieran! Yo los mato porque estimo á mi jefe, y no permito que le ultrajen impunemente. ¡Sí, señor; yo sé que Pablo es muy honrado! Lo sé por Diego, que es gran amigo mío, y le presta dinero para que pueda comprar medicinas. Sí, señor; porque Pablo está enfermo del estómago y Diego es soltero y gana seis pesetas de regente en una imprenta, y es gran amigo mío... Diego no me engaña, y ayer me prestó un duro, y por él soy ahora socialista...

—¿Por prestarle el duro?

—¡No sea bruto, y cuidado con ofenderme!... Ha de saber que soy socialista porque necesito de la fraternidad, y entre los republicanos ya no existe. ¡Sí, señor!... Diego es para mí un verdadero hermano, y yo necesito calor; vida; interesarme por los demás, y que los demás no me abandonen... ¡Usted también me abandonó!... ¡Parece mentira que todos me abandonen, Nolito!...

—¡No llore, Estanislao!... ¿No me dijo que iba á casarse? En la mujer encontrará el consuelo que necesita...

—¡No me hable de mujeres! ¡Peste con todas!... ¡Ni una buena!

—¿Y la que rondaba?

—Último desengaño: vieja, fea y seca. Además, guasona. ¡Convénzase, Nolo: las mujeres son todas malas!... ¡Burlarse de mí!... Si fuese joven y guapa, pase... Pero es vieja, fea y con cinco hijos...

—¿Viuda?

—¡Casada, hombre!... ¿Cree usted que eso está bien?

—Muy mal, Estanislao.

—Desengáñese, la mujer es un ser inferior... ¡Lo dicho, y no me vuelvo atrás!... Una mujer casada, fea y con cinco de familia, debe meterse en su casa y no entretener á los hombres. Lo que he dicho muchas veces á usted: la mujer carece de corazón... ¡No me hable de la sensibilidad femenina, Nolo!...

—¡Estanislao, no digo nada!...

—Irritabilidad... ¡Ahora comprendo lo fea que era!... ¿Pero cómo pude enamorarme de aquel espantajo?... ¡Peste, hoy no me enamoraría!... Sin duda estaba trastornado... ¡Bueno; yo creo que mi estado natural es el presente: borracho perdido; lo anormal el estar sereno!... Por eso me enamoré de aquel arenque con faldas en estado anormal... ¿Vamos á tomar una copa, Nolón?...

—Gracias; sabe que no me gusta.

—Pues, café... ¡Vámonos á Fornos!... Todavía me quedan dos pesetas del duro que me prestó Diego.

—Mejor es que las guarde para mañana.

—¡Peste; no se preocupe nunca del mañana!... «¡El pan nuestro de cada día!...» El mañana es cosa de los débiles: á los fuertes sólo debe de interesarnos el presente, mejor dicho, el momento actual... ¡Vámonos!...

—Espere que recoja el sombrero.

—¡Y á propósito; yo creo que había venido á algo!...

—Á matarnos.

—¡Justo!... ¿Qué hago, Nolo?

—Déjelo para otro día.

—¡Bueno, sea por usted!... Pero anuncie que si insisten contra Pablo Iglesias, me emborracho una noche, entro aquí puñal en mano y asesino á media redacción. ¡Palabra, Nolo!

XLIV

Muerto y enterrado está el estímulo.

Alguien dijo una gran verdad comparando este periódico á los pasillos de las casas: necesarios para ir á las habitaciones; peligroso deteniéndose en ellos, por correrse el riesgo de recibir un mal aire.

Sánchez Díaz, uno de los corazones más sa-

nos de la España actual, me ha enviado una crónica. Como el director está en París, la entrego al señor de la barba plomiza.

Hay grandes fiestas en Madrid. La gente llega hacinadísima y asfixiada, quejándose de las Empresas. Sánchez Díaz, que es un enemigo jurado de las sórdidas Compañías ferroviarias, ha escrito una crónica estridente denunciando abusos.

El director interino la lee:

— ¡Muy enérgica! ¡Demasiado enérgica; pero nos conviene! Hace tiempo que deseábamos combatir al Mediodía.

Pasan cuarenta y ocho horas, y recibo otra crónica del mismo autor, que supera en pasión á la primera. El director la lee y nada me dice, Sánchez Díaz me pregunta, y yo pregunto.

— Es impublicable — me contestan.

El tiempo pasa.

Se ofrece ocasión de censurar oportunamente al Mediodía; pero nada se dice. Significo mi sorpresa, y un redactor discreto me anuncia sonriendo:

— ¡Qué tardío es usted en enterarse! ¿Ignora que estamos muy bien con la Compañía?

— ¿Desde cuándo?...

— Hace tiempo. Desde que se publicó la crónica de su amigo...

— ¿Sánchez Díaz?

— Exactamente. Cuando entregó usted la

segunda, el tratado de paz estaba ya signado.

— ¡Pero es inverosímil!... ¡Se necesita haber llegado á las heces de la degradación para traficar con artículos firmados!... ¿Y la Compañía creerá, sin duda, que el autor tiene parte en el negocio?...

— Puede ser...

Desde entonces resuelvo no escribir, en espera de mejor momento. Los meses pasan tristes y lánguidos recortando telegramas de la prensa nocturna y pegando los de Fabra. Como el sueldo aumenta con penosa lentitud, empiezo á traducir obras extranjeras; escribo á una Agencia cinco, seis, siete artículos diarios (¡treinta y cinco, cuarenta y dos, cuarenta y nueve cuartillas diarias!), para ganar cinco, seis ó siete pesetas... Hueco el cráneo, doloridos los huesos, agotadas las fuerzas físicas, no tengo otro modo de distraerme y reponerlas que componer un libro, por cuya publicación en el periódico nada cobro, pero que aun he de pagarlo... Y aun dijeron algunos que había pulido con exceso el estilo é inventado cosas... ¡Para primores y fantasías estaba!

El propósito de no escribir artículos he de quebrantarlo forzosamente. El juego se reanuda en Madrid, y á la redacción nadie acude. Llega un día en que á las cuatro de la madrugada no hay fondo, y me pide el regente que escriba dos ó tres cuartillas para no empezar

con la información. Las noches siguientes sucede lo mismo.

En esto, se susurra que el orden público va á perturbarse en Barcelona. Es un empleado público, amigo del periódico, quien lo dice. Trátase de una negra intriga que villanamente urden los Ministerios de Gobernación y Guerra para declarar á Barcelona en estado de sitio. Tan absurdamente trágica parece la noticia, que no se cree.

Pocos días pasan.

De Barcelona llegan telegramas anunciando sangrienta perturbación del orden público. En la Barceloneta se ha celebrado un mitin ácrata; se han repartido hojas con excitaciones subversivas; ha intervenido la Guardia civil; un obrero refugiado en la escalera de una casa, ha rodado muerto á balazos.

Recuerdo lo que noches antes contó el empleado — empleado tal que ni siquiera de mediatas referencias juraba saberlo, sino por modo inmediato y activo — y escribí un artículo en que procuré poner mínima parte de la irritación que sentía. Previendo la denuncia, recomendé que lo leyesen antes para corregir lo vitando. El artículo apareció íntegro al siguiente día.

Por la noche fué el señor de la barba plomiza quien se encargó del fondo. Al retirarse me dijo:

—¿Quiere usted sustituirme mañana?

—¡Si no hay remedio!...

—Me siento delicado, y se lo agradecería mucho... Conviene que insista en los sucesos de la Barceloneta. Han telegrafiado esta tarde que se envíen seis mil números mientras dure la agitación y se sostenga la campaña.

Por la noche cumplo el encargo. Por la mañana aparece el artículo mutilado, desgarrado, incomprensible y zafio. Las censuras que yo había estampado contra Gobernación referíanse ahora á las «autoridades», sin poderse inferir qué autoridades: las de Madrid ó las de Barcelona. La campaña sigue por imponerlo la actualidad, pero anodina y lacia.

Transcurren algunas semanas y los redactores comentan—zahiriéndome con burlas fútiles — lo ocurrido durante los pasados sucesos. El ministro de la Gobernación había retirado las 2.000 pesetas mensuales con que subvencionaba al periódico, y había deseos de vengarse. Los sucesos de la Barceloneta sirvieron de ocasión. Poco importaba que el primer artículo lo hubiesen denunciado... ¿No había editor responsable?... Pues á la cárcel ó al presidio él. Lo conveniente, hacer daño al ministro. Yo fuí el instrumento de que se sirvieron. Pero el ministro era ducho en aquellas guerras y apagó los fuegos enemigos restableciendo al siguiente día la subvención. Por eso mi segun-

do artículo apareció cojo, manco, inofensivo...

Esto dicen á grandes voces, entre chanzas y veras, mientras yo me irrito.

— ¿Están seguros de lo que cuentan?

Y ellos ríen, siguen riendo piadosamente, y me llaman ciego.

— ¡Infeliz; no sólo Gobernación subvenciona!... ¡También Instrucción Pública!... También Marina!...

— ¿Y á nosotros nos pagan un sueldo mísero para traficar con nuestros artículos?

— ¡Cuestión de tráfico!

Toda la noche la paso sintiendo rugir profundamente la irritación, pero sin encontrar sobre quién descargarla. Al siguiente día me siento en la mesa, rudo, despechado...

— ¿No trabaja? — me pregunta Roberto, que desde hace una semana preside los trabajos.

— ¡No trabajo!

— ¿Por qué?...

— ¡Porque no quiero!

El pobre Roberto, que nada debe y es otra víctima, inclina la cabeza y sigue escribiendo meditabundo. Me parece que le he dañado con la acritud del tono...

Si todos callan, aquí cesara el enojo; pero un redactor — el más joven de los elegantes — me pregunta:

— ¿Pero qué le sucede?...

Una interjección, y un torrente de invectivas:

—¿Qué ha de sucederme?... ¡Que esto es una cueva de ladrones!... ¡Que en esta casa no se respeta nada ni á nadie á trueque de obtener dinero!... ¡Que un día se hace *chantage* con el artículo de un colaborador generoso y al siguiente con los míos!...

Roberto sigue escribiendo.

El propietario se retira á un despacho interior.

El señor de la barba plomiza exclama:

—¡Sin duda le han informado mal!... ¡Aquí no se cultiva el *chantage!*

—¿Está usted seguro?

—Segurísimo.

—Pues las cartas de ese cajón dicen otra cosa.

—¿Qué cartas?...

—No mire; desaparecieron y sólo queda lo inútil.

—Pues yo juraría...

—No jure. Anteanoche mismo hubo *chantage*... ¡Anteanoche!... Los representantes del *trust* azucarero entregaron dos mil pesetas...

El señor de la barba plomiza se demuda.

—Pero ignoran que en la cartera traían tres mil duros para comprar la benevolencia del periódico. Se conformaron con poco. ¡Han perdido trece mil pesetas!

El señor de la barba plomiza se demuda más.

XLV

Los republicanos se han unido en memorable Asamblea. Difícil es decir si en el concepto público pertenece la diestra al Rey ó á don Nicolás Salmerón. Créese que en un espacio de seis meses mal contados podrá restituirse á España el gobierno republicano.

¿Y luego?

Fuera de Costa, nadie se interesa en lo porvenir. Lo capital, reinstaurar la República. Los monárquicos lo han hecho tan mal, y se dan tan poca prisa en hacerlo mejor, que cualquier cosa parece preferible.

Yo pienso de distinto modo; pero como no soy personaje, apenas murmuro lo que pienso.

Pienso que á España amagan desdichas mayores que las pasadas; pues el desastre no fué la pérdida de Puerto Rico, Cuba y Filipinas, suelos fecundos en nutrir ladrones, sino la pérdida de cien mil vidas en plena lozanía.

La desdicha que amenaza es el triunfo de los republicanos... De los que han de ejercer autoridad é imperio...

Por mi insignificancia he podido circular entre ellos sin ser reparado, y estudiarlos en sus intenciones como en sus gestos de falsos

caballeros del progreso. Los contemporáneos de la Revolución y la República saben mucho, estudian más de lo que el vulgo literario se figura. Viven en los libros las ideas modernas; pero son incapaces de adaptarlas á su país é imprimir rumbos nuevos á su partido. Dicen que el pueblo es inculto — y por Dios que nada dicen nuevo, — y acusando al pueblo quieren justificar su falta de acción. Otros extreman el desprecio añadiendo que sobre inculto es ingobernable — y por Cristo que son injustos. — Si no fuese tan crédulo y fácil de ser conducido, ¿cómo prevalecería tanto charlatán que por buena fe popular medra?... Tanto han abusado de ese pueblo infeliz, que ya empieza á escarmentar y cuesta más trabajo conducirlo. Quizás cuando se haga ingobernable para sus viejos pastores, empiece á ser gobernado.

Los viejos son ineptos.

Los jóvenes son una calamidad...

Los viejos desprecian al pueblo. Los jóvenes, por odio á los viejos, lo adulan bajamente. Aquéllos han sentido celos de éstos, y nada han hecho por ayudarles á vencer las grandes dificultades que la indiferencia ó la envidia suelen oponer al que empieza á culminar; éstos — pobres, ambiciosos, quizás con honradas ambiciones al comienzo — han sabido aprovechar la malquerencia de la gente con-

tra sus jefes, calentándoles la cabeza con discursos en que dominaban los ajados tópicos del año 60 y ofreciéndoles la revolución en plazo perentorio, fingiendo que conspiraban, inventando la industria de la conspiración. Que me dejen entrar en Gobernación, y digo cuánto ha costado al Estado el oficio de conspirar. Los viejos nada han hecho por educar y transformar al pueblo; los jóvenes han hecho cuanto han podido para pervertirlo y rebajarlo. ¡No hay que acusarle, señores: tal como es, vuestra obra es! Cerca de siete lustros os ha tenido de preceptores: una generación cronológica que le habéis ofrecido con reiterada porfía la República, segura, irrefragablemente, para un momento cercano. Y no habéis sido capaces de educar á las tres generaciones de ciudadanos que en ese lapso de vuestra propaganda han pasado de la edad adulta á la ancianidad, de la juventud á la edad adulta y de la infancia á la juventud... De senectud ha muerto la fe antigua, falta de savia ideal, y hoy sólo quedan: — hombres sin prestigio y chalanes, arriba; indiferentes y demagogos, abajo. Entre unos y otros, gente sin conciencia ó de conciencia asequible al ruin halago: traficantes de votos, mercaderes de destinos, jovenzuelos sin talento ni cultura, pero candidatos á personajes por repetir en la tribuna—la tribuna española, que debiera volar

por el ridículo ó por la dinamita — artículos de Alfredo Calderón (uno que por no hablar se morirá de hambre); fragmentos de Costa (otro que debía de habernos hecho el bien de quedarse en casa ó patear á los idolillos parlantes), juicios recibidos por la mañana en la prensa, y que ellos fortifican con insultos y obscenidades, llevándoles á la cárcel por una temporada: dulce persecución, martirio grato que les granjea el socorro metálico del correligionario, la defensa del periódico, el adjetivo que le encanta, el nombre, el prestigio, el porvenir en fin...

Siga el engaño...

La unión se ha hecho...

El pueblo inculto é ingobernable lleva á las Cortes triple número de diputados que antes tuvo.

Concreción del general entusiasmo es un súbito florecimiento de periódicos que en todas las provincias se fundan.

Por cansancio de Madrid y ansias de libertarme, acepto una dirección. Como es en una ciudad aragonesa, me seduce la sugestión del nombre, la cordialidad de la gente.

¡Aragón!...

¿No suena á franqueza?

¡Y es tanta la hipocresía de Madrid!...

SEGUNDA PARTE

I

La redacción está instalada en un cuarto de la imprenta, pequeño, polvoriento. Allí me esperan los redactores. Son casi todos antiguos periodistas, que han aportado algunas pesetas para fundar el periódico. Uno me dice:

—Como los aragoneses somos muy francos, voy á decirle la verdad entera. Nosotros mismos propusimos que viniese usted...

—Muchas gracias.

—Aquí hay periodistas capaces de dirigir; pero como los demás no habíamos de considerarnos inferiores, preferimos que sobre nosotros mande uno de fuera.

—Sí que habla usted claro... ¡Adelante!...

—El Consejo de Administración le concederá amplia libertad; pero como usted es forastero, no tendrá inconveniente en que nos pongamos de acuerdo para que en el periódico haya unidad de acción.

— Me parece necesario.

— Pues bien; yo creo que como se trata de hacer la Revolución y lo demás es accesorio, debemos hacer un diario enérgico, radical, de notas agudas.

Otro redactor disiente :

— Pero en esta ciudad siguen predominando los antiguos posibilistas, y para que el periódico viva ha de ser moderado y hacer como la antigua *Derecha:* no combatir á ninguna persona y limitar sus censuras á las colectividades : Ayuntamiento, Diputación, Gobierno, etcétera. Hay que publicar folletines de crímenes y aventuras, revistas de modas, santoral, curiosidades y chascarrillos...

El primero le interrumpe :

—¡No prosigas!... Bien se ve que no puedes despojarte de las influencias que sobre ti ejercen tu parientes. ¡Quieres traernos el posibilismo ñoño, y eso no puede ser!

—¡Y tú las populacherías del arroyo, y por eso no podemos pasar!

Otro redactor menos extremoso interviene :

— Señores: á la fundación del periódico han concurrido todos, y de todos debe ser. Unos días habrá que aflojar y otros que estirar. Eso es función del director.

— Justo; eso es función mía. Presiento que seré un excelente templagaitas.

—Pero tenga en cuenta—dice el primer ora-

dor—que las fuertes cantidades las han aportado los conservadores.

—Pero el pueblo—replica su impugnador—también ha adquirido acciones, y tiene empeño en que el periódico responda á sus anhelos.

—¿Cuántos accionistas hay?—les pregunto.

—Pasan de trescientos.

—¿Nada más?—digo asombrado.

—Es una obra esencialmente democrática.

—¡Trescientos amos!... ¿Quién templa tanta gaita?

—¡No se apure!

—Cierto; el apuro durará poco... Dentro de tres ó cuatro meses habrá triunfado la Revolución... ¿Y capital?... ¿De qué capital disponen?

—De seis mil duros.

—Dinero para un año... Sobra dinero; porque dentro de medio ya estaremos cansados de tener República en España.

Y pienso en Madrid, á donde habré de regresar muy pronto.

II

Los redactores siguen discutiendo con la autoridad que les presta el ser accionistas, parientes ó amigos de los jefes republicanos. Yo me retiro porque el Consejo de Administración me espera.

Fórmanlo hombres de autoridad, prestigio y dinero. Allí está el jefe del partido, abogado que reputa de ilustre la prensa local. Tiene unos cincuenta y cinco años; cetrino; la barba recortada le canea. Su continente es algo distraído. Su cara revela indolencia y cansancio. Sonríe con frecuencia, y su sonrisa no engaña: es la sonrisa del escéptico. Habla y muestra pesimismo invencible... Allí está un doctor, hinchado de abdomen y lleno de hinchazón en lo que dice, vulgar y agudo, sabihondo, despestañado, expulsado de varias ciudades y que acabarán por expulsarle de ésta. Allí otro jefe, septuagenario, de largas barbas mosaicas que, apenas iniciada la conversación, ya me ha dicho lo que por millonésima vez á los otros: me ha dicho que no cree en ninguna religión positiva; que su patria es el mundo; su familia la humanidad. Con ser tan extensa su parentela, no le sobra otra más reducida, compuesta de dos hijas que él no bautizó, pero que le bautizaron á hurtadillas... Hay también un abogado de barbita cana y mejillas rosáceas, viejo prematuro que aun no me ha mostrado sus artes, aunque las poseerá á fuer de abogado. Sólo sé que es sobrino de su tío, un ex ministro de la República, gran jurisconsulto, archivo de cuentos baturros, magistral hacedor de pajaritas de papel, y hombre tan enemigo de sobresaltos, que por él demolieron una torre

inclinada semejante á la de Pisa, que en caso de desplome le hubiese aplastado al aplastar su casa... Hay también... ¿Pero quién recuerda á esas otras caras inexpresivas que hay en todas partes?...

Luego de mucho hablar, el Consejo se constituye y el secretario me lee algunos papeles. En los acuerdos anteriormente adoptados hay uno nombrando á cierto redactor, que fué candidato para la dirección, «Delegado del Consejo...»

—¿Y ese delegado no podría servirles de director? —les pregunto.

—No; su misión es otra—dice el presidente.

—Pues tampoco yo sirvo para director con delegados que me fiscalicen y espíen.

Me levanto y llego á la puerta.

—¡Deténgase un momento! —oigo que me dicen. —¿Dónde va?

—Á esperar el correo que ha de devolverme á Madrid.

El sobrino de su tío me detiene; me aconseja; me invita á sentarme. Luego habla, habla mucho, abogado incansable, abogado de tonos conciliadores... Ya conozco la peculiaridad de este consejero... Él arregla á gusto de todos el primer desavío.

De allí salimos muy amigos. El presidente y yo paseamos algunos minutos juntos.

—¡Ya habrá observado—me dice—que los

señores del Consejo son muy buenas personas! El incidente del delegado nada significa...

— Sí, parecen muy corteses.

— Mucho; en el fondo son buenos... El señor de las grandes barbas padece la monomanía del librepensamiento; pero, ¡bah!, no hay que hacerle caso. Sin duda preferiría que el periódico fuese una especie de *Dominicales;* pero usted no le escuche y haga lo que guste; para eso se le han otorgado amplias facultades... El otro señor que le retuvo cuando se marchaba ya le habrá conocido...

— Parece muy conciliador.

— Mucho; muy buena persona. Hasta ahora no se había significado en política; pero como es sobrino de su tío, prosperará. En las próximas elecciones se le presentará concejal; el tío debe aspirar á que sea diputado... ¡Muy buen muchacho!... ¡Muy conciliador!... ¡El único que ahí puede temerse!... ¡No sé, no sé!... ¡El doctor!...

— ¡El doctor, qué?

— ¡No sé, no sé!... Habla bien; sabe entusiasmar al pueblo... Pero, ¡caramba!, es tan impaciente... En el fondo es muy bueno: un chiquillo... ¡Figúrese si le conoceré!... Cuando llegó á la ciudad fué en seguida á verme y ponerse bajo mi amparo: «¡Usted es mi padre!», me dijo. Un chiquillo, sí, señor... Muy bueno

en el fondo. Pero, ¡caramba!, es tan ambicioso. ¿Y los redactores?...

— Apenas les conozco.

— ¡Buenos muchachos!... Algunos tiran al monte; pero en el fondo son muy buenos... ¡Tienen sus preferencias!... Los hay que son parientes de personas muy significadas en la política, y procurarán llevar el agua á su molino... ¡Tenga un poco de cuidado!... ¡Pero muy buenos, es cierto!... Si alguno le desobedeciese, lo licencia. La ayuda del Consejo no le faltará... ¡Pero no creo que llegue ese caso: son muy buenos muchachos!...

Apenas separado del presidente, entro en un café. Allí está el doctor. Me habla de su vida bohemia en Madrid. Departimos sobre escritores y libros...

— ¿Me acompaña un momento y le enseñaré mi biblioteca? — dice.

— Con mucho gusto.

Vamos á su casa, y repaso los estantes. Dominan las obras sobre Medicina.

— ¡Siéntese! Necesito hablarle.

Lo había supuesto. Me ofrece un cigarrillo, y empieza:

— Por mis aficiones literarias y por ser amigo de sus amigos, debo considerarle á usted como un compañero y quiero darle algunos consejos. ¿Los acepta?

— Vengan.

— Pues bien; si por amor propio quiere usted salvar el periódico, es necesasio que le inspire un carácter radical, esencialmente radical, prescindiendo de cuanto intenten sugerirle otros. Se convencerá pronto de que este pueblo es revolucionario y no tardará en reconocer á qué hombre pertenecen sus simpatías... Cuando vine, el partido republicano estaba disperso: mi propaganda le ha dado cohesión. Se ha concedido la jefatura al presidente del periódico por la edad, por haber sido director general con la República y diputado luego; pero de hecho me corresponde á mí. Sé que inspiro envidias; sé que desean oponerme á otro joven de la provincia para que me haga sombra en los mitins: me río de todos... ¡Á todos les aventajo!... Soy el único que inspira confianza al pueblo... Al jefe del partido no le quiere nadie. Se convencerá usted pronto. Es escéptico; es taimado: de tarde en tarde se pone en contacto con el pueblo, porque le interesa. Aspira al acta de diputado para compartir la autoridad con el cacique conservador, y ser entre ambos dueños de la provincia. Así le tiene usted hoy consejero de Bancos y presidente de ricas Sociedades... ¡Un asco, créame!... ¿Y qué le diré del otro abogado de la barbita blanca, del viejo prematuro?... Por influencias del tío es profesor auxiliar de la Universidad; ahora le harán concejal; será luego diputado... Él será, es un

decir... Antes pondré yo el veto, que me considero con más autoridad y lucho sin tregua en favor del pueblo. Estoy ya cansado de sembrar trigo para gorriones. Lo que en Valencia sucede con Blasco y Soriano, se reproducirá aquí si intentan postergarme. Antes someteré el caso á don Nicolás Salmerón, y si me abandonase, iría resueltamente al rompimiento del republicanismo, seguro de que el pueblo me seguiría. Por eso le aconsejo que haga un periódico radical, pues sólo en el ambiente del pueblo podrá aquí vivir... Más ó menos pronto surgirá la escisión, y el periódico estará conmigo ó contra mí. ¿Conmigo? Perfectamente. ¿Contra mí? Fundaré otro, que no tardará en matarlo.

Bien entrada la noche, abandono al doctor. En la calle encuentro al señor de la barba mosaica.

—¿Dónde va usted? —me dice.

—Á casa.

—¿Le ha leído la cartilla el médico?

—Hemos estado repasando su biblioteca.

—¡La biblioteca, eh!... Mire; los aragoneses somos muy francos: no se fíe de ninguno.

—¡Hombre!...

—Le hablo en aragonés. Todos los del Consejo son unos farsantes. Presumen de republicanos, y ninguno lo es... ¡Embusteros!... Carecen de convicción. Se llaman librepensadores, y educan á sus hijos en los jesuítas. Odian

á la Monarquía, y andan del brazo con los caciques... ¡Embusteros!... Que hagan como yo: soy republicano, librepensador, y practico mis ideas sin preocuparme de lo que diga la gente. Por eso no me quieren... ¡Embusteros!... Pero esto se va á concluir muy pronto. El día que me canse me pongo en medio de la calle, y digo: «Ciudadanos, el que sea farsante puede marcharse con esos embusteros; los revolucionarios aquí me tienen si no hay otro mejor»... ¡Embusteros!... Setenta y tres años tengo, y no me han de vencer. Sesenta que soy republicano, y cuarenta y ocho que estoy conspirando...

— ¡Y la República sin venir!

— ¿Cómo va á venir con tanto embustero?... ¡No les haga caso, y créame! Un periódico librepensador y revolucionario se necesita... ¡Créame, y no haga caso á esos embusteros!... ¡Embusteros!...

— Se hace tarde...

— Ciudadano: salud y revolución.

III

Las elecciones de concejales se avecinan.

Ocho días antes aparece el periódico.

Celébranse reuniones públicas en todos los distritos, y los candidatos vienen luego á la re-

dacción en busca del elogio. Por la mañana cuentan las líneas que á cada orador se han consagrado, comparan las alabanzas, y los que se creen agraviados deploran ó se irritan, diciendo que todos deben ser iguales.

Hay tres ó cuatro concejales inteligentes; los demás son beocios, toscos y blasfemos, caciquillos en sus distritos, prófugos algunos de los partidos monárquicos.

—¿Por qué han designado á estos sujetos? —pregunto al conocer su rusticidad llena de malicia y sin ninguna aptitud para cargos públicos.

¡Ay, es que esta máquina democrática la han montado mal! Los republicanos sabihondos parecen fiar demasiado en la virtud de las ideas y olvidan el elemento más real de los hombres. ¡Pues no acatan como un dogma la inmensa vulgaridad de que los hombres pasan y que las ideas no mueren! Creyendo que lo democrático es que los Comités ó las Juntas de distrito designen á los candidatos, no los buscan entre los más idóneos, pues éstos se resisten á perder el tiempo en los casinos y tabernas donde la plebe concurre. Hay vivos y desocupados, republicanos profesionales, pequeños comerciantes, artesanos maltrabaja, que siempre andan en contacto con los correligionarios, y ellos son los que nombran Juntas, agitan los barrios, se proponen para con-

cejales ó designan al compadre que ha de serlo. ¡Y así han resultado los Ayuntamientos, donde la ineptitud é inmoralidad republicanas han rivalizado con las monárquicas en momentos de prueba!...

La prensa adversaria ha herido en lo vivo á tres ó cuatro candidatos nuestros. Recordarles sus antecedentes es sarcasmo. Contra uno dirigen rudo ataque personal. El desgraciado se me queja, porque al otro día no ve su defensa en el periódico.

— ¿No es personal el agravio?—le pregunto.

— Por eso me ofende.

— ¿Y desea que yo le defienda?

— ¡Es natural!

— ¿Y cree natural que yo ejerza de baratero haciendo mío el insulto que á cada republicano dirijan?

— Pero yo tengo derecho á que el periódico no me abandone.

— Después de aquella ofensa, lo consecuente es callar ó responder en la misma forma. Usted decidirá.

— ¡Me ha insultado un contrario, pues se le insulta!

— Traiga el insulto firmado, y se lo publico en seguida.

— Eso es función del periódico.

— Y función mía romperme luego la cabeza con su adversario, ¿verdad?... ¡Y por usted?...

¿Y quién es usted, que necesita de matones siendo tan bruto?

El correligionario da media vuelta y se aleja remordiendo denuestos contra el director del periódico, que no se ofrece por un modesto sueldo á apalearse con el primer deslenguado que ofenda á un republicano.

Las elecciones se celebran, ruidosas, pero no sangrientas. Todos los candidatos que presenta el partido vencen, y aun sobran votos para ayudar á los liberales amenazados por los reaccionarios. Los republicanos, llenos de ilusiones y anhelos de hacer reformas, tendrán mayoría en el Ayuntamiento.

Comunican su triunfo á Costa, le dicen lo que proyectan, y el gran hombre les escribe una carta alentadora, brillante y sabia como suya, que me entregan para su publicación.

Dudo.

Empiezo á conocerlos; ya entreveo sus ambiciones sórdidas; presiento ya sus futuras torpezas, y temo que pongan en ridículo al noble y apasionado enfermo.

No la publico.

IV

Mientras llega año nuevo, en que se constituirá el nuevo Ayuntamiento, los concejales

celebran frecuentes reuniones para trazar el plan de reformas que han de ejecutar. Todos convienen en que para hacer algo que satisfaga al pueblo, necesitan dinero. Para arbitrarlo se proponen vender algunos terrenos de la ciudad, concertar un empréstito de muchos millones, arrendar los Consumos á un traficante que los ronda.

En este punto comienzan á dividirse los pareceres. Á la ciudad conviene el arriendo; las clases alta y media lo defienden, pero el pueblo se opone. Un concejal, el presunto primer alcalde, ha jurado solemnemente en un mitin que antes de votarlo se cortará la cabeza. El gesto ha sido tan enérgico, que cinco mil oyentes han batido palmas.

Al siguiente día se arrepiente. Me dice que lo prometido es una temeridad, y que al periódico toca preparar la opinión para recibir el arriendo.

—Siendo tan varios los pareceres—le digo, —me cuidaré mucho de impugnarlo ni sostenerlo.

—Pues nada haremos de provecho. Las reformas ofrecidas á la ciudad son muchas; y sin dinero, imposible de realizarlas. El arriendo enjugaría el déficit municipal, y sirviéndonos de garantía contrataríamos un empréstito de veinticinco millones de francos, que ya nos han ofrecido. Con ese dinero realizaríamos

grandes obras: proseguiríamos el ensanche; higienizaríamos los barrios pobres; construiríamos el alcantarillado; daríamos abundante trabajo á nuestros correligionarios...

— Me parece muy bien cuanto dice; pero ¿por qué empeñó usted su cabeza como garantía de no votar en favor?

— ¡Qué quiere usted; los compromisos con la gente! Esa promesa me obliga á votar en contra cuando el asunto se discuta en el Ayuntamiento. Pero reconozco que el arriendo es necesario, esencial. Sin él fracasará la mayoría republicana, y no volveremos á presenciar elecciones como las pasadas. Usted debe de trabajar en favor del arriendo. Esté seguro de que no le pesará.

— Gracias; pero nada haré. Reúnanse concejales y consejeros, y si conviene haré la campaña.

— La mayoría opina en privado por el arriendo; pero como el pueblo no lo quiere, ninguno se atreve, fuera de los federales, á defenderlo en público.

— Pues si ustedes no quieren arrostrar esa responsabilidad, yo tampoco. Dirían que un forastero quería gobernar la casa. Sobre que mi defensa podría parecer interesada. Ya dice el arrendatario que cada paso en la ciudad le cuesta cinco duros.

La distribución de cargos encona á los con-

cejales. Todavía no están en posesión de la edilidad, y ya se marcan varias tendencias y se ahondan las incompalibilidades. Unos desean que la primer tenencia-alcaldía sea para el que empeñó la cabeza en el mitin, gran conocedor del Ayuntamiento, bien quisto de los empleados por haberles ofrecido aumento de sueldo. Otros no le quieren por haber militado en la Monarquía y ser dudosa su moralidad. Éstos proponen al abogado de la barbita cana, culto, conciliador, grato á la buena sociedad. Y el doctor quiere ser el designado, atribuyéndose más significación y méritos. Las restantes alcaldías y cargos públicos no suscitan menos disgustos, y viéndolos en esta puja de abnegación no puede dudarse de que sus sacrificios aportarán la República, y en pos la salvación de España.

V

Si íntimamente no reina la armonía, todo es de por fuera entusiasmo y esperanza de un próximo y definitivo triunfo.

Á los mitins suceden los banquetes. Recuerdo haber asistido á once comidas en un mes. Á los banquetes siguen los mitins. Los tribunos florecen y cuajan como fruto de bendición. Al resurgimiento del republicanismo debe España un lindísimo pimpollar de orado-

res. Como lo semejante produce lo semejante, los maestros que dirigen á la nación sólo oradores pueden incubar. Hay que alzar el corazón á la esperanza observando cuán rápidamente adelantan los jóvenes propagandistas, esos cachorros de la Revolución. Sin la francesa, ¡cuánto grande hombre ignorado! Sin la que late en España, ¡qué sería de este muchacho que ahora sale de la Normal, ó de su compañero, éste de voz aflautada que antes anduvo pintando puertas!... En los primeros mitins les he visto sonrojarse de modestia y les he oído balbucear triviales, inconexas frases. Luego han ido perdiendo el miedo: los aplausos les han dado brío, y ya son oradores perfectos que reniegan de sus oficios por humildes; tiran los libros; se hacen de rogar para concurrir á los actos públicos; organizan excursiones para extender por los pueblos la regeneradora propaganda republicana, sólo por la comida y algunas pesetas que suelen sacar al correligionario. También crean organismos políticos; miran como semejantes á los superiores; amenazan con rebeldías y escisiones; los miman en correspondencia asidua algunos diputados; se creen algo... Se creen algo, y luego discuten en el Ateneo de Madrid las relaciones entre la Iglesia y el Estado, y los carlistas les vencen. Pero resisten bien: pateando é insultando.

También los he visto acercárseme á la mesa

con tímida sonrisa en imploración de algunas líneas elogiásticas. Más adelante quejárseme de no conceder más importancia á sus discursos; decirles que ellos mismos se despachasen á su gusto, y tenerles que corregir el último noticiero: ni para tan poco servían.

Y son casi todos conocidos; populares todos. Algunos ejercen cargos públicos; otros han sido ya candidatos para la diputación. Prolónguese un poco la acción republicana, y serán representantes en Cortes.

¡Espléndida juventud! ¡Ella es la obra de la República sin republicanos! ¿Cómo no fiar en ella la educación y el porvenir de nuestra triste España?

VI

Querido Estanislao: Contesto á su carta tan extensamente como me lo autoriza el mucho trabajo y las no pocas preocupaciones.

Dudo de que pueda arraigar aquí. Con ser este pueblo uno de los mejores, tendré que huir pronto... Sólo la gente baja tiene fe en lo que predican; pero como los predicadores son malos... Los otros persiguen su negocio: influencia social, cargos públicos, reparar las mellas de su situación económica. Como ninguno goza de simpatías entre el pueblo, todos

se esfuerzan en desacreditarse. Su gran arma es la reticencia.

Personalmente apenas tengo fundamento de agravio; pero necesito hacer grandes esfuerzos de atención para que el periódico no sufra sorpresas. Son inteligentes los redactores; pero tienen particulares preferencias, y como apenas conozco la ciudad y son las múltiples cuestiones que han de resolverse sin unidad de criterio, figúrese mi situación violenta, empeorada con los diversos conflictos que estos señores suscitan. Como los jefes no se atreven á resolverlos por estar su autoridad muy disminuída y cualquier fallo podría mermarla en la parte agraviada, la dirección de este amorfo partido la ejerce de hecho el periódico. Esto halagaría á cualquiera, pero á mí me enoja por la necesidad de poner á tono tan grande y desafinada orquesta. Sin embargo, creo que lo hago bastante bien (¿no me aplaude usted?) y esta creencia me confirma en la antigua presunción de que yo sería un gran diplomático ó un insigne director de orquesta, si no fuese por este humor atrabiliario, que á lo mejor de la función me canso, tiro la batuta y dejo que cada músico toque como quiera.

Conociendo á la gente que me rodea — y dicen que es la mejorcita de España, — le declaro que sus consejos son muy cuerdos, pero aun no me decido á practicarlos. Como

usted padece la obsesión de Melquiades Alvarez, me lo ofrece de modelo. Le conozco muy poco, y en caso de imitar seguiría el ejemplo de otros, que harían aquí rápida fortuna. Tres ocasiones se me han ofrecido de obtener dinero, que he rechazado colérico. (Haga el favor de no encolerizarse conmigo.) Y en el horizonte aparecen otras que son verdaderas estrellas periódicas, pues muy de tarde en tarde se presentan.

Figúrese que hay un judío dispuesto á establecer los docks en esta ciudad, arrendar los Consumos y contratar un empréstito. Sólo para el arriendo puede disponer de 400.000 francos *pour faits divers,* y el éxito de la operación, de este periódico depende; pero no quiero comprometerme: quizás me llame usted tonto; otros me lo dirían seguramente. Á pesar de faltarle mi concurso, el judío cree realizar la operación... Es algo portugués este judío... Brinda destinos á periodistas é hijos de autoridades; gasta pródigamente; se habla de concejales monárquicos y republicanos que reciben cantidades, y sé de un rico carlista que ofrece su voto y busca los ajenos en favor del arriendo. Á éste no le ofrecen dinero... ¡Oh, le ofenderían prometiéndole un céntimo!... Lo hace desinteresadamente, por amor al embellecimiento de la ciudad; porque así se prolongaría una gran avenida, cuyo trazado coge

por en medio una larga fila de casas suyas.

Sin necesidad de recurrir á inmorales tráficos me sería fácil prosperar, querido Estanislao. Ya le he dicho cuán faltos están de prestigio los jefes. El pueblo se ha cansado de ellos, y quiere jóvenes. Varias veces me han dicho que necesitan de mí, y esta misma noche han dado á un redactor el encargo de suplicarme que me deje de libros y de literaturas, y que me ponga en intimidad con los correligionarios haciendo política y asistiendo á mitins. Ya ve cómo la oratoria — y perdone usted, que es orador — ha puesto al republicanismo. Para ser algo en él sobra el severo estudio y de nada sirve el escribir honradamente. Hay que parlotear en reuniones, fingiendo indignación y gesticulando como poseídos. Un año basta para granjear autoridad y nombre.

Como el procedimiento oral es inevitable, he recomendado que organicen clases nocturnas y conferencias instructivas en el Casino republicano; pero me dicen que la gente desea discursos fuertes. Sé lo que esto quiere decir: lo que yo propongo exige constancia y alguna preparación, y el hablar en el teatro ó en la plaza de toros es más fácil y el aplauso más ruidoso.

También les he dicho que den otra organización al pueblo estableciendo en él los firmes

vínculos de los intereses económicos. No me entienden. Les recuerdo la obra de Moreno Mendoza en Andalucía y de Rubén Landa en Extremadura, y la memoria apenas les recuerda esos nombres. Estos pequeños caudillos desconocen los primeros elementos de la acción social, y sólo quieren ocuparse en la política nuestra de cada día. Lo esencial es para ellos la Revolución, que en sí contiene el remedio de todos los males, y ya se impacientan de lo mucho que don Nicolás tarda en hacerla. Si los caudillos piensan así, no es extraño que el pueblo juzgue como ellos, tomando por primordial la República y por accesorio su contenido.

Termino esta carta.

Celebro mucho que haya encontrado la mujer que necesita. Ya conocí la noche en que llegué á Madrid que Fernanda estaba enamorada de usted, y hace una buena acción recogiendo á la pobre huérfana apenas muerta su madre. Le felicito, Estanislao...

VII

Sin duda mis correligionarios de esta ciudad son los menos malos. También ellos amenazan con riñas y escisiones, pero aun les quedan reservas de prudencia. De otras ciudades lle-

gan noticias alarmantes. En los Ayuntamientos donde los republicanos tienen mayoría, su administración supera en inmoralidad y malgobierno á la monárquica. Públicos se hacen escándalos inauditos, impudentísimos, que la prensa adversaria explota. Las clases neutras que Costa aportó al republicanismo, se arredran y desilusionan presintiendo mayores males si las concupiscencias se desatan con el cabal triunfo de los republicanos, y vuelven á su neutralidad antigua. La juventud estudiosa que ya estaba en trance de militar por una nueva España también decae de ánimos y experimenta instintiva repugnancia en confundirse con la turba vanidosa de los charlatanes que secan y pervierten cuanto tocan. Sólo la ingenua fe de la muchedumbre sigue creyendo en la perseverancia de la unión republicana, y en que su virtud podrá transformar á nuestra sociedad.

Las Cortes reanudan sus tareas, y los que rugían en los mitins como leones apenas balan como recentales. Algunos ni siquiera balan. En la anterior legislatura aun resonaron clarines de guerra y voces que parecían proféticas. Ahora callan. Dos nuevos, Zulueta y Gil y Morte, acreditaron los útiles conocimientos que atesoraron silenciosamente, distantes de los Casinos y Comités donde la mayoría de sus colegas se impuso. Los demás, interpelacio-

nes sin valor; discursos para pasar el rato.

¡Cuántos *Diarios de las Sesiones* he recibido! Marcados con lápiz rojo encontraba aquellos discursos, y al margen una súplica de los mismos oradores para que los publicase íntegros. Siempre eran los mismos; siempre los inútiles; los violentos charlatanes del mitin implorando circulación y aplauso.

Ni siquiera uno reproduje.

VIII

Al volver de cierto viaje me anuncian que un forastero me espera impaciente en la ciudad. Dicen que parece hombre sospechoso. Le han preguntado varias veces su nombre, y se disculpa siempre.

Estoy leyendo en el café y una sombra se coloca delante. Levanto la cabeza y veo á un extraño que me saluda ceremonioso. Mira suspicaz en torno, y sacando la cartera me ofrece media tarjeta.

— No comprendo — le digo.

En la tarjeta no hay nombre. Sólo una cifra.

El desconocido me cita dos nombres muy conocidos. En seguida continúa :

— Me han dicho que le presentase la media tarjeta, y que eso bastaba.

—Pero nada hay escrito, y como no me han avisado... Sin embargo, conozco mucho á las personas que le envían... Diga para qué me necesita.

—Traigo una misión revolucionaria. Soy el capitán...

—No prosiga... Estoy cansado de farsas revolucionarias, y no he de seguirle en ese camino...

—¿No le inspira confianza mi nombre?...

—No lo digo por usted. Le recuerdo de cierto motín tramado por oficiales, en que usted iba á la cabeza... Pero ya no creo en otros revolucionarios muy acreditados...

—¡Esté seguro de que ahora va de veras!... Mi regimiento es uno de los conquistados por la República, y yo he salido, autorizado por mi coronel, para visitar algunas ciudades donde hay fuerzas afectas y comunicar órdenes reservadas... Se necesita el concurso de esta guarnición, y necesito hablar con algunos militares para que luego venga otro de más autoridad...

—Yo á nadie conozco.

—No importa; pero hace usted falta para conspirar.

—Aquí hay jefes, hombres autorizados á quienes encomendar esas delicadas misiones.

—No inspiran confianza. Á las veinticuatro horas lo sabría el gobernador.

—Pues han sido diputados, ministros... Volverán á serlo...

—Para eso sirven; pero es necesario que nos juguemos carrera y vida los que nada hemos de ser para que ellos asciendan.

—¡Buen consuelo!... Vamos, pues, á conspirar hasta que demos en la cárcel.

El capitán me dice luego los «trabajos» que hay hechos en otras ciudades; me enumera las fuerzas comprometidas; me susurra nombres de generales y jefes que han solicitado dinero y luego se han retirado... Con gran amargura me comunica:

—¡Yo, en cambio, me encuentro en una apuradísima situación económica! He pedido mil pesetas y no quieren dármelas, diciendo que el tesoro de la República es exiguo... Es pobre y ofrece un millón de pesetas al general... ¿Qué hora es?...

—Las cinco.

—Tarde. Tomemos un coche, que en el campo nos esperan amigos.

Son dos viejos capitanes, que por sus significados radicalismos han de recatarse para comunicar.

Mi guía les dice las gestiones que ha realizado, y ellos le trasladan las impresiones que han recibido en los cuarteles. El elemento joven está bien predispuesto. Aconséjanle que hable con varias personas é insisten mucho

en que venga una autoridad superior que los reúna á todos.

El comisionado no se descuida. Estamos en los últimos días del mes, y como el primero del próximo ha de encontrarse en su regimiento para asistir á la revista de comisario, desempeña sus funciones temerariamente. Algunos oficiales se quejan del compromiso en que los pone con su impremeditación y atropello. Detiénelos en la calle; asáltalos en el café; los busca en su casa...

Una tarde entra jadeante y azorado en el establecimiento donde le espero:

—¿Sabe lo que me ocurre?

—Diga.

—He ido al cuartel próximo. Buscaba á un capitán que está de servicio, y al salir me he encontrado al coronel...

—¿Y qué?

—¡Un compromiso!... El coronel me conoce de Cuba... ¡Ya le contaré la historia!... Uno de los que firmaron la rendición de Santiago... Me conoce; sabe mis ideas; temo que no me haya saludado deliberadamente... ¡Es muy capaz de dar parte y que me arresten!... Estoy violento hasta que el capitán vuelva después del rancho...

El capitán llega oportunamente, y el forastero le pregunta con avidez:

—¿Y el coronel?... ¿Le ha preguntado el coronel por mí?

—Sí; me preguntó quién era el paisano que salía. Le dije que un amigo.

—¿Y nada más?

—Nada más.

—Iría distraído y no me conoció.

El joven capitán habla de otro coronel con mando, al que juzga republicano. El forastero le pregunta por su domicilio.

—¿Quiere usted visitarle?

—Hoy mismo, porque mañana he de marchar.

—No se aventure sin informarse previamente de sus opiniones, porque yo sólo se las supongo.

Á las diez de la noche va mi amigo á casa del coronel. Le dice quién es; le pregunta si está dispuesto á recibir un personaje que llegará pronto... El coronel le ruega que se explique mejor, pues no entiende aquella jerigonza. El capitán habla más claro, y el primero le interrumpe cuando se ha dado exacta cuenta:

—¡Suerte tiene de estar en mi casa!... ¡Si en otra parte me busca, estaría ya arrestado!... ¡Salga pronto!

El capitán sale corrido y viene á contarme el caso. Nuestra conversación se prolonga dos horas tratando de militares y paisanos que han de obrar de concierto, cuando un oficial entra en el café mirando afanoso. Al divisarnos, se acerca y murmura á su compañero:

—¡Huya sin perder tiempo!... ¡Han dado orden de arrestarle!

—¡Ladrón de coronel!—grita irritado el forastero.

—El no tiene culpa. Al cenar refirió en la mesa su visita; los hijos han enterado en el Casino á los ayudantes del capitán general, y éste ha dado orden de que se le presente usted... ¡Huya en seguida!

Cuatro días después me escribió desde su regimiento que había llegado sin novedad, y me daba el encargo de influir en un común amigo para que le prestase mil quinientas pesetas.

IX

«... daba el arriero á Sancho, Sancho á la moza, la moza á él, el ventero á la moza», los concejales monárquicos á los republicanos, los republicanos á los monárquicos, los que desean el arriendo de Consumos á los que no lo quieren, los que no pueden votarlo á los que á votarlo se niegan. El público los insulta y se insulta; hay mientes como puños, y hasta el abogado conciliador tiene que crispar los suyos para repeler otros más robustos que le amenazan. Los escaños consistoriales crujen; los pupitres resuenan furiosamente golpeados;

la campanilla presidencial no se oye entre tanto estrépito. Suenan amables requiebros:

— ¡Cochinos!

— ¡Canallas!

— ¡Ladrones!

— ¡Para robar, á Sierra Morena!

— ¡Farsantes!

Desde la tribuna pública bajan otros saludos:

— ¡Hi... de pu...!

— ¡Mamarrachos!

— ¡Os habéis vendido al arrendatario!

— ¡Valientes concejales hemos nombrado!

— ¡Esto acabará á palos!

— ¡Habrá tiros como se arrienden!

Los concejales íntegros que están dispuestos á votar el arriendo no aceptan algunas condiciones onerosas que hay en el pliego. Otros que han contraído con sus electores el compromiso de votar en contra, insultan á los primeros por no votar. La sesión termina como el Rosario de la Aurora. La excitación cunde en la calle, y se propaga á los cafés. Un concejal me dice rabioso:

— Esta noche iremos al periódico con un comunicado los partidarios del arriendo...

— ¿Pero usted es partidario?...

— Yo votaré en contra; pero quiero que se arrienden los Consumos. Si el periódico no sostiene nuestra actitud, ocurrirá algo grave.

— Bueno; adoptaré su actitud diciendo que el arriendo conviene, pero que nadie lo vote.

— ¡Amigo, que no estoy de broma!

— ¡Ya observo que obra muy en serio! Usted vota en contra, pero al que pretenda votar como usted le amenaza con meterle el puño por los ojos.

— No discutamos... Mañana se verá lo que hace.

Apenas me separo de éste, encuentro un grupo de cinco ediles disputando apasionadamente.

— ¡Á su casa íbamos!

— ¿Qué se les ofrece?...

— ¡Á decirle que los Consumos no deben de arrendarse.

— Pues que no se arrienden.

— Es necesario que el periódico nos ayude.

— El periódico será neutral mientras que toda la mayoría no se ponga de acuerdo.

— ¡Eso es defender á los otros!

— Y los otros dicen que defiendo á ustedes.

— ¡Este no es sitio de discutir!... Luego iremos á la redacción.

— Hasta luego, señores.

¿Qué hago, Dios mío?... Si hablo, mal; si callo, peor... Vamos en busca del ilustre jefe del partido: él, que es un abogado eminente, según dicen sus paisanos, propondrá alguna solución.

—¡Buenas noches!

—¡Hola!... ¡Muy buenas!... ¡Siéntese!

—¿Se trabaja?

—Sí, señor; estoy preparando un informe. Hoy es sábado, y pasado mañana tengo que ir á la Audiencia.

—Siento interrumpirle; pero ya habrá tenido noticia de la sesión...

—¡Sí!... ¡Caramba, caramba!... ¿Pero ha visto qué malas cabezas?

—Muy malas...

—¡Malas, sí, señor!...

—¿Y qué vamos á hacer?

—¡No sé!

—Me han amenazado con ir esta noche á la redacción.

—¡Caramba!... ¡Sí que serán capaces de ir!

—¿Qué me aconseja?

—Nada.

—Pero, ¿qué piensa del caso?

—Nada.

—Usted es el jefe.

—Resuelva el conflicto como pueda...

—Yo no puedo decidir...

—Pues yo me encojo de hombros.

—¡Llame á los concejales en calidad de jefe!... ¡Póngalos de acuerdo!

—¡Me lavo las manos!

—Es una cuestión de partido... La unión queda rota, y el periódico tiene que decir algo...

— Diga usted lo que quiera.

— Además, usted es el presidente del Consejo, y en un caso de tanta gravedad necesito que me asesore. Fíjeme su criterio.

— Piense en la mejor manera de contentar á los dos bandos.

¡Manes de Sagasta, acorredme para dar tiempo al tiempo! Aquella noche no acudo por el periódico; digo que hagan un somerísimo extracto de la sesión omitiendo insultos y puñetazos, y en un suelto aconsejo que se reúnan la mayoría republicana y la Junta municipal del partido, para discutir lo que más convenga á los intereses de la población.

El domingo no se hace periódico, y en estas veinticuatro horas de tregua —¡oh manes de Sagasta que me habéis inspirado!—se calman los espíritus belicosos...

De los belicosos concejales, se entiende; pues en los cafés se dice á grito herido que el primer teniente alcalde, el que empeñó su cabeza en un mitin, obtendrá del arrendamiento cincuenta mil pesetas. Otros concejales también recibirán modestas participaciones: dos mil, tres mil... Lo necesario para satisfacer sus apurillos económicos. Algunos se conforman con destinos. También los hay de éstos para presidentes y secretarios de Comités; para caciquillos de escaleras abajo, con tal de que puedan influir en la masa del partido.

¡Señores : no seamos muy severos!... ¡Si los hombres fuesen santos!... Pero en todas partes se sufren tentaciones, y ya dijo Henry Georges que cuando los capitalistas quieren conquistar al pueblo soberano... compran á sus directores.

X

El lunes se reúnen la mayoría del Ayuntamiento y la Junta municipal.

Los partidarios del arriendo — entre los cuales hay algunos que han de votar en contra — van llegando sombríos, reconcentrada la irritación que á veces se les escapa en un reniego dental, en un vivaz cuchicheo, en una peligrosa rotación del garrote. Se sientan á un lado dando guardia al primer teniente alcalde, que los acaudilla. Nerviosos, pero menos agresivos, se sientan en el opuesto lado los enemigos del arriendo capitaneados por el sobrino de su tío, que lo acepta en principio, pero lo rechaza en las condiciones propuestas. Entre ambos bandos nos colocamos los señores de la Junta municipal para servir de mediadores ó recibir los golpes de tirios y troyanos si á las malas razones siguen los buenos palos.

Preside el anciano de la barba mosaica, y á las primeras frases empieza la zambra. Moisés toca la campanilla.

— ¡Orden, ó levanto la sesión!

Un concejal :

— ¡Señor presidente, que aun no hemos empezado!

— ¡Silencio, ó levanto la sesión!

Tres concejales piden la palabra.

El presidente, malhumorado :

— ¡No hay palabra!

Un concejal, haciendo de la irritación ironía:

— ¿Pero hemos venido á discutir ó á rezar? Puede el señor presidente sacar el rosario.

Moisés tonante :

— ¡Eso es burlarse de mis convicciones!... ¡Yo no rezo nunca!... ¡Se respeta mi autoridad, ó me retiro!

Varias voces :

— ¡Silencio, señores, silencio!... ¡Respetemos á la presidencia!

Moisés se calma :

— ¡Ha terminado el incidente! Tiene la palabra el primero que la pidió.

— ¡Yo!

— ¡Yo!

— ¡Yo!

El presidente :

— ¿Quién va á ser?

Por unanimidad se le concede al primer teniente alcalde, que empieza á hablar en tonos conciliadores. En seguida me tributa un caluroso aplauso (¡gracias; ya sé adónde vas!) por

la habilidad de eludir en el periódico la refriega del sábado, dando tiempo para que los ánimos se aquieten. Luego invita á común concordia. Algunos de sus secuaces murmuran y otros le interrumpen acusando á los de enfrente; pero él los modera con gran tino.

Habla después el abogado de la barbita cana, que supera al anterior en cordialidad, y todos se echan encima una capa de satisfacción. La protesta va por dentro.

Para eludir compromisos propongo que el periódico sea neutral, abriendo una sección libre y que digan cuanto quieran amigos y adversarios del arriendo.

Al siguiente día la inauguro, recomendando á los comunicantes que sean breves. Las opiniones llegan por docenas: cortas pocas, regulares algunas, de tres ó cuatro columnas casi todas. Los partidarios del arriendo dicen que otorgo preferencia á los del no arriendo; los de éste juran que me inclino por los primeros; los que por la abundancia esperan turno, sostienen que no quiero publicar sus juicios; los reprobados gritan que soy parcial...

De la provincia llega un artículo proponiendo que en todos los Ayuntamientos de España donde haya concejales republicanos se celebre un mitin en fecha fija para solicitar de los Poderes públicos la abolición de los Consumos.

Esta idea prendió en mí. Luego de mucho

pensarla y darle vueltas, me figuré que no sería temerario iniciar un movimiento nuevo y solidario entre todos los Ayuntamientos republicanos, no por el medio ineficaz del mitin, sino congregando á sus representantes en una magna asamblea, donde podrían elaborar un común programa que á la vez sirviese al partido: autonomía municipal, supresión del impuesto de Consumos, mutua ayuda para contrarrestar la acción de gobernadores y caciques... La Unión republicana todavía era fuerte y entusiasta; los Ayuntamientos aun no estaban muy corrompidos, y la calidad de la población de donde podía partir la iniciativa, dábale más garantías de fecundidad que cualquier otra.

Comuniqué el pensamiento á la Junta provincial y lo aceptó íntegro, disponiéndose para trasladarlo á las demás Juntas de España. Escribí algunos artículos que no fueron desoídos en las otras regiones, y en seguida á tres ó cuatro diputados, que aceptaron la idea y me dieron algunos consejos amplificando su base y asociando nuevos temas. Quien no contestó, según costumbre, fué el jefe del partido, y para recibir su opinión me encargaron que hiciese un largo viaje. Inseguro, receloso, me dijo que el proyecto de la magna asamblea sería de superior eficacia con previas garantías de realización; pero estando dependiente de mu-

chas contingencias, era preferible desistir, porque su fracaso entorpecería otras acciones del partido...

¿Qué acciones?...

¿Estábamos en vísperas de la revolución?...

Esto se decía á su alrededor; pero al observar su pasividad é irresolución, me permití el desacato de escribir á los que me enviaron á visitarle, que «era perder el tiempo suponer que con aquel señor se podría ir á ninguna parte».

Los meses pasaron.

Los Ayuntamientos republicanos se desacreditaron por su depravación y esterilidad... De pronto renace la idea de la asamblea, sirviéndole de teatro la misma ciudad y de órgano el mismo periódico. Pero ahora sólo asisten los Ayuntamientos de tres ó cuatro regiones, cuyos representantes discuten con tanta pasión como poco éxito.

Lo gracioso es que en todos los trabajos de propaganda se leía como antefirma: *el iniciador*... Pero el iniciador fué otro. El firmante se adornaba con plumas ajenas.

XI

De tránsito para Madrid se detiene dos días el personaje que me anunció el capitán huído.

Pasa como un viajero y no se recata. Estando en el teatro llaman á la puerta del palco. Abro y entra un caballero alto, de recio bigote pintado.

— ¡Mi general! — exclama el que llega.

— ¡Mi general! — dice el forastero.

— ¡Cuántos años sin vernos!

— ¡Bastantes!

— ¿Me han dicho que estuvo usted esta tarde en la Capitanía?

— Fuí á visitarle.

— Me encontraba de paseo... ¿Y cómo por aquí, mi general?

—Hacía diez años que no veía esta ciudad... ¡Está muy transformada!

— ¡Mucho!

Hay una larga pausa.

El intruso es el gobernador militar. Con agudos ojos mira á su colega, queriendo leer ocultas intenciones. Superior en indiferencia, el forastero coge los gemelos, revisa el teatro y dos jóvenes próximas cautivan su atención:

— ¡Buenas hembras, vive Dios!...

El general gobernador se inmuta :

— ¡La mayor es mi esposa!

— ¡Ah!... ¡Muy linda su compañera!

— ¡Mi cuñada!

— ¡Ah!

Deja los gemelos y se tira del bigote.

El gobernador militar se repone :

— ¿Y qué hay de política?

— ¡Nada!... El pan nuestro de cada día... ¡Todo igual!... ¿Y usted está bien aquí?

— Regular. Estos fríos me dañan. Prefiero un gobierno de Andalucía...

Siguen hablando de cosas triviales hasta que tocan tercer aviso. El general gobernador se despide.

— ¡Buena plancha me tiro si le encuentro esta tarde en la Capitanía! — me dice el forastero cuando se cierra la puerta.

— ¿Por qué?

— Este general era liberalísimo y se ofreció en cierta ocasión á... — ¿Nos escuchará algún indiscreto?—Fiado en sus antecedentes, fuí con propósito de hablarle. Hace una hora me dijo el coronel que el pobrecito sólo va donde su señora le lleva. Y donde le lleva todas las mañanas es á los jesuítas... ¡Inconveniente de que los viejos se casen con muchacha joven!... ¿Y es guapa, verdad?...

— ¡La cuñada también!... ¿Y dice que ha visto al coronel?

— ¡Sí!... ¡Es tonto!... Mire que ofrecerle el ministro de la Guerra el mando de un regimiento y decirle que no podía aceptarlo por ser republicano... En fin, mientras haya otro más idóneo ó de superior categoría, hemos de conformarnos... Él hablará con los militares que me ha indicado usted, y cuando estén dis-

puestos vendré clandestinamente para conferenciar. Si algo imprevisto ocurre, no tarde en tomar el tren... ¿Sabe ya quién explorará al general?

— Sí, pero es inútil. Nada hará.

— Lo mismo creo. Esos tipos gustan de adornarse con jefaturas, proclamar la revolución en mitins y banquetes, ser diputados é ir á la mano con los demás caciques; pero cuando han de aventurar su tranquilidad se quedan en casa y no se les mueve ni con amenazas. Son los peores parásitos del republicanismo; creen poner mucho dando cuatro cuartos ó defendiendo al correligionario pobre, y para ellos son los respetos y la autoridad y los cargos de lucimiento.

— Si vuelve el capitán, como me ha escrito, ¿qué hago?

— Pues no le haga caso.

— ¿Es algún farsante?

— No. Su regimiento nos es afecto; pero hay señores que se meten en conspiraciones de once varas sin estar autorizados ni poderles desautorizar, y el capitán obra por cuenta de ellos.

— ¿Los dos que lo recomendaron aquí?...

— Cierto. De uno nadie puede dudar; pero no basta. Esta acción ha de ser unilateral, y á nadie escuche usted si no viene delegado por mí ó por el otro jefe.

En el expreso que pasa por la ciudad á las dos de la madrugada, parte al siguiente día el forastero. Sólo yo le despido. Al retirarme observo que un bulto camina paralelo. Al pasar bajo un farol parece reconocerme:

— ¡Buenas noches! — me dice muy fino.

— ¡Buenas noches! — le contesto.

En seguida me habló gravemente: «¡Nolo: por meterte en aventuras que no te importan acabarán metiéndote en otro calabozo!... ¡Ojo!... ¡Este inspector de policía quizás no sepa nada; pero no te fíes de inspectores que saludan fino, porque son todos unos traidores que gozan en el mal del prójimo».

XII

Es una carta de inseguras líneas que ostenta grandes manchas. Algunas han caído sobre lo manuscrito, corriendo la tinta y haciendo casi ilegible el texto. Sin duda Estanislao ha borrajeado en una taberna. Dice:

«Querido Nolito: ¿Cómo lo pasa? Yo bien cuando estoy borracho; mal si me hallo cuerdo. Desgraciadamente, estoy cuerdo casi todos los días, y esto me hace muy infeliz. Fernanda sufre una grave afección á la vista, y como no puede ganar, lo poco que yo aporto hemos de compartirlo entre ambos. Es una existencia in-

sufrible, Nolo. Antes tenía derecho á beberme el sueldo: ahora es imposible. No me quejo de Fernanda, aunque otro en mi caso la abandonaría. Ya sabe usted que tengo buen corazón. Y la pobre me es muy afecta. Figúrese: noches pasadas me dió la embriaguez por que me acompañara, y sin haber protestas me siguió de taberna en taberna bebiendo conmigo. Como no olvido la manía de mover pendencias cuando apuro demasiado, la moví tan grande, que Fernanda y yo dormimos en la prevención. Desde entonces se ha aficionado de tal manera, que hasta el aguardiente he de compartir con ella. ¡Si al menos tuviésemos aguardiente!...

»Pero nos faltan los veinte céntimos que necesitamos para comprar la gloria; porque el dinero es un dios que reina sobre los reyes, gobierna al mundo y lo concede todo. Y usted es un animal si no acepta parte de una soberanía que le ofrecen generosamente. ¡Dinero, Nolo, dinero!... Amén de lo que usted me dijo en su carta, sé algo que ignora, y por eso le escribo. Anoche hablé ante el Oriental con un republicano que se llama su amigo, y que va á esa ciudad frecuentemente. Díjome llamarse Melina, Melilla ó algo así. Para más detalle, por si esos nombres no acordasen con el suyo, le diré que es un hombre como de cincuenta años, bigote recortado, calvo, con una calvicie roja

muy fea. Otras señas personales: desde que se levanta hasta que se acuesta habla de la República y del «ilustre jefe»; llama á todos los hombres, blancos pardos y negros, «ciudadanos», y á los mozos de café «funcionarios».

»Pues bien; el judío que quiere arrendar los Consumos y contratar el empréstito de veinticinco millones ha venido á Madrid para darle el encargo de que le visite y ofrezca dinero si está dispuesto á secundarle. Aunque no me ha dicho la cantidad, he inferido que no es puñado de moscas. ¡Ánimo, Nolito, y présteme mil pesetas!

»El tal Mélida, Melilla, ó como se llame, le ha hecho á usted el disfavor de no aceptar el encargo, temiendo que á la primer indicación le diese dos puntapies en las espaldas (*).

»¡Es un escándalo, Nolito, perder un montón de dinero que le haría mucha falta andando el tiempo! Aunque el Melina no le hable, esté prevenido; pues ocasiones tales no suelen repetirse en la vida. Yo perdí la de ser gobernador ó diputado cuando Sagasta hizo ministro á López Domínguez, y ahora me encuentro viejo, triste y sin diez céntimos para aguardiente. Si usted deja escapar ésta de ser rico, acuérdese de mis palabras: siempre será pobre... ¡Nolo,

---

(*) Una mancha que emborrona el texto no permite leer bien esto último. — (*Nota del copista.*)

no sea bestia, que sólo de pensarlo me irrito!... Acepte el dinero: cuanto más, mejor; que teniendo dinero, estimación y honra no ha de faltarle. Cúbrase el riñón con billetes de mil pesetas, que en tenerlo bien cubierto podrá dejar el periódico y subir al polo como desea, sin miedo de que el polo baje á usted. ¡Nolo, que no hay frío como el de la miseria!... Si cree que está entre justos, se engaña: lo que usted deje, cien caimanes lo esperan con la boca abierta.

»¡Ánimo, Nolín, y présteme algo! Si pierde esta lotería provindencial, jamás volverá á saludarle su amigo — *Estanislao*».

XIII

Es un gobernador fanfarrón y neurótico, que lleva el apellido de un antiguo novelista por entregas. Al recibir todas las tardes á los periodistas encómiales la vastedad de su ciencia.

— ¡Figúrense ustedes — les dice, — diez y ocho años he asistido á las aulas universitarias!

Este sujeto debe ser como aquellos de que habla Huarte, que el primer año de estudio son doctores, el segundo licenciados, el tercero bachilleres y... el décimoctavo no saben nada.

Sin venir á cuento, pues los republicanos ningún mal le han hecho y el periódico ha ex-

tremado su galantería con él, una noche rompe en amenazas ante una estudiantina valenciana, diciéndole que en la ciudad hay elementos díscolos y periódicos impertinentes; pero él, que además de haber concurrido diez y ocho años á las aulas universitarias tiene un corazón que no le tiembla, está dispuesto á guardarse en los bolsillos á cuantos le estorben.

Los forasteros escuchan estupefactos al energúmeno, sin saber á qué vienen tantas amenazas, ni la relación que pueda existir entre la política local y su música.

Sin modestia. Creo que me salió bastante bien el romance en prosa que aquella misma noche pergeñé con la pluma de Tarfe. Cuando menos, Zaide siguió llamando la gente al gobernador mientras estuvo en la ciudad.

Creo que abusé un poco de sus pobres nervios. La irritación del pobre señor fué tanta, que rasgó el periódico; lo mordió; ingresó en la cama. Cuando le hubo pasado el soponcio llamó al fiscal para que denunciase el suelto. El llamado hizo gracia á mi habilidad diciendo que si la intención era vitanda, la forma irreprochable. Otros consultados dieron análogo dictamen.

Para ofrecerle mejor ocasión de agravio insistí al siguiente día con otro sueltecillo que aumentó su rabia. Como tampoco en éste encontraron materia penable, Zaide pasó el día

en cama, espumeando y gritando. Todos los malos humores se le acabaron de revolver, poniéndole frenético y de imposible aguante. Al tercer día muy temprano pidió el periódico, en que también llevaba lo suyo; pero la familia, aconsejada por el médico, se lo ocultó, creyendo mejor remedio su no lectura que el bromuro.

Cuarenta y ocho horas de respiro tuvo la primera autoridad; pero como la benevolencia había terminado, cada desacierto le costaba un sinapismo que había de levantar el doctor, pues el fiscal aseguraba siempre que no podía remediarlo.

Zaide sufría frecuentes alternativas de arrebato y de abatimiento. Como el orgullo le impedía solicitar conmiseración, su cólera caía íntegra sobre la familia. Ya no recibía gusto en hablar de los diez y ocho años que visitó las aulas universitarias. Se le exacerbó la neurastenia y pasaba muchos días sin bajar al despacho oficial, tendido en la cama ó renegando en sus habitaciones. La ciudad se le hizo odiosa; solicitó de caciques y senadores que intercedieran para que el ministro lo trasladase á otro gobierno.

Y ya no insistí contra él, creyendo que á enemigo que huye debe tendérsele puente de plata. Aviso á los confiados: el enemigo débil suele ser el más peligroso. Ya había pasado el

frecuente escaramuzar, y ni de Zaide me acordaba ya, cuando me jugó una mala pasada. Por estar enfermo no pude asistir una noche á la redacción. Por la mañana el periódico estaba denunciado; fué el pretexto uno de esos sueltos que todos los días publican los diarios radicales sin que nadie los tache. Pocos días después denunció otro aun más insignificante. Conociendo la intención, á la tercer denuncia dije que el suelto era de un diputado.

Poco después, un motín popular expulsó al gobernador.

XIV

El jefe republicano de la provincia no ha cumplido el encargo de hablar con el general. ¡Naturalmente! Él desea ser diputado, pero sin riesgos ni molestias. Por algo le dijo Maura en San Sebastián, siendo presidente del Consejo de Ministros: «Usted está al sol y á la luna... ¡Ah, si todos los republicanos fuesen como usted!» Los republicanos inspiraban entonces miedo.

Dicen que el general se ha manifestado ante otro militar cansado de la Monarquía é incrédulo de que los radicales intenten nada. El oyente le ha dicho:

— Pues aseguran que se conspira.

— ¡Bah! ¡Simularán que hacen!... No soy

tan reaccionario para que me olvidasen si algo se maquinara.

—De modo, mi general, que si alguien le hablase...

—¡Si era persona de crédito, quién sabe!...

El general es hombre serio, circunspecto y valiente. Tiene mando directo sobre fuerzas, y en su poder hay otros elementos...

En la plaza existen catorce mil fusiles en depósito y abundantes municiones...

En una ciudad próxima ha quedado vacante el mando de un regimiento y se indica á dos coroneles para ocuparlo. Uno es de profundas convicciones democráticas.

Cada día que pasa recibo una noticia nueva. Ayer fué la Asociación de repatriados, quejosa de que no le paguen sus alcances, quien se ofreció para secundar cualquier acto de fuerza. Hoy se brinda buen golpe de oficiales reservistas á trueco de algunas concesiones. Más de veinte oficiales con destino en cuerpo piden que una persona de relieve se les ponga al habla.

Ha llegado el momento de hacer un viaje á Madrid. El forastero dijo que esos gastos los reintegraría el fondo revolucionario; pero yo no tengo dinero y han de buscármelo. Un amigo que conoce el juego habla con Moisés, que lo conoce en parte, y aunque el patriarca de la Revolución tiene muchos miles de duros,

se resiste á dar cien pesetas, y emplea su autoridad como presidente del Casino para que las adelante la Caja.

Porque nadie se entere de mi ausencia estoy en el periódico hasta la una de la madrugada. Entonces me finjo calenturiento; me retiro y tomo el expreso, que sale un rato después, con ánimo de volver por la noche.

En Madrid me dicen que es tarde para influir en el nombramiento del coronel por estar ya designado el que ha de mandar el regimiento. Se conviene en que un general irá directamente á la ciudad para hablar con su colega y reunir á los oficiales. La hipótesis de obtener los catorce mil fusiles que hay en depósito interesa vivamente y empieza á concederse gran importancia á los trabajos de aquella población.

Cuando regreso á ella, muy seguro de mi discreción, un terrible revolucionario de mitin me dice con misterio:

— ¡Ya sé que ha ido á Madrid!

— ¿Yo?... He estado enfermo.

— ¡Y sé á lo que ha ido!...

— Se engaña.

— Ha ido á hablar con...

Y me susurra un nombre al oído.

Entro en un café, y otro terrible revolucionario me interroga:

— ¿Qué hay por allí?

— ¿Por dónde?

— No se haga el reservón. Lo sé todo.

Y no ha pasado largo rato, cuando un sujeto que desconozco se me acerca risueño:

— ¿Qué noticias le han comunicado?... *¿Eso* vendrá pronto?

— ¡Con tanta alcahuetería, es difícil que venga nada!

— No se moleste. Soy un revolucionario de toda la vida, y quien me lo ha dicho tiene confianza.

— Pero el que se lo ha dicho debe tener confianza en todo el mundo, porque se trata del secreto á voces.

He perdido la cuenta de los que me interrogan sobre lo mismo.

Las semanas pasan.

De Madrid llegan órdenes de practicar nuevos trabajos. Sin duda para mejor perder el tiempo, quieren que se reorganice la caduca masonería; pero nadie viene á inspirar confianza á los adeptos. Siempre dicen lo mismo: «dentro de quince ó veinte días»...

XV

En esto llega la época de las grandes fiestas.

Dos monumentos van á erigirse en la ciudad. El primero es en loor de un histórico

varón, gloria de España y de la libertad. La fiesta se celebra sin pompa, calladamente. El segundo lo patrocina el prelado con los elementos ultramontanos, y quieren revestir su inauguración de solemne aparato. Los republicanos protestan á la sorda. El primer teniente alcalde aprovecha la ocasión de aumentar sus prosélitos, organizando sigilosamente una contramanifestación que grite y silbe cuando el acto se inicie. Alguien le ruega que desista, pero él se entusiasma con la silba. Le advierten que en la fiesta ha de intervenir contra su gusto una autoridad, y que los republicanos tienen capital interés en que no se le creen conflictos... ¿Quién es capaz de disuadir á un motinero español puesto á hacer disparates que han de beneficiarle? El primer teniente alcalde sigue adelante en su proyecto, y la mañana de la inauguración aposta buen golpe de secuaces ante el monumento para que griten y silben en cuanto hayan ocasión, hasta que la fuerza pública intervenga y comiencen las carreras y la fiesta fracase.

La guarnición forma á lo largo de una gran avenida. Manda la fuerza el general á que hemos atribuído radicales conceptos. Se coloca próximo al monumento, y á su lado varias jóvenes que desean presenciar el vistoso espectáculo. El grupo del teniente alcalde las importuna. Unos las requiebran; otros les tiran de

las ropas; esotros las palpan. Ellas se quejan, y el general les dice bondadoso:

— ¡Pasen, hijas mías; pasen ahí enfrente, y no las molestarán!

Ellas se lo agradecen, y pasan. Ellos murmuran. Uno grita:

— ¡Marica!

El general, que además de bondadoso es enérgico, revuelve el caballo y exclama tres veces:

— ¡Quién dice eso!

Nadie contesta.

— ¡Quién!... ¡Bajo del caballo y le pateo!

Ahora sí le responden.

Le responden con una silba espantosa. La gente se arremolina, corre y se atropella, presintiendo mayores males. Grave y prudente, deseoso de no aumentar el conflicto si apercibe á la tropa, el pobre general resiste sobre el caballo hasta que la tempestad pasa.

Dos días después perdió el mando.

El ministro de la Guerra hubiese deseado más inflexibilidad; que mandase tocar los tres puntos de atención y rompiese el fuego sobre la muchedumbre, aunque pagasen justos por pecadores.

Ofreciéronle luego mando en otra región; pero no quiso aceptarlo, dolorido del ministro, amargado de los republicanos.

¡Échenle éstos cebo, después de aquel escarmiento!

XVI

Se acerca el día en que el Ayuntamiento ha de aprobar ó rechazar el arriendo de Consumos. Los votos casi se equilibran : dos ó tres que afiance el judío le aseguran el éxito de la operación.

Para simplificar las dificultades se asocia á un periodista truchimán y vanidoso, que se cuida de visitar á los concejales republicanos y hacerles promesas. Si consigue que dos distritos levanten la prohibición á sus representantes de votar en contra, el triunfo es cierto. Y, lo que decía Georges, cuando quieren tener al pueblo, compran á sus amos.

Pero ocurrió que dos honrados ciudadanos vinieron una noche á referirme aquellos manejos. Era uno alto, fuerte, grave, de franca y noble expresión; bajo, nervioso y locuaz el otro ; reconocíale yo de haberle echado una noche á la calle por quererme imponer un suelto. El primero era presidente de un Comité; el segundo, secretario. Pertenecían á los distritos de las afueras, enemigos del arriendo por vivir allí los matuteros.

— ¿Sabe usted los trabajos que hace el secretario del judío? — me preguntó el presidente

— Es tan limitada mi vida de relación, que apenas me entero de lo que ocurre en la ciudad.

— Pues realiza gestiones para que se arrienden los Consumos.

— Nada tiene de particular.

— Y se asegura que el teniente alcalde recibirá ochenta mil pesetas si conduce á buen término el arrendamiento y el empréstito.

— ¿No será una calumnia?

— Quizás; pero no lo es, seguramente, que también á mí han intentado comprarme.

— ¿De veras?

— El secretario me ha ofrecido un destino de tres mil pesetas si influyo en el Comité para que rectifique su primer acuerdo y permita votar al concejal.

— ¿Y qué ha contestado usted?

— Que me arrastrarían si propusiese tal cosa... Él ha insistido, recordándome las obras que podrían emprenderse, donde los republicanos pobres encontrarían trabajo para mucho tiempo. Además, dice que el judío no piensa perseguir el pequeño contrabando, pues nada influye en la totalidad del negocio la botella de vino ó el kilo de carne que introduce el obrero; sí el grande y escandaloso que enriquece á los almacenistas. «Ya sabe usted—me ha dicho — lo ocurrido estos días con un concejal republicano, al que han decomisado un

carro de harina... Ese contrabando es el que nos proponemos cazar».

— ¿Y usted?...

— He vuelto á rechazar; pero el sujeto es obstinado y me dijo que lo pensase mientras hablaba con otras personas. Al retirarse me preguntó la dirección de este amigo, que es el secretario del Comité.

— ¿También á usted le ha hablado?

— Hace dos horas.

— ¿En su casa?

— En la de él. Fué á mi casa; pero estaba ausente y me dejó esta tarjeta — ¡quédesela y haga de ella el uso que guste! — invitándome para que al anochecer acudiese urgentemente á su domicilio.

— ¿Y qué le ha dicho?

— Lo mismo que á este compañero; pero el sueldo era más modesto.

— ¿Tampoco habrá aceptado?

— Tampoco.

Al decirlo se sobrecoge. Luego continúa:

— En el curso de la conversación le hice observar que si la prensa se enteraba de sus gestiones podía oponerse, y me contestó indiferente: «¡No se preocupe de ella, y acepte. ¿No ve que toda es partidaria del arriendo?...» Yo le dije: «Menos el diario republicano, que permanece neutral...» Entonces sonrió con picardía: «¡Qué sabe usted! ¡Qué

sabe usted! Ese periódico hablará menos que los otros. Publicará en la «Sección libre» las opiniones que le envíen partidarios ó enemigos del arriendo; pero el director nada dirá por su cuenta».

—¿Dijo que yo también estaba en el embrollo?

—Lo dió á entender.

—Pues se ha caído; porque voy á cesar de ser neutral.

—¿Cómo?

—Que ya no hay arriendo.

—Sólo cuatro días faltan para votarlo.

—Sobran. Mañana termina el tráfico entre concejales y arrendatario. ¿Puedo usar de sus nombres?

El presidente dice con irrevocable energía:

—Cuanto á usted le he dicho, esté seguro de que lo repetiré donde me llamen.

El secretario también asiente.

—En su poder queda la tarjeta.

Tan inopinado y brusco fué el artículo del siguiente día, que el enredo quedó deshecho. Públicas las malas artes con que se perseguía el arriendo, ningún concejal probo quería votarlo, por temor de atraer sobre su persona sospechas de inmoralidad.

XVII

Mi madre me despierta.

—¿Qué hora?

— Las diez.

—¡Déjeme dormir!

— Un coche se ha detenido en la puerta. Sin duda te buscan... ¿Serán padrinos?... En todas partes se comenta lo que hoy dices en el periódico.

El timbre suena.

— Salga á ver quién llama.

Pasan algunos minutos. Mi madre vuelve.

— Un señor muy grueso. Dice que desea hablarte un rato. Ésta es su tarjeta.

—¡El judío!

—¿Pasa?

— No. Dígale que sobre cosas del periódico no trato en casa. Que vaya á la redacción.

—¿Y cómo le digo eso?

— Pues dígale lo que quiera, y déjeme dormir.

Á las dos me levanto.

Mi madre exclama:

— Chico, has hecho bien no recibiendo á ese caballero. Como el acceso de coches á esta plaza no es frecuente, al estrépito del suyo toda la vecindad se ha puesto en alarma. Ya dice la

gente que había venido á sobornarte; pero al verle salir en seguida se han figurado que no has querido recibirle.

La Junta municipal se reúne. El presidente y secretario del Comité repiten lo que me contaron, y los concejales probos que eran partidarios del arriendo declaran espontáneamente que no lo votarán mientras el judío esté interesado. Los demás tienen que adherirse al acuerdo, aunque algunos hayan de remorder su despecho. El teniente alcalde es ahora el mayor adversario del arriendo. Hasta se digna felicitarme calurosamente por el gran servicio que he prestado al partido.

Como es domingo y no se hace periódico, voy por la noche al teatro.

— ¿Sabe lo que ocurre? — me dicen.

— ¡Qué sucede!

— ¡En secreto, eh!... Apenas se disolvieron ustedes, el teniente alcalde tomó un coche y se marchó al campo.

— ¿Y nada más?

— Pasó junto á otro coche y al poco regresó.

— Pues no lo entiendo.

— ¡Verá usted! Regresó el coche, pero no él. Al confrontar por segunda vez, dejó el suyo y pasó al otro.

— ¿Una cita?...

— Pero no de amor.

— ¿Qué dice?

— De interés. En el otro coche le esperaba el judío.

— ¡Imposible!

— No lo dude. Le dió cuenta de lo tratado en la junta de esta tarde y del efecto que en los concejales ha producido el artículo de usted. Le recomendó paciencia, porque los ánimos están muy excitados, y le dió seguridades de que el arrendamiento se haría, pero más adelante. Por ahora sólo le conviene pensar en el empréstito...

— ¿Y cómo saben eso?...

— ¡No se preocupe de eso!... Mire usted: ayer á las cuatro de la tarde fué el judío á casa del teniente alcalde, y, no encontrándole, dejó su tarjeta. Á las cinco menos veinte minutos volvió nuestro correligionario, y al saber que el otro le había esperado, fué en su busca. Á las cinco en punto pasaba por la plaza. Á las cinco y cinco llegaba al domicilio del arrendatario... Estos detalles minuciosos quieren decirle que hace tiempo espiamos á ese sujeto.

— ¿Pero cómo pudieron enterarse de la conversación?...

— ¿Le da por la literatura y no lo adivina?...

— ¡El cochero!

— Exactamente. Pero éste no es cochero de novela. ¡Ni una palabra, eh!

— Descuiden.

XVIII

¡Seis mil duros!

¡Treinta mil pesetas!

¡He perdido ciento veinte mil reales!...

¡Soy una calamidad!

Acaban de decírmelo, y quien me lo ha dicho está bien enterado. Aunque judío —¡mala gente!—el contratista había añadido una partida á las varias asignadas para ofrecérmela cuando los Consumos se arrendasen... ¡Seis mil duros!... ¿Por qué no me lo dijeron anteayer?...

¿Y quién me manda meterme donde no me importa?... ¿Qué infausto sino me induce siempre á hacer lo peor cuando ya toco en el bien?... De fijo que estoy en camino de ganar el cielo; pero ya sé lo que me sucederá: cuando me halle á la puerta haré algún disparate, ofenderé á San Pedro ó á cualquier bienaventurado, y de un brinco me sumiré en el infierno.

¡Seis mil duros perdidos!...

Por menos declaran á otros pródigos.

¡Treinta mil pesetas!...

La rabia me ahoga.

¡Díganme, señores!... ¿Tiene derecho un desventurado como yo á perder neciamente ciento

veinte mil reales?... ¿Qué honrado burgués los perdería?... Figúrense que, sin saber yo nada, una hada bienhechora, disfrazada de israelita panzudo, deposita á mi cabecera un cheque contra el Banco por valor de seis mil duros...

¡Qué alegría al despertar!... ¡Qué delirio!... ¡Cualquiera me hurta mi dinero!... Doy parte á la policía, detienen al atrevido y nadie le quita de encima varios años de presidio... Pero hay que verlos, señores: años de presidio sin indulto, que «han de cargarse á pulso», como decían mis antiguos compañeros, los amables perdidos de otro tiempo... ¡Y le estaría bien empleado al ladrón, porque los seis mil duros eran míos, y la propiedad es santa!... ¿Verdad, señores?

Tal vez no podría decir que mis treinta mil pesetas las había ganado «con el sudor de mi frente»; pero son muy pocos los que ganan las suyas con esa figura retórica. El trabajo, como única fuente de propiedad, es una quimera de ciertos economistas necios y de los desarrapados que sólo sirven para trabajar como bestias de carga. ¿Qué van á decir ellos si no pueden hacer otra cosa? Hay muchas fuentes de propiedad, y lo cierto es que si recojo mis treinta mil pesetas, la ley me las hace muy buenas contra cualquier pícaro que osase quitármelas, y todas las personas honradas se ponen de mi parte apostrofando al ladrón... ¡Naturalmen-

te!... Y habiéndolas perdido, ¿qué?... ¿Busco novia, un ser espiritual y blondo, que parece vivir de pura idealidad?... Pues me da calabazas, ahorrándome así de su leve carga... ¿Necesito diez pesetas?... Llevo el reloj á una casa de préstamos para que se tomen la molestia de conservármelo una temporada exento de golpes y timadores, y aun son tan amables que me dan lo que pido... ¿Necesito cien?... La firmita en un trozo de papel, y á los noventa días se encargarán de presentármelo.

¡Nolo, Nolo!... ¡Calamidad debieras de llamarte!

XIX

¡Animo!

¡Todavía no es tarde!

Con estropear esa primer combinación he adquirido fortaleza. Queda el empréstito; la magna empresa. El judío me tiene miedo, pues sabe que sin mí no puede obrar... ¡Y ahora recuerdo!... Sin duda me han preguntado con segunda intención: «¿Qué actitud va usted á adoptar con el empréstito? ¿Lo combatirá?»

¡Aleluya, aun llego á tiempo!...

Pero no te alboroces, Nolo: asuntos de dinero han de meditarse con pausa. Veamos cuánto obtendrás de este negocio. En el ante-

rior te habían asignado seis mil duros sin mediar regateo. Éste debe valerte doce mil lo menos... ¿Doce mil duros?... Y es poco, pues el teniente alcalde recibirá ochenta mil pesetas, y tú no eres menos... ¿Menos?... Soy más... ¿Quiero? El empréstito se hace. ¿No? Mañana echo á pique al judío... ¡Cuarenta mil duros; ni uno menos!... ¿Cuarenta mil?... Y me parece poco: no debo de conformarme con menos de cien mil... ¡Quizás la cifra sea algo exagerada!... Pero ¡no seas bruto!, como te diría Estanislao... Veamos: ¿cuánto destinaron en los Consumos *pour faits divers?* Cuatrocientas mil pesetas. ¿Cuántas destinarán para un empréstito de veinticinco millones, pagadero en treinta y tres años? Lo menos un millón... Rima, Nolo... ¡Sé león y devóralo!

Mis cuentas están echadas.

Buscaré al judío con gran recato y le diré: «Tenemos que hablar, pero no aquí, que hasta los cocheros oyen, sino fuera. En Madrid».

Ya en la corte me invitará á comer, que es el mejor modo de tratar asuntos graves, y le diré: «¡Señor, ha llegado el momento de que hablemos claro!» Se quedará expectante, y yo, inclinándome un poco y frunciendo el entrecejo, continuaré severo: «Un puntapié me sobró para deshacer la obra que usted levantó en favor del arriendo. Con más facilidad le derribaré ahora el empréstito...» ¡Parece que le veo

inmutarse!... «Conmigo será empresa llana; sin mí, imposible». Volverá á conmoverse; pero sospechando vagamente que voy á proponerle una alianza, me dejará que continúe. Proseguiré en estos términos: «Respóndame con gran franqueza. Es notorio que los capitalistas extranjeros le ofrecieron cuatrocientos mil francos de comisión si adquiría los Consumos, y otros tantos para sobornar autoridades, concejales, periodistas y otros bichos pantanosos. ¿Cuánto le dan por el empréstito? No mienta: lo sé todo; pero necesito que me lo repita usted». El judío deglutirá el bocado trabajosamente, se limpiará los labios, y, algo sudoroso, murmurará: «¡Pues un millón!» (Quizás diga más; pero si rebaja algo, tendré derecho á dudar. Sin embargo, creo que será probo.) Y yo le diré: «Un millón para usted y y otro *pour faits divers;* perfectamente. ¿Quiere ganar su parte?» Se quedará un poco sorprendido, é inclinando con honestidad la frente, silabeará: «¡Naturalmente!» Y yo aseguraré con firmeza: «¡Délo por suyo!» Me mirará, y añadiré sin turbarme: «Con una condición: del otro millón dispondré yo para atenciones diversas: que me lo adjudiquen, y respondo del empréstito». El judío se tranquilizará; con gran pausa se pasará la servilleta por los labios; luego agotará la copa y volverá á limpiarse... ¡Cómo relucen sus ojillos ahora... ¡Guarda,

Nolo, que es comerciante y judío de añadidura!... Querrá en seguida interesarse por la empresa; me regateará luego la participación en los beneficios; quizás me insinúe la posibilidad de obtener cien mil pesetas; pero yo sentiré entonces un fuerte impulso de indignación, me incorporaré en la silla y exclamaré nervioso: «¿Le doy seguridades de ganar un millón, y aun regatea? Por tacaño no recibirá cinco céntimos. ¡Se lo juro! Resuelva pronto: ¿acepta ó no? Si lo deja, salgo inmediatamente y dé por fracasados sus asuntos». Se sobrecogerá, resoplará, implorará con cómica actitud: «¡Siéntese y no se exalte!... ¡Parece mentira, hombre!... ¡Los negocios hay que tratarlos con mucha calma!» Pero yo me impacientaré; cogeré el sombrero: «¡Esto ha terminado!» Tan confuso se vuelve, que levantando la copa de agua por la del vino, tomará un sorbo: «¡No se apresure, caballero!... ¡Que pueden enterarse los criados!... ¡Todo se arreglará con paciencia!» Viéndole vencido, le propondré duramente: «¿Acepta?» Agitado y anhelante tomará otro sorbo de vino, pues habrá desviado la copa del agua para no equivocarse por segunda vez, é hinchando los carrillos me dirá: «¡Pero qué brusco es usted!... ¡Modérese un poco, que los negocios piden sangre fría!... ¡Óigame bien: se le darán quinientas mil pesetas!» Vuelvo á levantarme, me cubro y salgo gritando: «¡Bue-

nas noches!» El judío suelta el tenedor y el cuchillo, que caen en el plato; derriba una copa é implora casi congestionado: «¡Deténgase!... ¡Vuelva!... ¡No se marche!... ¡Acepto!...»

Me siento y seguimos comiendo amistosamente. De pronto me sobresalto: «¡Otra condición he de imponerle!» El hijo de Israel se demuda, y posándose la diestra en el abdomen, muy parecido al del honrado John Bull, exclama haciendo visajes: «¡Creo que esta comida me va á hacer daño!» Yo acudo en su socorro: «No se preocupe: es una condición accesoria que el buen consejo impone». Suspira y continúo: «Es necesario que el memo de su secretario no intervenga en nada: por lo charlatán debiera ser propagandista republicano, y por lo fatuo desbarataría nuestros planes». El judío hace un signo de asentimiento: «Bien; se limitará á contestar mi correspondencia». Pero yo insisto: «No basta: conviene que salga de la ciudad, y no holgaría que usted también se ausentase largas temporadas». Él duda: «¿Dónde le envío?...» Algo impaciente, le replicó: «¡Que vaya á estudiar prudencia á la Gran Bretaña, ó mándele á viajar por Judea; eso es cuenta de usted». Y termina: «¡Bien, bien; lo pensaré!»

El almuerzo continúa espléndido. Ya me siento entre dos luces; ya los lentes se me caen. El judío necesita todavía algunas azumbres

para llenar el gran tonel que le sirve de barriga. De tiempo en tiempo, me pregunta: «¿Cree usted que no habrá dificultades en la operación?» Y yo le contesto un poco irrespetuoso: «¡No sea usted imbécil!... ¡Eso es cosa hecha!» El no se considera aludido en la primera parte, y acepta satisfecho la última. Luego saca un cuaderno y empieza á trazar números. El sueño se posa amoroso en mis párpados, cerrándolos á la realidad para que el espíritu se lance en los vuelos de la quimera.

La comida abundante y el regalado vapor del champaña me hacen ensoñar. Ya me siento camino del Polo en un barco que habré tomado en Noruega... ¡Qué gusto, y qué frío avanzar entre montes de carámbano, blanco el mar y blanco el cielo!... Por supuesto, que yo no remonto mucho, y hasta empiezo á arrepentirme de haber comenzado tan temeraria excursión. Entre peligros que narraré en un bello libro, llego á los 72° de latitud Norte, y retrocedo con toda la prisa que consienten las cordilleras de hielo. Sin detenerme en ninguna ciudad septentrional, atravieso á España, le hago una cruz á Madrid y llego á Alicante, donde compro una casa en el campo, muy cerca del mar, para pasar el invierno y escribir mi TRATADO SOBRE LA NECESIDAD Y CONSIDERACIONES SOBRE LA CULPA.

Esta gran fábrica de ensueños la he forjado

en el café, muellemente hundido en un diván. Cuando salgo á la calle, el fresco me despeja de vestigios ilusorios la cabeza; pero también el claro análisis me dice que estoy en un momento excepcional. Bien aprovechado, puedo hacerme dueño del judío.

La tentación me vence mientras me acerco al periódico.

Estoy dispuesto á concertar tratos al siguiente día.

XX

Es un sueño de fiebre y congoja en que á veces me siento ir por el espacio y á veces sumergirme en orcos bituminosos. El pasado se me formula fragmentario y con rasgos de sangre, y la pesadilla me muestra jirones de un futuro misterioso é inquieto como mar nocturno. Obscura é imprecisa, una figura se inclina sobre mi lecho, y aunque no me allega, cuanto más se inclina más su peso siento aplastarme. Está cubierta de hierro, y entre piadosa y burlona oigo decirme:

— ¡Émulo mío, veremos de qué te sirve el haber quemado tus naves!

Cuando despierto estoy flojo y calenturiento. Llego á la administración del periódico y me anuncian:

— ¡Ni un número queda!... ¡El artículo de

hoy ha producido más efecto que el primero!... ¡Es usted brutal: no deja hueso sano al judío!... Desde hoy puede pensar en disponer las maletas, porque ya no hará negocio... Los concejases dicen que por dignidad están impedidos de tratar con ese hombre... ¡Ah, y tenga cuidado!... Parece que medita algo contra usted. Toda la mañana se le ha visto ir en coche, agitado y colérico. Algunos dicen que ha nombrado padrinos.

— ¿Tan voluminoso y quiere servir de blanco?

Por la noche me visita su abogado. Trae el periódico, y solicita una rectificación antes de adoptar otro acuerdo.

— Adopte el que prefiera. No rectifico.

— Pues mi cliente habrá de querellarse ante los Tribunales.

— Enhorabuena.

— Sin embargo, no quiere proceder de ligero. Quizás encontremos fórmula armónica.

— Piense bien antes de proponerme nada. Le han visto entrar, y pudieran creer otra cosa.

— Descuide; no se trata de nada misterioso... ¿Tendrá algún reparo, como director del periódico, en que se publique este comunicado de mi cliente?... Léalo.

— No lo admito.

— Lo publicarán mañana todos los diarios.

— Menos éste.

—Por supuesto, pagando cada línea conforme á tarifa...

—Mucho menos.

—El administrador me ha dicho que por su parte no hay inconveniente.

—Por la mía, sí.

—De modo que no podemos entendernos.

—En otra ocasión será.

Al siguiente día me habla con hábil arte el teniente alcalde, descargando de culpas al judío y censurando al secretario. Luego me insinúa:

—El judío es muy simpático, créame... ¡Algo vanidosillo!... Si hablase con él se convencería de que en el fondo es buena persona... Puesto que ya le tiene inutilizado, ¿quiere usted que un día les ponga en relación?

—Gracias.

—Nadie puede ya sospechar...

—Sin embargo, no quiero hablarle.

El judío vivió algún tiempo en la ciudad, é ideó varias tretas para imponer sus proyectos. Cansado, al fin, se marchó.

XXI

Ocho ó diez días después de fracasar el judío va un extraño á visitarme cuando aun estoy en cama.

— Perdone usted — me dice — si vengo á su casa sabiendo que no quiere tratar en ella de cosas referentes al periódico; pero no me ha parecido oportuno buscarle en otra parte. Soy corredor de comercio y el conde me ha escrito desde París para que me entreviste con usted.

Este conde fué á la ciudad con el judío ostentando la representación de los capitales extranjeros. Diferencias posteriores los separaron.

— Usted dirá lo que desea el conde.

— En primer término, que me diga usted si cree posible el arriendo de Consumos y la contratación del empréstito.

— Yo no soy el encargado de satisfacer esas consultas.

— Me explicaré. Desea el conde saber si combatirá usted sus proyectos.

— Según...

— Lea la carta que me escribe desde París. Dispone de treinta millones de francos para realizar ambas operaciones y establecer los depósitos administrativos; pero no quiere perder el tiempo como el judío, y por eso me encarga que reciba impresiones de usted.

— Pues creo que con tiempo y corrección todo podrá lograrlo. El arriendo ha fracasado, pero no será difícil más adelante.

— ¿No lo combatirá usted?

— Haré lo mismo que ahora. Mi opinión personal es que, mientras no se decrete su

abolición, preferible será siempre arrendarlos á que la ciudad los maladministre, beneficiando á los industriales poco escrupulosos; pero yo soy forastero y no tengo voz ni voto en estas cuestiones. Como periodista me atengo al criterio de los republicanos, y como éstos opinan de distinta manera, el periódico será neutral. Cuanto al empréstito, existe mayor armonía: sólo las condiciones podrán discutirse.

—Para más garantía de los capitales, desea el conde que usted escriba algunos artículos...

—¡Es inútil que prosiga!... Y si el conde toma tan pronto ese camino, esté seguro de que fracasará... ¿Quiere darle un consejo?

—Con mucho gusto.

—Dígale que todo podrá alcanzarlo no ofreciendo ni un céntimo, aunque se lo imploren de rodillas.

—Pero ya sabe usted que eso es casi imposible. En estas operaciones media mucho dinero, y alguno ha de quedar en el camino.

—Pues al extremo á que han llegado las cosas, toda la corrección es poca. Cualquier compromiso que adquiera un concejal republicano se hará público, y aquel mismo día tengo que hacer fracasar la combinación para que no me tengan por cómplice.

—Se lo diré al conde. El preferiría que usted le ayudase, y cuente que es agradecido.

— El mejor modo de ayudarle es no oponiéndome.

— ¿Pero tampoco le combatirá?

— Mientras no intente sobornar á nadie.

— Se lo comunicaré.

— Añada que el dinero destinado á comprar alimañas lo destine á mejorar las condiciones del empréstito, mermando en el interés lo que hubiese de gastar en las personas.

XXII

Propiedad de muchos...

Unos han confiado en otros, y todos han desconfiado de sí mismos.

El periódico no puede soportar sus muchos gastos, y menos el descuido de sus amos. El capital era exiguo; adquirieron imprenta y máquina, y un accionista generoso ha ido suministrando el dinero. Ya se le deben catorce mil pesetas. El Consejo de Administración adopta una resolución esforzada convocando á junta general. Los mayores accionistas se abstienen de asistir; pero los pequeños concurren todos para que les den cuenta de los dos ó tres duros que han desembolsado.

El administrador y el secretario leen cifras y más cifras; hablan de la situación en que se encuentra el periódico. El público interrumpe

con sobrada frecuencia, y empiezan á oirse frases duras.

— ¡Ese Consejo no sirve!...

— ¡No podía haberlo hecho peor!...

Preside el jefe del partido, y quien más grita es el conserje del Casino. El hombre defiende indignado su acción de veinticinco pesetas. El presidente se levanta, y dice :

— ¡Señores, reconozco que hemos fracasado, y después de oir las palabras que acaban de pronunciarse, presento la dimisión y me retiro de este sitio!

— ¡Que se retire! — gritan algunos.

— ¡Puesto que no sirven, deben retirarse todos!

— ¡No, no!... ¡Que se expliquen antes!

— ¡Fuera!... ¡Que se vayan!

Como en toda gran reunión hay espíritus conciliadores, uno solicita la palabra y encalma los ánimos. El abogado de la barbita cana habla después en nombre del Consejo, y justifica lo mejor posible la gestión de sus compañeros. Todos habían delegado la inspección administrativa en el que anticipó las catorce mil pesetas, por considerarle más idóneo en materias de contabilidad; pero sus muchas ocupaciones no le permitieron repasar cuentas diariamente, y el déficit les había sorprendido á todos por igual.

Mientras éstos y otros hablan, fórmanse gru-

pos en el salón y discuten lo que se debe hacer. Cuatro ó seis personas intrigan en un despacho distante. Luego salen. Uno pide la palabra:

—Lo único que se saca en claro—dice—es que todos han fracasado: consejo, redacción, administración...

El auditorio aplaude.

Varias voces interrumpen:

—¡Todos, no!... ¡El director no ha fracasado!

El preopinante duda, y con gesto de contrariedad prosigue:

—No lo digo precisamente por él; pero en la redacción hay personas que no debieran estar.

—¡Es cierto; es cierto!—exclama media reunión.

El orador continúa:

—Propongo, pues, que se amorticen algunas plazas, eliminando á los redactores que no participen de nuestras ideas.

La muchedumbre aprueba:

—¡Justo; muy bien!

El doctor se levanta y dice:

—Todos son republicanos.

Y el otro, malvelando la irritación:

—Pero hay un federal.

El doctor, que en varias ocasiones anteriores había defendido al federal, insiste:

— Señores: opino que si en esta región hay un periódico republicano — federal ó de la Unión, — todos tenemos el deber ineludible de ofrecer un puesto á ese periodista que ha perdido su carrera y ha sufrido repetidos encarcelamientos, y es el propagandista más activo que la República tiene en esta provincia, y quizás no haya dos que le igualen en España.

— ¡Pero es federal! — repite el que propuso su expulsión.

—¿Pero predica federalismo en el periódico? ¿No hace lo que el director le ordena? ¿No se limita á escribir sobre los sucesos de todos los días?

Varios sujetos murmuran por lo bajo que el doctor le defiende por ser su amigo y tener un auxiliar en el periódico. Para evitar discusiones, alguien propone que separe el director á los que menos convengan.

Hago signos negativos con la cabeza, y cuando el tumulto cesa, hablo :

— Al llegar encontré la redacción formada, y en lo mismo estimo á todos mis compañeros. Si por razones de economía ha de mermarse su número, separe el Consejo á los que quiera y yo me arreglaré con los restantes. No sacrifico á nadie.

El orador de tosco gesto que habló antes dice que, pues las mayores dificultades están

en la administración y los miembros del Consejo no son aptos para la contabilidad, debe de nombrarse una Junta que inspeccione los libros. Él mismo indica los que deben formarla: son los que con él intrigaron en el despacho mientras duró la confusión. Ellos se fingen desganados y le designan á él. Por unanimidad se les proclama, juntamente con otros dos, y como necesitan á uno que conozca el periodismo para proponer economías, me nombran asesor.

Decretada la separación de dos redactores, el federal me entrega aquella noche su dimisión, sabiendo que casi todos los republicanos son enemigos de él.

Aquel redactor tan mal querido entonces es el mismo que hace quince días cayó mortalmente herido en un lance desgraciado. ¡Cuanta indignación sienten ahora contra Varela los que á la pobre víctima abandonaron entonces!

¿Coincidencia?

Sin duda; pero no es coincidencia que el narrador dispone *pour le besoin de la cause,* si al escribir esta cuartilla le dicen que Juan Pedro Barcelona ha expirado... Presente está el periodista que le da la noticia, y del telegrama copia estas palabras de enorme ironía:

«REPUBLICANOS EJERCERÁN ACCIÓN POPULAR CONTRA VARELA».

¡Los que dejaron á Barcelona sin pan indignándose ahora!

¡Qué carcajada, si en este momento pudiera reir el que por igual era amigo de Juan Pedro y de Varela!

XXIII

Al siguiente día de la reunión me entregan un volante que dice :

«El señor presidente de la Comisión gestora le ordena concurrir, á las cinco de la tarde, á la calle..., núm..., para tratar asuntos del periódico».

Á las cuatro y media entro en la administración con el volante en la mano.

Allí está el presidente.

—¿Qué forma de convocar es ésta?... Autoritario se siente.

Coge el papel y lee.

—Inexperiencia del administrador—me dice.

— No es su letra.

— Sí, señor; el administrador es este caballero.

— ¿Cómo?...

— El otro ha cesado ya.

— ¡Enérgica empieza la Comisión!

— ¡Pchs!... ¿Quiere usted que nos acerquemos al lugar de la cita?

— Vamos.

En la calle me advierte.

— Voy á someterles un proyecto que se me ha ocurrido para salvar el periódico.

— ¿Sí?...

— Es muy sencillo. Como soy comerciante, entiendo de estas cosas. El error primero y fundamental fué constituir el Consejo con abogados y gente de levita.

— Muy bien; pero veamos el proyecto.

— La Sociedad no está legalmente constituída.

— Cierto.

— Y los Tribunales no pueden intervenir en sus cosas.

— Adelante.

— La solución está á mano. Nos declaramos en quiebra y no se pagan las catorce mil pesetas que se adeudan al tonto de...

— ¿Pero habla usted formal?

— ¡Pchs!

— ¿Y cree usted que puede obrarse así?

— ¡Pchs!

— Los vocales no lo permitirán. Por mi parte haré dimisión en cuanto usted proponga eso.

Se desconcierta un poco, esboza una sonrisa innoble, y dice :

— ¡Calle hombre; si es una broma!... ¿Me cree usted capaz de cometer tal canallada?

— ¡Como lo dice tan en serio!...

Por la noche solicito antecedentes de aquel sujeto, y me cuentan una doble historia que recuerdo como impresión de un mal sueño. Primero un robo de dinero: un joven de diez y seis años, incipiente y enfermizo, que sufre larga prisión hasta reconocerse su inocencia. Luego, luego... Aquí debiera estamparse algunas líneas más rojas que las páginas de Ruskin en *Sesame and Lilies*... Un adulterio; un niño asesinado; un hombre vestido de hopa que muere en el patíbulo... Y como suprema venganza de iras pretéritas, una doncella seducida.

— ¿Y esas historias?...

— Las conoce todo el mundo.

— ¿Y cómo tal sujeto habla en reuniones, y acusa á los demás, y le conceden cargos?

— ¡Así anda el mundo!

— Pero yo no quiero estar en relaciones con él. Voy á presentar la dimisión.

— ¿Á qué viene provocar escándalos? ¿Qué va usted á decir? Todos conocen su historia, y nadie le niega el saludo. ¡Qué escrúpulos! ¿Y es usted quien ha vivido con lo peorcito de España?

— ¡La verdad es que soy muy ridículo!

— Sin embargo...

— ¿Qué?

— Tenga cuidado con ese hombre.

—¿Teme algo?

—Es pariente de un concejal vendido al judío. Ese concejal le odia á usted mortalmente, porque pensaba pagar á sus acreedores con lo que le diesen del arriendo. ¡Tenga cuidado! Ya sabe que persisten en enajenar los Consumos más adelante, y usted es un obstáculo para la realización de sus fines. En la reunión de ayer quedó vencido el Consejo; mejor dicho, los jefes caracterizados, y con esa Comisión mandan los díscolos.

—En ella hay hombres serios, de probidad ejemplar.

—Es cierto.

—Y de los seis, yo respondería de cuatro.

—Pero ésos nada harán. ¿Probos ha dicho? Demasiado. El presidente será árbitro muy pronto.

—¡Me pone en cuidado! Ayer tarde observé intrigas antes de nombrarse la Comisión; pero ¿cómo los otros se prestaron á conspirar?

—Con la mejor buena fe; creyendo que salvarían el periódico. Ya sabe que ningún republicano modesto quiere á los jefes por pasteleros y cucos... Verá como el primer encargo de la Comisión es que haga el periódico más radical.

—Me lo ha pedido esta tarde el presidente.

—¿Se convence? Ya empieza.

—Me he opuesto, suponiendo que al decir radical da á entender que emplee las frases vio-

lentas. Estos señores conciben así el radicalismo. Pero se ha conformado fácilmente.

—¡Sin embargo, tenga cuidado!...

XXIV

Un repórter me dice:

—En la inauguración oficial del ferrocarril ha ocurrido un accidente. Al describir una rápida curva ha descarrilado la locomotora, chocando en las peñas próximas. El maquinista está herido.

—Haga extensa la información.

—Hay un inconveniente...

—¿Cuál?

—La noticia es todavía desconocida. Me la ha comunicado el jefe del partido, y no quiere que se diga nada.

—¿Por qué?

—Perjudicaría á la Empresa, y ya sabe usted que es presidente de su Consejo de Administración.

—Es necesario decir algo.

—Me ha suplicado que insista en su nombre.

—¡Imposible! Los accionistas del periódico, sus propios enemigos, se me quejarían mañana.

—Haré lo que usted me ordena; pero el jefe afirma que se lesionarían los intereses de la

región entera. Añade que si usted no quiere atenderle, me abstenga de hacer públicas las noticias recibidas por su conducto.

— ¿Y en el Gobierno Civil, qué saben?

— Nada; el suceso aun es desconocido.

— Pues callar no podemos. Haga un suelto acogiendo la desgracia en forma de rumor, y lléveselo al jefe para que lo atenúe si le parece inconveniente.

Estoy en mi casa, á mitad de la comida, cuando el timbre suena. Poco después me dicen que el jefe de los republicanos, el jurisconsulto eminente, el consejero del Banco A, el presidente del Consejo de Administración del periódico, del Ferrocarril y las Minas, etcétera, etcétera, desea hablarme...

Está nervioso, preocupado. Dice que ha leído el suelto del repórter, y me ruega que ni eso diga.

— Observe que me pone en un compromiso.

El cree que no.

— Sin necesidad de los periódicos, mañana se sabrá todo. Ni siquiera se usurpa á los lectores una noticia. Es que los corresponsales de la corte han ofrecido no telegrafiar si los periódicos locales nada dicen. Ese es nuestro único deseo : que la prensa de Madrid no divulgue el suceso, porque el Ministerio de Obras Públicas exigiría nuevos trabajos. Ningún periódico hablará.

— Pero el nuestro depende del pueblo...

— Nadie puede protestar en conciencia, porque la región entera está interesada en la empresa del ferrocarril y las minas. Tendría la gente derecho á quejarse, si el trazado ó la construcción de las obras fuese defectuoso; pero el mismo ingeniero enviado por el ministro reconoce que se trata de un accidente desgraciado, uno más de los que ocurren inopinadamente en los caminos de hierro... ¿Qué quiere usted?... Ha sido día de fiesta; las cabezas no muy seguras... El tren iba á gran velocidad, y al describir una rápida curva...

— Me lo explico todo; pero mañana protestarán los lectores si nada digo.

— No lo creo. Si por la vía no se hubiese circulado hasta ayer... Pero hace meses que los trenes corren sin accidente. ¡Esto lo sabe todo el mundo! Cualquier contrariedad ahora, una ligera noticia, y el ingeniero no podría informar favorablemente. Habría que realizar nuevas obras, y no sólo la Sociedad perdería—ya sabe usted que su existencia nada tiene de próspera, — pero también los pueblos de la región. Ya le he dicho bastante; haga lo que quiera. ¡Una sola línea impresa causaría grandes é irreparables daños al país!

— Si tantos han de ser los intereses lesionados, nada diré por prudencia, á condición de que los demás periódicos nada digan.

— Esté seguro.

Al otro día he de repetir sin cansancio las razones mismas del jefe para justificar el silencio del periódico. Todos reconocen que la obra es de interés general; pero todos los protestantes dicen que al lector debe de comunicársele todas las noticias, aunque las sepa de sobra y nada gane en que se las repitan. Hubiera sido otro cualquiera quien imploró el silencio en beneficio de la región, y nadie se quejara; pero en la porfía con que los disgustados me aconsejan que otra vez no atienda al jefe, reconozco el desafecto que le profesan.

XXV

No han transcurrido veinticuatro horas cuando recibo un volante de la Comisión gestora convocándome para tratar asuntos del periódico.

Al entrar en la sala donde está reunida, se me antoja que sus miembros tienen aires de fiscales. El presidente habla :

— Nos hemos reunido para tratar sobre diversos puntos. Ante todo deseo decirle que á muchos republicanos ha disgustado que no se publicase el suceso de anteayer.

Como la Comisión fué nombrada para inter-

venir asuntos de carácter administrativo, estoy á punto de replicar al orador que no toca á él hacerme observaciones. Callo, y prosigue :

— Ya sabemos que no pertenece á usted la culpa, sino al otro que fué á su casa para insistir con más fuerza.

— Sus razones me parecieron válidas; si no, el periódico habría hablado.

— Sin embago, no escuche usted en adelante los consejos de ese caballero, que siempre trabaja en su provecho.

— ¿Sólo para decirme esto me han llamado?

— ¡No, señor!... Basta ya sobre este punto.

— Pues vamos á otro.

El presidente medita un momento, y luego empieza :

— La Comisión desea imprimir otro rumbo á la política del periódico...

Soliviantado le interrumpo :

— ¿Qué ha dicho?

— Que la Comisión desea inspirar las campañas...

— Ustedes no tienen autoridad para eso, ni delegada por los accionistas, ni adquirida con la cabeza. ¡Ya sé las campañas que pueden inspirar! Instrumentos son lo que ustedes quieren para mover escándalos á todas horas y que se jueguen la vida cuando los azucen desde lugar seguro. ¡Busquen rufianes!

Quizás no hayan entendido las últimas pala-

bras, porque les grito descendiendo de dos en dos los escalones.

Entro en la administración, y cinco minutos después llevan mi dimisión al presidente del Consejo. Éste queda convocado para el siguiente día; pero la Comisión se adelanta, ofreciendo la dirección á un redactor, y ordenándole que anuncie en un suelto mi salida.

Me ha echado á la calle.

Como la junta general de accionistas me concedió libertad para inspirar y dirigir el periódico, los sujetos que forman la Comisión gestora no pueden revelar la verdadera causa de mi salida, y para dar alguna que les justifique ante la gente, dicen que el disgusto surgió por no publicarse el accidente del ferrocarril. Y añaden la doble mentira de que dimití ante ellos.

Creía la gente que al caer yo, conmigo debía caer el presidente del Consejo, que tanto me importunó para no dar publicidad al descarrilamiento. Hasta se le consideraba obligado á dimitir su cargo antes que tolerar la bofetada de la Comisión.

Razones superiores debieron de disuadirle. Declarándose vencido por ella, quedaría lesa su autoridad de jefe, y quizás no fuese candidato en las elecciones próximas. Devorando en silencio los desdenes lo fué, juntamente con un gran español. El español egregio re-

sultó derrotado, ignoro por qué artes de pandillaje político; y aunque el otro juró ante el pueblo indignado y en peligro de arrastrarle que no aceptaría el acta, dióse tan buenas mañas en Madrid, que aceptó como un sacrificio el ser diputado á Cortes.

La mala fe de la Comisión, y más todavía de su presidente, me confirmó en la idea de que algo impuro perseguía adueñándose del periódico.

¿El empréstito?

¿El arriendo?

Ningún hecho posterior ha justificado aquel juicio malévolo.

XXVI

La noche es obscura. Los faroles mortecinos de la estación vierten leves claridades sobre un mar de cabezas que se conmueve y ondula. Es difícil dar un paso. La gente forma grupos, se agita y arrremolina en torno de los personajes de viso que llegan al andén. Óyese á lo lejos un rumor profundo y sordo; grita tembloroso un silbato, y una luz roja, redonda y como un gran ojo, avanza impávida perforando las sombras que delante se acumulan.

El confuso mar humano se estremece y grita :

— ¡Viva la República!

— ¡Viva el jefe!

Y una voz robusta se alza soberana sobre el total estruendo :

— ¡Viva la Revolución!

Y la muchedumbre exclama :

— ¡Viva!

Entre las tupidas sombras de la medianoche es difícil decir si el tren se para por no arrollar á la móvil masa delirante y clamorosa, ó si ésta lo para é intenta arrollarlo. Por abrirme camino entre ella hago esfuerzos inauditos, y sólo consigo cuanto más avanzo, que mejor me aplaste. Desde un largo vagón me llaman á grandes voces. En seguida preguntan si estoy allí.

— ¡Aquí estoy! — respondo.

Gritan que me dejen paso, y subo. Detrás vienen Comisiones y autoridades del partido. En un departamento me aislan.

—¿Es cierto que ha dejado el periódico?—me dice una persona allegada al jefe.

— Cierto es.

— ¿Y no habrá arreglo?

— Imposible. Mañana vuelvo á Madrid.

— ¿Y si el jefe intercede?

— Tampoco. Muchos accionistas me han dicho que deseaban convocar á junta general por no conformarse con mi salida. Otras personas me han ofrecido dinero para fundar un

nuevo diario. Es inútil. Estoy resuelto á no continuar entre esa gente.

—¿Y qué hay de particular?... Cuéntemelo á grandes rasgos para repetirlo al jefe.

Empiezo á referirle mis impresiones de conspirador, y al poco suena la campana. El otro me interrumpe:

—¡El tren va á partir!... Es necesario que no se marche usted mañana.

—¡Si tan necesario es!...

—Espere nuestra vuelta. Tienen que hablarle.

El tren reanuda el viaje entre gritos del silbato y exclamaciones de la multitud.

Es una excursión triunfal, que supera á la realizada por el monarca meses antes, é infunde al republicanismo una segunda juventud... Algunos días después vuelven los excursionistas, y la ciudad los acoge febril y transportada de entusiasmo. El ojo más experto no puede computar el número de los manifestantes que aplauden y clamorean. Impresionados y participantes del común delirio, muchos militares se entremezclan á la muchedumbre; otros rondan el hotel donde los viajeros se hospedan; algunos llegan á sus habitaciones... Hay quien espera conmigo, hasta que las Comisiones y los impertinentes se retiren, en un cuarto próximo á la gran sala donde el jefe recibe.

De pronto circula como un relámpago el ru-

mor de que el ilustre huésped se ha indispuesto. Me ruegan que espere para llegar hasta su lecho; pero los importunos fingen extraordinarias solicitudes por el enfermo, y no me dejan.

Á la siguiente noche llego sigilosamente á su dormitorio. Cuando yo entro, un jefe del Ejército sale. La conversación es breve. Me encargan que resida algún tiempo en la ciudad. Los representantes que el republicanismo tiene allí—ex ministros, ex directores generales, diputados en agraz, charlatanes y presidentes de todas layas — no inspiran confianza á los que con ellos han de comunicar. Así lo ha dicho al mismo enfermo el militar que acaba de salir. El que podría realizar gestiones de poco lucimiento, pero más arriesgadas que la de orar en los mitins, en el Ayuntamiento ó en las Cortes, no reside en la población, y proponen que yo me quede.

—Si no hay otro remedio—digo al enfermo, — proseguiré aquí fingiendo á la gente que me quedo hasta rematar un libro; pero mi situación económica, ausente del periódico, no es tan holgada que pueda soportarla mucho tiempo.

— De eso me cuidaré yo—contesta el jefe.— Trátase de una gestión que la República le confía, y para estos casos se han aportado los fondos.

— Perdone usted, pero si llegase el día de

hacer liquidaciones, no quisiera figurar entre los roedores del tesoro. Existe un medio de no ser gravoso.

—¿Cuál?

—Periódicos abundantes tienen los republicanos en provincias. Proponga mi colaboración á los dos ó tres más ricos, y eso basta.

—Lo pensaré. Entretanto se le remitirá lo necesario. Modestas serán las cantidades, porque modesto es el tesoro.

Al otro día, los expedicionarios volvieron á Madrid.

XXVII

—¿Vamos á perder el tiempo?

—¡Hombre!...

—Pronto se convencerá. El entusiasmo de la semana pasada es pompa de jabón.

—Con ese pesimismo, ¿adónde vamos?

—No se lo comunicaré á nadie, esté seguro. Pero conozco á la gente. Empiece á referirme sus impresiones desde que vino el general. Yo apenas he hecho vida de relación é ignoro cómo estamos.

Cuento al jefe militar que me interroga lo que sé y lo que me han contado, y él me dice:

—¿Y está usted seguro de que existe esa Asociación de sargentos?

—Así me lo han dicho.

—¿Cuántos oficiales dijo antes?

—Veinticinco.

—¿No habrá que rebajar?

—¡Por mí rebaje cuantos quiera!

—¡Acuérdese bien: ni ocho!

—Muy pesimista es usted.

—¿Y también los oficiales de la reserva?

—Tendremos que hablar con ellos. Cuando vuelva Julio de su pueblo citará á algunos para que traten con usted.

—¡Muy bien!... No habrá usted olvidado el encargo... ¡Hay que reorganizar la masonería!

—Me lo recomendó hace tiempo el general; pero eso es absurdo en esta ciudad, y más absurdo que los militares se reunan por la noche con los paisanos. Debemos decir que ha sido imposible organizar la logia.

—Podrían suponer otra cosa en Madrid.

—Pues no haremos nada de provecho. Los militares son conocidos; las calles estrechas, y tan luego como los serenos observen algo, será el secreto á voces.

—Sin embargo, joven, hay que obedecer... Usted no es masón.

—Nunca hice caso de ellos.

—Yo lo fuí de joven, pero hace más de veinte años que estoy durmiendo, y como no pasé de maestro, me es imposible levantar columna. Aquí hay muchos de altos grados, pero

no inspiran confianza. ¿Sabe usted de alguno idóneo que pueda ayudarnos?

—Conozco á uno que es persona discreta, honrada, muy culta.

—Aun así, no todos sirven. Hemos de hacer rigurosa selección. Los pocos que ingresen en la nueva logia conviene que sean hombres enteros.

—El que le digo parece enérgico, y en todos sus discursos se muestra revolucionario audaz.

—¿Podremos hablarle mañana?

—Mañana en este mismo café.

Cuando al siguiente día llegamos, hace rato que el militar nos espera. Hablamos buen espacio de cosas triviales, y poco á poco derivamos hacia la política. El revolucionario se expresa con calor, y asegura que con elecciones no se va á ninguna parte. El jefe del Ejército le insinúa :

—Tiene usted razón; pero creo que se realizan otras labores simultáneas.

—¿De veras?... No lo creo.

—Pues no lo dude. Tal es así, que se pretende reorganizar las logias.

—¡Eso estaría bien! Por mi parte no faltaría á ninguna tenida.

—Usted puede ayudarnos.

—¿Cómo?... ¡Yo!... ¿Ayudarles?...

—Sí, señor. Puesto que nos inspira confianza, puedo decírselo... Como yo soy un dur-

miente y el señor no es masón, necesitamos de su concurso.

—¡Con mucho gusto! Les presentaré en la logia á que pertenezco.

—No se trata de eso, precisamente. Hay que fundar una aparte, y se necesitan grados. Usted los tiene.

—¿Y qué se proponen no aceptando las existentes?

—Muy sencillo. Conspirar; hacer una selección de elementos resueltos; restablecer los tiempos de la masonería heroica, imponiendo severos castigos á los traidores... ¿Pero qué le sucede?... Aquí hay muchos masones: lo es el teniente alcalde; lo son casi todos los jefes; pero no podemos admitirlos ni tolerar que se enteren de lo tratado. Es preciso hacer una obra de rígida disciplina...

—¡Perdone usted; no prosiga!... Lo único que en su obsequio puedo permitirme es ponerles al habla con el venerable, y que les ayude si gusta. Yo, no puedo... ¡Les soy franco!... No quiero meterme en trabajos peligrosos... ¡Que me inviten á escribir ó hablar en los mitins, y lo haré con gusto! Mi juventud ha sido muy dura, y ahora que tengo mi carrera hecha no puedo arriesgarla...

El militar me mira y yo le miro. Aquél dice:

—¡Basta! Me parecen muy estimables sus razones, y las meditaré por si me conviniera

observarlas. También yo tengo una carrera que me ha costado cuarenta años. Por la primera República me sublevé, y obtuve un balazo en el pecho. Dentro de ocho meses pienso solicitar el retiro, y en verdad que es una locura exponerme á perderlo todo cuando nada he de ganar. ¡Lo pensaré! ¡Lo pensaré!

El masón se retira en seguida, y cuando nos quedamos á solas, traducimos el sentido de nuestra recíproca mirada.

— ¿Qué le parece á usted? — me pregunta irónico el anciano militar.

— ¡Revolucionario de mitin y banquete! — le contesto.

— ¡Como todos!... Si la República triunfase por permisión divina y yo fuese dictador, libraba á España de esa repugnante plaga de Cicerones publicando el siguiente

«ORDENO Y MANDO:

»*Será pasado por las armas el orador que en el término de un año pronuncie algún discurso*».

¡Qué magna y regeneradora obra hacer reventar de embargo á todos los charlatanes!

XXVIII

— Imposible; es imposible organizar esa logia — me dice el militar. — Los días pasan, y

siempre encontramos las mismas dificultades.

— Yo la considero innecesaria. No es conveniente que los militares estén en diaria relación con los paisanos. Una tertulia de café á las dos de la tarde, es más útil para transmitir una orden ó recibir una impresión que rondar por la noche envueltos en capas y entrar con aires misteriosos en parajes solitarios.

— Pronto se convencerá de que ni eso es posible.

— Creo que se engaña.

— ¡Ay, joven!... ¡Soy viejo en estos trabajos!... ¡No se forje ilusiones!... No puedo decir si lo he oído ó si lo he soñado: el republicanismo español es como las sales: hay que disolverlo para que vuelva á cristalizar. Nuestro partido es viejo, no representa ninguna necesidad moderna, y, como todas las organizaciones viejas, es un nido de egoísmos. El sentimiento del noble sacrificio se ha perdido, y éste es su mejor signo de decadencia. Sólo lo nuevo y vital puede inspirar abnegaciones. ¡Mire cómo se dejan matar los anarquistas! La humanidad no es vieja; son los hombres y sus ideas, los partidos y las instituciones, lo que envejece... ¡No pierda el tiempo, joven; no pierda el tiempo!... Hay que disolverse para cristalizar en forma nueva.

— Y entretanto, ¿qué hacemos?

— No sé. Estoy cansado, y empieza á repug-

narme esa gente... ¿Ha oído al virtuoso Dantón que hace de venerable?... ¡No; él no puede fundar nueva logia, porque sus hermanos, con tres puntos, le acusarían de haber desconfiado de ellos!... ¿Recuerda bien su excusa? Todos los hermanos son honrados mientras no le demuestren lo contrario... Ergo: todo son dignos de conspirar y de que se les fíen secretos... ¡Es inútil afanarse, porque no conseguiremos nada!... Saben los republicanos el sentido que inspiró á la Asamblea de Marzo. Sin embargo, usted ha tenido más ocasiones de observar la prisa que se dan en recoger actas de diputados, concejalías y empleo. ¿Para qué? Para perder el tiempo en las Cortes, para robar en los Ayuntamientos, para desmoralizar al pueblo, para pervertir lo que tocan. ¿Cuántos se aprestan á defender lo que inspiró aquella Asamblea?... ¡No hablemos de esto, joven!... Vamos á ver esos oficiales de la reserva.

— Yo no puedo acompañarlo. Espero á un amigo; pero Julio, que ha llegado del pueblo y los conoce, se los presentará. Mas tarde acudiré.

Pocos instantes después se acerca un joven risueño:

— Tres oficiales comisionados por sus compañeros, nos esperan en el café de la esquina.

El militar y el recién llegado salen, y yo espero á mi amigo. Cuando termino de hablar con

él, acudo al otro establecimiento. El militar habla irascible al otro:

—¡Ya sabe usted: escriba á Madrid que me desentiendo de todo!

—¡No se exalte!

—¡Lo dicho! Dentro de medio año solicitaré el pase á la reserva é iré con la familia á comerme tranquilamente mi retiro.

—¿No han venido esos caballeros?—pregunto.

—¡Y se han marchado!—responde el anciano.—Traían la lección bien aprendida y no hemos tenido que discutir mucho. ¡Son modestos en sus aspiraciones; muy modestos!

—¿Qué piden?

—El sol, la luna y las estrellas. Si de ellos exclusivamente dependiese el triunfo, no pedirían más.

—En suma, ¿qué dicen?

—Que han hablado con sus compañeros y para asociarse á nosotros necesitan que se les conceda el empleo de capitán, pase á la escala activa, y garantías de que si la acción fracasa se les abonará á ellos ó á sus familias veinticinco mil pesetas.

—¡No son muy exigentes!

—¡Qué han de serlo! Por eso he dicho á este señor que escriba á Madrid advirtiendo que no prosigo en estas gestiones si no me hacen capitán general y arzobispo de Toledo.

—¿Y qué hacemos?

—Por mi parte lo tengo resuelto: marcharme á mi casa. ¡Jóvenes: buenas tardes, y mejor suerte!

XXIX

—¿Cuándo hacemos la revolución, ciudadano?

—Cualquiera de estos días.

—Aunque me vea borracho, le hablo en serio... ¡Estamos tardando demasiado!... Y esos embusteros del Congreso nos engañan como á niños... ¿Ha visto el pastel que hicieron ayer tarde?

—Ya lo he visto.

—¡Entregarse cuando Maura no podía resistir!... ¡Embusteros!... Si están aquí levanto á mi gente y les degüello... ¡Embusteros!... Cuando anoche supe lo que habían hecho tuve tanta rabia, que cogí á dos amigos de esos que me siguen en días de fiesta, y les dije:

—¡Hep, arriba!...—Y nos fuimos al Círculo conservador.

—¿Para qué?

—Me habían dicho que estaban festejando el triunfo de su jefe, y me entraron deseos de arrojarlos por el balcón.

—¿Y fueron?

—¡Naturalmente! Buen susto se ganó el conserje viéndonos llegar con el cuchillo en la mano. ¡Chasco nos llevamos! Allí no había un maurista para un remedio... Lo dicho, ciudadano; hay que hacer la revolución; porque esos tipos del Congreso son unos embusteros.

— ¡Hable bajo, que estamos en un paseo y le oyen!

— ¡Que me oigan!... Ahora verá usted: «¡Señoras y caballeros, viva la República!»... ¿Cuándo hacemos la revolución, ciudadano?

— Muy pronto.

— Eso se necesita... Mire usted: yo lo sé todo; pero no me diga nada, porque bebo tres azumbres y lo cuento... ¡Ni una palabra!... Dos horas antes me dice: «¡Fulano, olé tu madre!» Y yo digo: «¡Hep, arriba!» En dos horas voy donde usted quiera con cuatrocientos hombres de verdad...

— ¡Hable bajo, que le oyen!

— ¡De verdad, eh!... Pregunte si exagero.

— Lo sé; pero callemos ahora.

— ¡Cuatrocientos hombres que se han batido por la República!... Esas cajas de armas que tienen, las guardan para otros... Usted me dice: «¡Fulano, olé tu madre!», y en dos horas cuatrocientos hombres armados... ¡Ni una palabra!... Yo lo sé todo; pero no me diga nada, porque bebo tres azumbres y suelto la lengua... Conmigo ¡chitón! hasta dos horas an-

tes... ¡Entonces verá canela fina dando palos!... Usted no me conoce.

— Un poco.

— ¿Qué le han contado de mí?

— Que el pueblo le sigue.

— ¿Nada más?

— Que es un buen trabajador.

— Justo; aunque de cuando en cuando tome alguna azumbre de lo negro. ¿No sabe más?

— Eso basta.

— ¿Sí?... Mire que yo engaño... ¿Qué edad me supone?

— Treinta y cinco años.

— ¿Lo ve?... Tengo cuarenta y seis.

— No los representa.

— Pues ríase de los chavales, si de los cuarenta y seis no me cargo veinticinco en presidio.

— No conocía ese detalle.

— ¡Pregunte!... En esa misma esquina fué... ¡Ni Jesús dijo!... Era un señorito comprometedor; intentó quitarme la novia; sacó un revólver; saqué la faca, y se la hundí hasta el puño en el mismo corazón. ¡Ni Jesús!

— ¿Y veinticinco años?

— No fueron tantos; pero me reenganché días antes de terminar. Un cabo de varas me debía varios reales; se los pedí á la puerta de la cocina, y me contestó con un palo.

— ¡Cuéntate entre los muertos! — le dije.

Cogí un mago viejo de sartén; le di un golpe, y ¡gori-gori!

—¿Lo mató?

—Le rebané el cráneo como si hubiese sido con una cuchilla.

—¡Buenas las gasta usted!

—¡Espere que llegue el día de la revolución, y me verá maniobrar!

—¡Pero no grite, que le mira la gente!

—¿Quién me mira?... «¡Eh!... Largos de aquí ó empiezo á puntapiés con todos... ¡Damas y señoritos media ración!...» ¡Pues, sí, señor; el día que se arme la gorda verá cosa buena!... Ya sé que no pueden contar con la artillería; pero de ella me encargo yo. ¡Palabra! Aunque haya dos ó tres personas en el cuartel que prometan sacar los cerrojos para inutilizar los cañones, usted fíe en mí... ¡Ya comprenderá que lo sé todo; pero no me diga nada, porque bebo y lo cuento!... En el mundo hay mucho embustero, y pudieran fallarles... La noche que usted me diga: «¡Fulano, olé tu madre!», me entrega una listita con el domicilio de los oficiales de artillería, y yo les pongo en la puerta una guardia de dos ó tres ciudadanos para que no se molesten en salir de casa... Eso es lo primero que hago. Después cojo este garrotito que me acompaña — ¡tómele el peso! — y antes del amanecer hago una visita á los republicanos:

«¿Es usted el jefe para presumir y está en la

cama?... ¡A batirse en las calles, embustero!... ¡Palo!

»¿Es usted presidente de Comité, y se encierra en casa?... ¡Á la calle, embustero!... ¡Palo!

»¿Es usted concejal, y quiere quedarse al lado de su esposa?... ¡Á batirse, embustero?... ¡Leña!

»¿No predicaba usted en los mitins la revolución?... ¡A buscar las balas, embustero!... ¡Palo!

»¿Y usted nos llevaba á las elecciones para que los republicanos le diesen destinos?... ¡Á ganarlos ahora, embustero!... ¡Garrotazo!

»¿Que es usted viejo?... ¡A servir de parapeto á un joven, embustero!... ¡Ungüento de madera!

»¡Ciudadano! Salud y Revolución».

XXX

Con tres ó cuatro semanas de intervalo se celebra la vista de mis dos causas. El juez tuvo intención de sobreseerlas, pero no se atrevió; porque entonces gobernaba Maura, gran enemigo de la prensa. Sin embargo, daba por supuesta la absolución en la Audiencia. Por ser más grave el primer suelto, el abogado sentía ciertos recelos : quizás artificio de la prudencia para hacer más meritorio su informe.

Lo cierto es que en la primer causa me absolvieron, y en la segunda me condenaron á tres meses y un día de arresto.

¿Sería porque en la primera se encargó de la acusación un teniente fiscal, inexpresivo y tardo de palabra, y en la segunda un abogadillo suplente y cursi que enviaba á los periódicos locales versos (que nunca le publicaron) dedicados «Á los ojos de la señorita C***», pero que hablaba con desatada facundia del orden social en peligro, y del respeto al principio de autoridad, y de la conveniencia de aplicar severas penas á los corruptores de la inteligencia?...

Yo, que jamás he puesto en duda la rectitud de los Tribunales, cuyos juicios me parecen tan infalibles como los del Papa, medité mucho sobre aquella situación... ¿Por qué habiendo entendido la misma Sala en ambas causas, me absuelve en la más grave y me condena en la leve?

— ¡No cavile buscando la razón de esa aparente sinrazón! — me dice el abogado. — Yo se la diré.

— ¡Alívieme de esta inquietud: se lo imploro!

— Es que hay otro presidente de Audiencia.

— ¿Y qué?

— El actual estuvo hasta hace poco en una ciudad castellana. El rector de la Universidad era su cuñado...

—¿Pero qué relación puede tener mi causa con la ciudad castellana ni con el cuñado rector?

—¡Mucho! No se impaciente, y escuche.

—Ya oigo.

—¿Ha olvidado el motín escolar que surgió en aquella Universidad?

—Lo recuerdo.

—Pues bien; la prensa defendió á los estudiantes... Sus artículos é informaciones costaron el rectorado al hermano político del que hoy es presidente de esta Audiencia.

—¡No comprendo todavía!

—¿Lo quiere más claro?... Pues que el presidente odia á los periodistas, y causa que aquí se les instruya, es condena segura.

—¡Eso sería venganza y no justicia!... ¿Quién se atrevería á decir que un ilustre representante de la magistratura augusta no se inspira siempre y en todas partes en la razón y en la justicia?... ¡Calle, calle, y no atribuya tan ruines impulsos á un presidente de Audiencia!

XXXI

—¡Comandante, me marcho!

—¿Dónde?

—Á Madrid.

— Si se marcha, nos retiramos mis amigos y yo.

— ¿Por qué?... Ahí se queda Julio Romero.

— No vive en la ciudad. Sólo de tarde en tarde viene.

— Sin embargo, es posible que otro...

— Ya sabe usted que los entusiasmos se apagan. Nadie viene de Madrid, con el pretexto de que se arreglen los cien detalles que aumentan de día en día. Yo estoy cansado; mis compañeros también, y de la corte no comunican ninguna orden. Es imposible soportar meses y meses esta tensión del ánimo sin ver próximo el fin. Esos caballeros de Madrid no comprenden ó no quieren comprender nuestro estado de espíritu, entretenidos en sus bufetes ó charlando en el Congreso. No pedimos nada: ni dinero ni empleos; en cambio arriesgamos vida, porvenir y carrera. ¡No; no hay derecho á prolongar esta zozobra!... ¿Y por qué se marcha usted?...

—Por algo análogo. Estoy cansado de esta gente. Empiezo á sospechar que imitan á la mujer de Ulises, deshaciendo en secreto lo que á plena luz hacen. Y á usted no puedo ocultárselo, que ha compartido algunos días conmigo su escaso dinero. Quedaron en enviarme recursos desde Madrid, pero lo remitido es insuficiente. Hace cinco meses que abandoné el periódico; mis ahorros se agotaron, y sólo me

han girado trescientas pesetas. Ahora tendré que empeñar la firma de mi madre para contraer un empréstito y volver á Madrid... ¡En fin, comandante, me marcho!

— ¡Diga allí que tampoco cuenten conmigo! Yo también me retiro.

—¿Por qué?... Ahí se queda Romero... Luego podrá hablarle...

— ¿Ha venido?

— Sí.

— ¿Á qué?

— Recibió anoche un telegrama para que saliese á la estación. Ha conferenciado con un personaje que pasaba en el expreso.

— ¿Quién es?

— ¿No lo adivina?...

— ¡Ah!... ¿Es?... ¿Sí?... ¿Y qué dice ese caballero?

— Que en Madrid han dispuesto incorporar la acción de estas provincias á la que inicie la región próxima, bajo su mando directo.

— ¿Eso es cierto?

— Así se lo ha dicho á Julio.

— ¿Y qué dice Julio?

— Nada; se conforma. Cree firmemente en ese caballero.

— Mis compañeros no. Diga que desde este momento todo ha terminado. ¡Eso es una burla!

— ¡Comandante!

— Sé cómo piensan mis amigos, y yo mismo les diré de qué se trata. Ese hombre no puede inspirarnos confianza.

— Creerán en Madrid que yo les disuado.

— Crean lo que gusten. Con ese hombre sólo se va al sacrificio.

— ¡Celebro que así piense, comandante! Yo tampoco creo en él, y por eso me retiro, no por los agravios que hubiese acallado. ¡Con ese sujeto, ni al cielo!

Romero y otro amigo se encargaron de reanudar las gestiones que yo dejé rotas. Antes de retirarme, les dije :

— ¡Tengan cuidado, que van á la perdición!

Y ellos me contestaron riendo :

— Es usted injusto malpensando de ese jefe.

— Y ustedes harto confiados. Estén alerta, que cuando menos se imaginen les pierde.

— ¡Menos, menos!...

— ¡Último consejo!... ¡Que les lleva al desastre!

— ¡Es usted injusto!

Esta misma contestación me dieron ocho días después al comunicar en Madrid el desvío de los militares.

— ¡Son ustedes injustos!... ¡Son injustos con ese hombre!

¿Qué pasó después?

¿Qué infernal designio estuvo luego á punto de triunfar?

¿Por qué aquellos dos representantes, advertidos con mis consejos, vinieron á Madrid para consultar definitivas órdenes?

¿Y por qué en Madrid aquellas angustias presintiendo brutales, sangrientos sucesos?

Si no autorizaron al personaje misterioso para reasumir el mando de dos regiones, ¿por qué no me lo advirtieron al dar cuenta de mi gestión?... ¿Por qué me contestaron: «Son injustos; son injustos con él»?

Y si obedecía á órdenes superiores, ¿por qué contrarrestar en el momento solemne la que él dictó?

¿Jugaban los hombres graves á tejer y destejer á lo Penélope?

Pero jugar á la Revolución es peligroso juego, y quizás llegue día en que hayan de liquidarse estrechas cuentas.

No olviden de poner en la mía:

Dos recibos á 150 pesetas . . . . 300.

Entretanto, séame lícito alegrarme si, sembrando la alarma en el espíritu de dos hombres honrados, pude servir de ocasión para evitar una irreparable catástrofe, criminal y estéril.

XXXII

Un amigo me dice :

— ¿Sabe usted lo que ocurre?

— ¡Con qué misterio habla!... ¿Qué ocurre?

— Dicen que se está conspirando.

— ¿De veras?

— Sí, señor. El gobernador lo sabe todo. Un jefe del Ejército se lo ha revelado.

— ¿Quién se lo ha dicho á usted?

— Clavijo; ya sabe que es muy amigo del gobernador.

— ¿Y quiénes son los conspiradores?... ¿Moisés?... ¿El jefe de los republicanos?...

— Lo ignoro.

— Dígale á Clavijo que necesito hablarle.

Me separo de mi amigo y voy en busca de un militar. En el teatro encuentro al comandante.

— ¡Prepárese para recibir una mala noticia!... El gobernador lo sabe todo : acaban de asegurármelo.

El comandante se alarma.

— ¿Cómo ha sido?...

— Parece ser que nuestro antiguo jefe se ha presentado para declinar responsabilidades.

— ¿Ve usted como teníamos razón en desconfiar de él?... Ya se conocía que su pesimis-

mo era un pretexto para separarse pronto... ¡Pero juro que, como nos haya delatado, lo pasará mal!... ¿Y cuándo se presentó al gobernador?

— Supongo que será reciente.

— ¡Qué compromiso!... El gobernador es también jefe del Ejército, y pudiera dar parte al capitán general.

—Puesto que todo ha concluído, preséntense ustedes antes de que tengan tiempo de proceder.

—¡Es muy violento!... Nuestros compañeros no perdonarían ese acto de cobardía.

— ¿Y si les procesan?

— ¿Pero habrá sido tan canalla el jefe que revelase nuestros nombres?... De todos modos, la situación es comprometida.

— Un medio extremo hay de saber si corren peligro.

— ¿Cuál?

— Que me presente yo al gobernador.

— ¿Se atreve?

— ¿Por qué no?... Sólo temerían que la gente sospechase otra cosa viéndome entrar en el Gobierno... El pretexto lo tengo muy á mano... El actual gobernador ha significado varias veces su deseo de conocerme; pero por mi especial situación en un periódico antidinástico no he querido ser amigo de las autoridades. La causa ha desaparecido, y, puesto que hemos

renunciado á conspirar, puedo fingir que deseo presentarme á él y explorar sus intenciones sobre los militares.

— ¡Nos prestaría usted un gran servicio!

— Sólo temo al recelo de la gente.

— ¡Eso no le importe! Si andando el tiempo alguien se lo echara en cara, yo le abono. ¿Tiene confianza en mí?

— Absoluta.

— Pues, si necesario fuese, use de mi nombre con la discreción debida. Conviene saber cómo piensa el gobernador, para proceder en consecuencia.

Cuando nos separamos, me arrepiento y malhumoro, repugnando someterme á aquel oficio. Poco á poco me aquieto. «¿Y qué? — voy pensando por la calle.—¿Van á correr inútiles peligros, sufrir procesos y hasta perder la carrera varios hombres por servir á farsantes y desalmados?... ¡Bah!... Buen necio he sido yo perdiendo el tiempo y las ocasiones de obtener dinero, para empeorar ahora mi situación económica»...

Estas divagaciones me irritan; me exasperan; me inducen en tentación... Lo que antes desprecié — ¡ridículo moralista! —¿por qué no aceptarlo ahora?

XXXIII

— Clavijo, ¿cuándo visitamos al gobernador?

— Mañana noche nos espera. Me ha reiterado su deseo de conocerle y charlar un rato.

— Creo que voy á producirle muy mala impresión.

— ¿Por qué?

— Porque pienso pedirle dinero.

— ¿De veras?

— Como lo oye. Desde hoy rompo con el pasado.

— ¡Genio y figura!...

— Le aseguro que me rectifico. Estoy cansado de que todos me chafen.

— Tenía que haberlo pensado más á tiempo. Antes tuvo varias ocasiones de llenarse bien los bolsillos. Ahora habrá de conformarse con poco.

— ¡Paciencia! Estaré advertido.

Clavijo me acompaña al siguiente día.

El gobernador nos recibe risueño.

— ¡Tenía muchos deseos de conocerle!... ¡Siéntese y charlaremos!

— Clavijo le habrá dicho á lo que vengo...

— Sí; me ha dicho que mañana vuelve usted á Madrid, y que deseaba saludarme.

— Algo más deseo.

— Usted dirá.

Al llegar aquí, me turbo y no sé qué decirle. Hago un esfuerzo, y exclamo:

— ¿Sabe usted por qué me he quedado algunos meses en la ciudad?

El gobernador me mira atentamente, y luego dice:

— ¡Vamos; ya lo supongo!... ¿Habrá comprendido que es todo inútil?... ¡Es una gente perdida!

— Perdida, sí, señor...

— Eso mismo le dije la semana pasada á un compañero mío, que usted debe conocer.

— A Don...

— Exactamente.

— ¿Se le ha presentado?—le pregunto simulando ignorancia cuando cita al jefe del Ejército.

— No. Suscité yo la conversación paseando una tarde juntos. Como somos antiguos condiscípulos y le quiero mucho, le aconsejé que no volviera á meterse en libros de caballería.

— ¿Y él le dijo que yo también...?

El gobernador me interrumpe:

— ¡Oh, no!... Es demasiado caballero para cometer esas incorrecciones... La última noche que estuvo aquí el jefe de los republicanos supe que mi compañero llegó hasta su lecho...

— ¡Demonio!...

El gobernador sonríe.

— Tuve intención de llamarle al siguiente día para que no perdiese el tiempo; pero estaba seguro de que no ocurriría nada, y le dejé que se desengañase él mismo.

— ¿Conque usted estaba seguro?

— Y así se lo dije al Gobierno... Soy de este país. Llevo muchos años en la ciudad, y lo mismo conozco á los militares que á los paisanos. En los cuarteles hay algunos muchachos simpáticos y atrevidos; pero nada más... Se cansarán como mi condiscípulo; como usted...

— En caso de que los haya, supongo que estarán cansados.

— ¡Naturalmente!... No se puede jugar con los hombres como hacen los republicanos... Hasta el pueblo se está desengañando, y hace bien. Éste no es ni un recuerdo de lo que fué el 74... ¡No es pasión de viejo, créame: es que los tiempos cambian!... Jefes y pueblo se confundían entonces en las barricadas, sin reparar en fortuna ni edad. El elemento esencialmente revolucionario de aquí son los supervivientes del 74, esos viejos que apenas hacen vida militante. Ellos — ¡y yo podría citarlos á casi todos por sus nombres! — ellos, y una escasa parte del pueblo serían los únicos que volvieran á batirse. Esos otros que presumen, danzan y hablan, son unos infelices ó unos pícaros... ¡Ah, si usted que es aficionado á escribir estuviese algunos meses en este despacho, qué

cosas tan instructivas sabría!... ¡Créame, envíe noramala á esos farsantes!... ¡Nada; no harán nada!... ¡Han degenerado!.. ¡Absolutamente nada!... De esta ciudad he respondido al Gobierno, que se alarmó con la manifestación gigantesca organizada para recibir al jefe... ¡Nada!...

— Si tan seguro está, supongo que no realizará ninguna persecución...

— ¿No le digo?... Conozco á mis paisanos y estoy tranquilo... Los militares dispuestos á jugarse sinceramente la vida son pocos, y en caso extremo haría lo que con mi antiguo condiscípulo : les aconsejaría que no perdiesen el tiempo.

Seguro con estas palabras, me despido del gobernador.

Al llegar á la calle, me pregunta Clavijo :

— ¿Y el dinero que iba á pedirle?

— ¡Calle usted, hombre!... ¿Quién se atreve á dar un timo á ese señor tan simpático?... ¡Tuve intención, pero sentí mucha lástima!.

— ¡Ja, ja!... ¡Ni para ladrón sirve usted!

— ¡Es verdad, Clavijo! ¡Soy un hombre perdido!

EPÍLOGO

Madrid.

Ante la librería de Fe.

Un amigo se me acerca :

— ¿Cómo está?... ¿Cuándo ha venido?

— Anteayer. Quería ir por la oficina, pero no he tenido tiempo. ¿Y Estanislao?

— ¿No lo sabe?...

— Me escribió dos cartas, y nada he vuelto á saber hace medio año.

— ¡Estanislao murió!

— ¿Ha muerto?...

— Murió como había vivido : borracho.

— ¡Pobre Estanislao!... Cuénteme.

— ¡Era una lástima los últimos tiempos! Estaba famélico, andrajoso, esquelético. La tos no le abandonaba. El dinero que recibía lo gastaba en aguardiente. ¡Un poco de bacalao y un panecillo era su única comida, el día que comía! Murió Fernanda y él se quedó como ánima en pena. Una mañana le importunó más la tos, y dijo que se retiraba: «¡Cuídese el catarro!», le aconsejamos los compañeros. Y él nos contestó : «¡No es nada; una ligera molestia en la garganta. Sudando cuarenta y ocho horas me curaré!» El pobre ignoraba que su catarro era una tisis laríngea.

*

— ¿Pero cómo murió?

— En seguida termino. Al tercer día de ausencia fuí á su zaquizamí y no le encontré. La portera me dijo que al volver de la oficina se sentó en una silla, sacó los diez céntimos que le quedaban y pidió aguardiente. Apuró el vaso, dobló la cabeza y quedó muerto. Le enterraron de solemnidad y nadie le acompañó al cementerio...

— ¡Pobre Estanislao!

— ¡Pobre!... Mire usted, ahí está en la librería su paisano Melquiades Álvarez.

— ¡Sí, ahí está leyendo!... ¡Para ése es España!

FIN

369775 HSp C5717d

Author Ciges Aparicio, Manuel

Title Del periodico y de la politica.

University of Toronto Library

DO NOT REMOVE THE CARD FROM THIS POCKET

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED

FRANZ C. FEGER
70 FIFTH AVENUE
NEW YORK